

Cuatrocientos conejos

UNA
NOVELA



José Ramón Jouve



ROSAMERÓN



EDITORIAL
ROSAMERÓN

Cuatrocientos conejos

JOSÉ RAMÓN JOUVE

Derechos exclusivos de la presente edición en español
© 2026, editorial Rosamerón, sello de Utopías Literarias, S.L.

Cuatrocientos conejos

Primera edición: octubre de 2026

© José Ramón Jouve Martín. 2026. Todos los derechos reservados

Ilustración de cubierta: © CSA-Printstock / iStock

Ilustraciones del interior: © J. Mauricio Restrepo

ISBN (papel): 979-13-992062-6-5

ISBN (ebook): 979-13-992062-7-2

Diseño de la colección y del interior: J. Mauricio Restrepo

Compaginación: M. I. Maquetación, S. L.

Indicación de riesgos o advertencias de seguridad (GPSR):

Correo electrónico de contacto: editorial@rosameron.com

<https://rosameron.com/seguridad-gpsr.txt>

Todos los derechos reservados. Queda prohibida, salvo excepción prevista por la ley, cualquier forma de reproducción, distribución y transformación total o parcial de esta obra por cualquier medio mecánico o electrónico, actual o futuro, sin contar con la autorización de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sigs., Código Penal).

Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por tanto respaldar a su autor y a editorial Rosamerón. Te animamos a compartir tu opinión e impresiones en redes sociales; tus comentarios, estimado lector, dan sentido a nuestro trabajo y nos ayudan a implementar nuevas propuestas editoriales.

editorial@rosameron.com

Índice

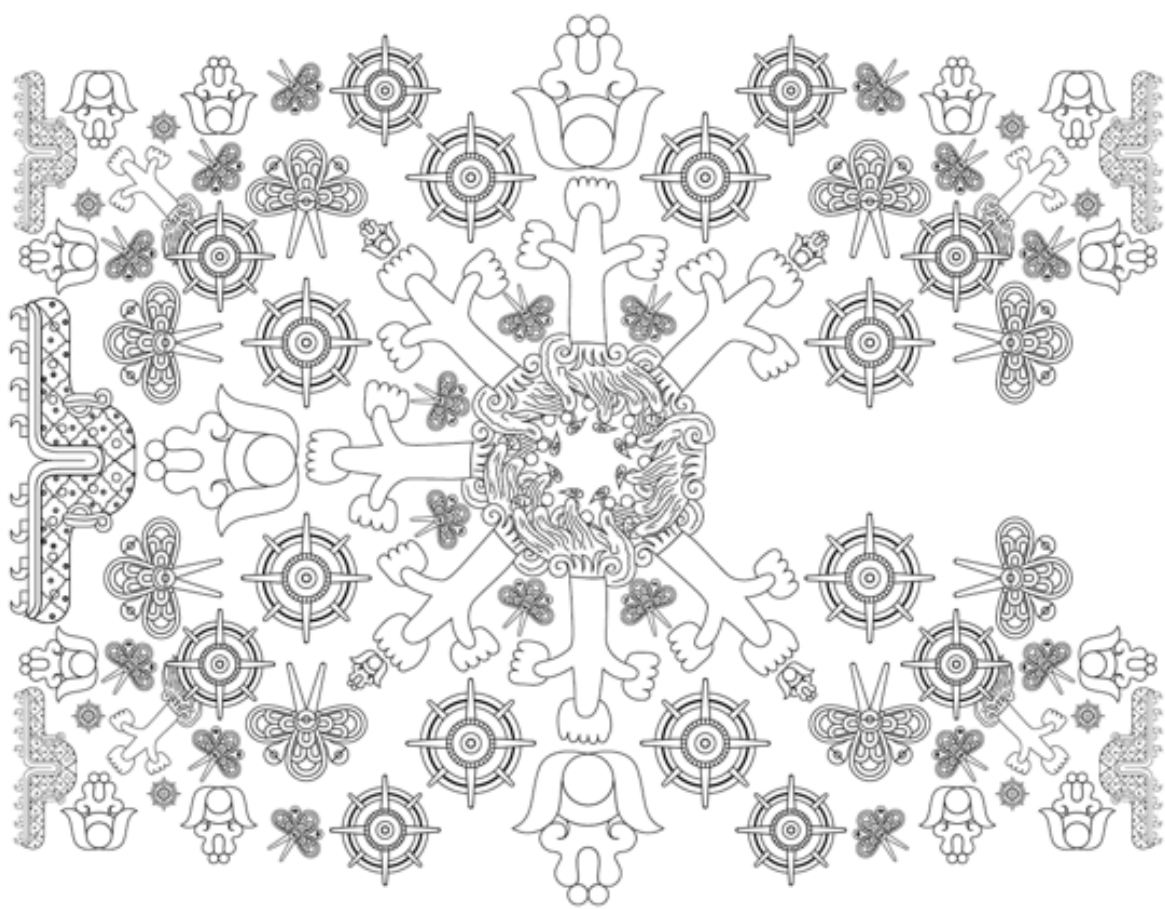
Cuatrocientos conejos

Nota del autor

Proemio: Fahrenheit 1562

1. Un mexicano en París
2. El Señor de la Torre y Hono
3. Bajo la biblioteca de las nueve bóvedas
4. La de la falda de serpientes
5. Una caja de zapatos
6. Los cuatrocientos conejos de la Rue Malebranche
7. Idas y avenidas
8. Calaveras de cristal
9. El regalo del papa

Glosario



*A mi padre, que me llevó a México,
y a mi madre, que me inculcó
la pasión por los libros*

Sé de hombres que han puesto en riesgo su fortuna, que se han embarcado en largos viajes, recorrido medio mundo, traicionado amistades, mentido, engañado y robado, todo por un libro.

ABRAHAM S. W. ROSENBACH,
Aventuras de un bibliófilo

En verdad he pasado innumerables angustias por este códice: caí en poder de los ladrones, y despojado de todo, solo me quedó el manuscrito; fui encerrado en prisiones, y perdida toda mi hacienda, solo me quedó el manuscrito; en mares de aguas profundas naufragué muchas veces, y al salir yo, salió el manuscrito sin estropearse; se quema una casa en la cual yo estaba, y consumido mi ajuar, escapó conmigo intacto el manuscrito.

Carta-prólogo del SANTO PAPA CALIXTO,
Códice Calixtino

—¿De verdad crees en los dioses?
—¿Yo? ¡Naturalmente!

—¿Y en qué te fundas?

—En que me aborrecen. ¿No te parece indicio suficiente?

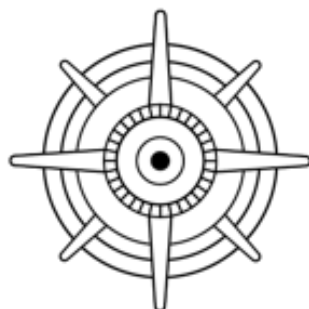
Aristófanes,
Los caballeros

En su cúbica noche sin tristeza duermen once conejitos.

JULIO CORTÁZAR,
«Carta a una señorita en París»

Nota del autor

HAY QUIENES SE EMBORRACHAN DE VINO y quienes se emborrachan de sexo; hay quienes se emborrachan de oro y quienes se emborrachan de Dios; y hay también, aunque suelen ser los menos, quienes se emborrachan de libros. No por ser más culta es esta ebriedad más afortunada que las anteriores, pues si es verdad que algunos libros se prueban, otros se tragan y unos pocos se mastican y digieren, no es menos cierto que lo mismo hacen algunos libros con quienes los poseen. Lo que sigue es la historia de algunos de esos individuos, de uno de esos libros y de los cuatrocientos conejos que se encargaron de hacerles pagar su desmesura.

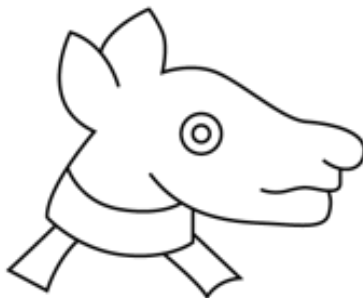


Proemio

Fahrenheit 1562

HACE MUCHOS AÑOS, en Cifuentes —un pueblo como cualquier otro de los muchos que salpican la provincia de La Alcarria—, nació un fraile llamado Diego de Landa, tan dotado para las letras y los libros que sus padres lo enviaron a la imperial ciudad de Toledo a estudiar. Tras unos años en los que leyó, subrayó y debatió con ardor las *Sentencias* de Pedro Lombardo, la *Ordinatio* de Duns Escoto y el *De elegantia* de Lorenzo Valla, entró en la Orden Seráfica y partió hacia Yucatán, a servir a Dios y al rey en la conquista espiritual de la Nueva España. Allí se entregó en cuerpo y alma a descifrar la extraña lengua que hablaban los mayas y los intrincados glifos que adornaban sus libros y templos. Subió montañas, recorrió valles, cruzó ríos y se internó por espesas selvas llevando una cruz a cuestas, compartiendo la misma comida de los indios, escuchando

sus historias y afeando su conducta a quienes abusaban de ellos. Poco a poco, los naturales le fueron tomando confianza, mostrándole sus escritos y códices, y explicándole cómo los hacían, sin saber que jugaban con fuego. Hasta que un día de julio de 1562, cuando consideró que ya no tenía nada más que aprender, los hizo congregarse a todos en las cercanías de Maní, al suroeste de Yucatán. Acusándoles de no haber olvidado a sus antiguos dioses, los trasquiló, encorazó y ensambenitó. Mandó reunir todos los códices y palimpsestos que pudo encontrar —los mismos que con tanto amor había estudiado— y, como hicieran el emperador Teodosio y el obispo Teófilo con los manuscritos de la Biblioteca de Alejandría, o el cardenal Cisneros con los cinco mil volúmenes de la Madraza de Granada, organizó con ellos la pira más descomunal que se había visto jamás en aquellas tierras. Para desconsuelo de aquellas pobres gentes, que tan cruelmente veían tratar los textos de sus mayores, fue arrojándolos uno tras otro a las brasas; y, mientras se quemaban, rezó en griego y en latín, y luego en un idioma que nadie reconoció, y la hoguera pareció multiplicarse por toda la Nueva España como un laberinto de fuego, hasta que no quedó rastro de los dichos textos en todo el reino. Solo se libraron de tan aciago destino aquellos que fueron escondidos en sierras y selvas tan profundas que los frailes no pudieron encontrarlos, o los que fueron enviados a Europa como curiosidades y regalos, lejos del alcance de estos pirómanos del espíritu. De ahí que, en tiempos más recientes, muchos hayan desafiado el cansancio y la distancia, o incluso malgastado su hacienda, arriesgado la cárcel y comprometido su juicio, con tal de poseer al menos uno de semejantes tesoros.



1.

Un mexicano en París

EL TAXI SUBÍA A TODA PRISA por la Avenue de l'Opéra en dirección a la Gare du Nord. «Todavía no me puedo creer que estos pinches franceses me dejaran salir de la biblioteca sin registrarme», pensó. El conductor lo miraba de vez en cuando por el retrovisor, con curiosidad, pero sin sospechar que aquel hombre de estatura mediana, cabello negro y rizado, tez algo morena y pobladas cejas, que había subido al vehículo momentos antes vestido con un típico sarape mexicano, pudiera ser un ladrón de manuscritos —y mucho menos el fundador de un movimiento nacionalista de recuperación de códigos—, como publicarían los periódicos meses después. Lo único que lo delataba eran unas pequeñas gotas de sudor frío que corrían por su frente como si la mano de un agente de seguridad estuviera a punto de posarse en su hombro o el taxi le llevara, no al

tren que esperaba tomar con destino a Bruselas, sino a algún lugar ignoto en el que sería entregado a las autoridades competentes. Podía sentir los latidos de su corazón golpeando con fuerza contra el manuscrito que llevaba pegado al pecho, oculto bajo el jorongo verde de rayas multicolores con el que se había presentado esa mañana, como en los días anteriores, en la sala de investigadores de la Biblioteca Nacional de Francia, y que, a fuerza de vérselo siempre ataviado con él, había dejado de llamar la atención del personal.

El conductor volvió a mirarle por el espejo e intentó iniciar una conversación:

—¿Primera vez en París, monsieur?

—No. Ya había venido antes —respondió sin ganas.

—Ah. ¿Trabajo?

—Algo por el estilo.

El taxista no insistió y dirigió la vista al tráfico. Circulaban ya a la altura de la Rue Gaillon cuando finalmente se atrevió a meter la mano bajo la ropa y tocarlo. Ahí estaba el Tonalamatl, el libro de los días o de los augurios, uno de los textos sagrados que los antiguos mexicas utilizaban para conocer el destino de un individuo según el día de su nacimiento. Deslizó la yema de los dedos sobre él y notó la textura irregular y fibrosa del amate, con sus pequeñas crestas y depresiones que recuerdan vagamente la corteza de un árbol. Era un papel rígido, de tacto algo áspero, pero no desagradable, como si estuviera hecho de lino, de una calidez imposible de imaginar en el papel industrial, impersonal y frío de los libros impresos. Lo notaba *vivo*, como si todavía pasara por él la savia del ficus o del maguey y pudiera sentir las manos de aquellos que habían sumergido la corteza en agua con cenizas o cal y la hubieran laminado con piedras

lisas o mazos de madera una vez cocida para luego dejarla secar al calor del Quinto Sol.

Una moto pasó a su lado a toda velocidad, casi rozando la ventanilla y, por un instante, fue incapaz de decir si lo que dejaban atrás en ese momento era el Palais Garnier o las ruinas de Tlatelolco. Respiró hondo. El temor a levantar las sospechas del conductor del taxi le impedía sacar el Tonalamatl de debajo de su poncho y contemplar el manuscrito. Tampoco le habría sido fácil hacerlo dentro del vehículo. Al fin y al cabo, totalmente desplegado, el Tonalamatl mide casi cinco metros. Verlo completamente extendido impresiona. Hay algo en el tamaño de un libro que nos dice que no se trata solo de un libro, sino de una manifestación de la divinidad. Ese es el caso de las biblias gigantes de Winchester y de Mainz, o del *Códice Gigas*, la única biblia que se conoce que incluye una representación a página completa del demonio. A diferencia de estos leviatanes de papel, que pueden llegar a los setenta kilos, el Tonalamatl es un prodigio arquitectónico: monumental y ligero al mismo tiempo. Todas las esperanzas y temores de los hombres concentrados en un Aleph plegado sobre sí mismo en forma de biombo de menos de trescientos gramos de peso.

El taxi pegó un frenazo brusco al incorporarse a la Rue Lafayette, cuajada de coches que se movían pesadamente. Previendo que la cosa iría para largo, el taxista sacó un paquete de cigarrillos y le ofreció uno.

—¿Le gusta el fútbol, monsieur?

—Sí —respondió, y se resignó a aquella conversación inevitable.

El Mundial España 82 acababa de ponerse en marcha unos días antes y la anfitriona había hecho poco menos que el ridículo ante

Honduras empatando a uno. En España, la prensa se cebó con la selección nacional y su entrenador, como era natural. En Tegucigalpa, sin embargo, el tanto de Héctor «Pecho de Águila» Zelaya, el primero de su país en una Copa del Mundo, se celebró con disparos de armas de fuego, petardos y cohetes. Mientras el taxista hablaba, se imaginó a los padres de Pecho de Águila consultando, el día del nacimiento de su hijo, a uno de los *tonalpouhque* o contadores del destino, especializados en interpretar el Tonalamatl. Si hubieran cometido el atrevimiento de mirarle a la cara, la habrían visto pintada con franjas negras, simbolizando las divisiones del cielo nocturno, el cabello largo, sin cortar, teñido de negro a base de tinta y sangre, atado en la parte posterior con una banda tejida de algodón y fibras de maguey, las orejas adornadas con pendientes tubulares de concha marina y quizás un pequeño bezote de obsidiana, llamado *tentetl*, en el labio inferior. Más que leer el Tonalamatl, el *tonalpouhqui* hablaba con el libro y con los seres que se manifestaban a través de él, usando hongos mágicos y otras sustancias para entrar en trance. No era su misión predecir con exactitud el destino de una persona, sino discernir cómo se manifestaría su fuerza vital a partir de los dioses y fuerzas sobrenaturales que gobernaban el día en el que había nacido, arrojando sobre el manuscrito granos de maíz de diferentes colores y formas para que estos revelaran más detalles sobre el *tonalli* de Pecho de Águila, la fuerza vital que finalmente le llevaría a marcar el gol más famoso de la historia de Honduras.

—Y qué golazo, monsieur —exclamó el taxista, emocionado—. Un pase largo, un *sprint*, y izas! Uno-cero.

Así fue. Apenas habían pasado siete minutos cuando Zelaya, fuerte y veloz como un rayo a pesar de estar lesionado, recibió un pase largo que dejó en evidencia a la defensa española, corrió con valentía con el balón y, con nervios de acero, batió con la derecha la salida del portero, que no pudo impedir que el esférico se alojara en el fondo de la red. El estadio de Mestalla, que estaba lleno a reventar de aficionados españoles, se quedó de piedra.

—Tal y como usted lo cuenta, debió de ser digno de verse —respondió.

—Excepcional, excepcional, monsieur.

Y con entusiasmo de locutor radiofónico, el taxista siguió desgranando las jugadas y estrategias que el combinado hondureño había utilizado para arrancarle un empate a la anfitriona del Mundial, lo que le permitió a él sumirse otra vez en sus pensamientos.

Su nombre era José Luis Castañeda del Valle y, hasta esa tarde del viernes 18 de junio de 1982, no había sido más que uno de los miles de turistas que visitaban París cada verano. Había nacido en el D. F. —aunque otros medios dirían más tarde que en Jalisco— y siempre tuvo la sospecha, por lo mucho que le gustaba de vez en cuando echar un trago, de que la fecha que aparecía en su credencial no era la correcta. A menudo bromeaba con que él había venido al mundo el día 2 Conejo, jornada que los *tonalpouhque* consideraban particularmente nefasta, pues los nacidos en esa fecha tenían por destino ser borrachos. Los *centzon tōtōchtin*, o «cuatrocientos conejos», eran los dioses de bebidas fermentadas como el pulque, y eran cuatrocientos en honor a las innumerables formas de emborracharse. Solían llevar el rostro pintado de rojo y negro, colores asociados con el ocaso y lo oculto, y portar una nariguera de

hueso en forma de media luna llamada *yacametztlí*. Cada individuo tenía su propio «conejo» y dependiendo de cuál dominara, la borrachera sería diferente: unos hacían llorar, otros reír, otros bailar y otros matar.

El día 2 Conejo, en el que Castañeda del Valle decía haber asomado sus orejas al mundo, estaba dedicado concretamente a Ometochtli, líder indiscutible de los otros 399 lepóridos, entre los que destacaban también Cuatlapanqui, el que rompe cabezas, Tlihua, el que tiene tinta negra, y Papaztac, el que entumece. Pero, de entre todos ellos, el conejo favorito de Castañeda del Valle era Tepoztécatl, el de la tierra de las hachas de cobre, el cual enseñó a los habitantes de Tepoztlán las artes y la música, además del cultivo y fermentación del pulque, y al que se atribuía el poder de generar lluvias y vientos; razón por la cual, en una noche de parranda que acabó a altas horas de la madrugada, Castañeda se había hecho tatuar en un brazo, y en su honor, un hacha en forma de rayo cayendo sobre una montaña.

Antes de entrar en la Biblioteca Nacional de Francia esa mañana y perpetrar el robo, se había tomado dos aguardientes en honor de su conejo protector, aunque al no notar efecto alguno, añadió a la mezcla un tranquilizante. Al fin y al cabo, se había pasado la noche anterior dando vueltas en la cama, repitiendo la escena en su cabeza una y otra vez y rumiando lo que diría si era sorprendido con el Tonalamatl debajo del poncho por un bibliotecario o por uno de esos guaruras de gesto desconfiado que custodiaban la entrada del edificio. No le resultaría fácil justificarlo, no. Siempre podía argumentar que, no queriendo dejar el documento solo en la mesa y en consideración al frío que pasaban las grandes y augustas

divinidades que lo poblaban, se lo había guardado en las entrañas mientras salía a tomarse un café caliente con intención de retornar inmediatamente después a la sala de investigadores para continuar examinándolo detalladamente; pero él sabía muy bien que los franceses solo se hacen los pendejos cuando hablan de amor y que lo más probable era que acabara en una celda de la gendarmería, rodeado de argelinos, marroquíes y senegaleses, que eran la fauna y flora de ese tipo de calabozos.

Ya a salvo de tan aciago destino, la mezcla de tranquilizantes y aguardiente que tomara por la mañana parecía solo haber empezado a cumplir su función en el preciso instante en que se subió al taxi.

—Ora sí, ¿no, cabrón? Cuando ya para qué. Todo el día esperando, y órale. Su chingada madre... —dijo en una voz tan baja que el taxista no llegó a escucharle.

La vista se le nubló momentáneamente. Tuvo la extraña sensación de que los cuatrocientos conejos estaban trepando por su espina dorsal en dirección al cerebro y que era el propio Tepoztécatl quien conducía el vehículo y el que le hablaba de córneres, tarjetas amarillas y penaltis escaqueados por el árbitro. Cabía la posibilidad de que las pastillas que le había dado uno de sus cuates en una cajita antes de abandonar México no fueran precisamente tranquilizantes, sino vaya usted a saber qué. En cualquier caso, siendo mexicano y acostumbrado a los taxis del D. F., tampoco era miedo lo que le embargaba. Al contrario: que, en medio de su alocada huida, Tepoztécatl se hubiera encarnado en un vulgar taxista parisino casi lo reconfortaba. Para comprobar que era verdad lo que veía, extendió la mano en dirección a la calva del taxista y se la habría palpado si no fuera porque este dio un súbito frenazo,

dedicando una sonora pitada de claxon a una mujer que había cometido la temeridad de cruzársele delante con la seguridad que da llevar un carrito de bebé y la bolsa del pan.

—*Putain, connasse, tu regardes pas...* —masculló entre dientes antes de volverse hacia su pasajero con una sonrisa de disculpa—. Es que pasan por donde les da la gana. La culpa de todo ello es de madame la ministre, que les tiene sorbidos los sesos con lo del feminismo. Una mujer en el gobierno, monsieur. ¿Se imagina? ¿Se ha visto alguna vez tal cosa?

El taxista se refería a Yvette Roudy, a la que Mitterrand había puesto el año anterior a cargo del recién creado ministerio de Derechos de la Mujer.

—Bueno, en Inglaterra tienen a la Thatcher y en México tenemos a La Malinche...

—¿A quién?

—Nada, nada, disculpe. No sé lo que me digo. Continúe, continúe —balbuceó con los ojos muy abiertos, pues al taxista se le alargaban los incisivos y el cráneo se le volvía cada vez más cuadrado por momentos.

Desde pequeño se había sentido fascinado por la leyenda de los cuatrocientos conejos y, en realidad, por cualquier cosa que tuviera que ver con el pasado de México. Todavía se acordaba de cuando, a los cuatro o cinco años, su madre lo llevó por primera vez al mercado de la Merced. Allí, entre manojos de epazote, montañas de aguacates y templos de jitomates, se vendían calendarios aztecas de yeso dorado destinados fundamentalmente a los turistas, aunque esas ruedas de piedra de extraños glifos también adornaban algunas de las humildes casas del barrio en el que creció. Su curiosidad se

acrecentó en la escuela. Le fascinaba la leyenda de los mexicas errantes guiados por Huitzilopochtli, la señal divina del águila posada sobre un nopal, y la fundación de Tenochtitlan en medio de un islote del lago de Texcoco. Tanto le gustaba esta historia que, de hecho, aprendió a escribir la palabra «Huitzilopochtli» antes que su propio nombre, y eso que nadie en su casa hablaba náhuatl ni comía en vajilla de barro. Pero la transformación definitiva tendría lugar a los catorce o quince años, en el transcurso de una visita al Museo Nacional de Antropología en Chapultepec, que no hacía mucho que había sido inaugurado. Nomás entrar, mientras sus compañeros corrían hacia las salas, él se quedó embobado mirando la enorme columna de hormigón del patio central, de la que caía una cortina circular de agua; una especie de árbol cósmico o *axis mundi* recubierto de relieves en bronce que representaban escenas de la historia y mitología mesoamericana, y que parecía conectar el inframundo, la tierra y el cielo. Salió del museo horas más tarde transformado en catecúmeno de todo aquello que, lo fuera o no, pareciera prehispánico, y con el entusiasmo de los verdaderos conversos fue a contarle la buena nueva a su padre a la vuelta de la excursión.

—Papá, papá, ya sé lo que quiero ser de grande.

El padre levantó la cabeza, hundida como estaba en el periódico que leía cada día en el sillón, y esbozó una sonrisa esperanzada.

—Arqueólogo.

—No seas menso, Luisito. Tú abogado, como tu tío.

Y así fue. O así fue, más o menos.

Cuando terminó la preparatoria, guardó en un cajón las historietas de su infancia, en las que Cuauhtémoc aparecía dibujado con una

prominente mandíbula de héroe clásico ajustándole las cuentas a los españoles, y las reemplazó con los no menos rectilíneos libros de leyes. Tras unos años de universidad, se licenció de abogado, profesión a la que, sin pena ni gloria, dedicaría algunos de los mejores años de su vida, y que nunca abandonaría del todo, pues, como tantas veces le repitiera su progenitor, de algo había que comer, y los dioses y mitos de sus ancestros eran bajos en proteínas. Sin embargo, con el tiempo terminó por hartarse de las bulliciosas calles del D. F. y sus interminables atascos, y se trasladó primero a Cozumel y luego a Cancún, ciudad situada no muy lejos de Chichén Itzá y su famosa pirámide de Kukulcán, también conocida como El Castillo, y a unas cuatro horas en coche de donde Diego de Landa llevó a cabo su famoso auto de fe.

Quizás de aquellas llamas viniera el sofoco que sintió en ese momento. Bajó la ventanilla del taxi para que el aire de París le refrescara, pero todo lo que recibió en la cara fue una bocanada con olor a tierra mojada, flores y gasolina quemada más propia del D. F. que de la ciudad del Sena, así que la subió de nuevo casi inmediatamente. El taxista aprovechó el inciso para meter nuevamente la cuchara en busca de conversación.

—¿Y usted a qué se dedica, monsieur? No tiene pinta de banquero.

Castañeda del Valle fingió no haber entendido o escuchado la pregunta.

No, obviamente no era un banquero. ¿Cuántos banqueros con sarape se encuentra uno en París? Al llegar a Cancún decidió cambiar de profesión. Aun sin dejar de ejercer ocasionalmente de abogado, se convirtió en periodista y fundó un periódico —más bien,

una gacetilla— llamado *El Informador del Caribe*, o simplemente *El Informador*.

—¿Periodista? ¿En México? ¿Tú estás loco? —exclamó su padre al otro lado del teléfono cuando le llamó para comunicarle su decisión.

Probablemente no iba muy desencaminado su padre, pero la nueva profesión tenía su atractivo para alguien como él, que no en vano se había tatuado el símbolo de uno de los temidos cuatrocientos conejos.

Además de asesinatos, corruptelas y chanchullos, los setenta eran años de vértigo arqueológico en México: con el descubrimiento de los murales de Cacaxtla, un conjunto de pinturas policromas extraordinariamente bien conservadas, llenas de batallas, sacerdotes y figuras a medio camino entre los hombres y los animales, que desenterraron unos campesinos; y, sobre todo, con el hallazgo del Templo Mayor, corazón religioso de Tenochtitlan, que apareció bajo el asfalto del centro histórico del D. F., como si la ciudad colonial no hubiera sido más que un paréntesis. A veces, los descubridores de tan magníficos artefactos eran individuos que, impulsados por la necesidad, excavaban clandestinamente en busca de piezas que acababan invariablemente en el extranjero. Los arqueólogos mexicanos, indignados, denunciaban sistemáticamente el saqueo y el mercado negro, y en círculos académicos empezó a surgir la idea de una arqueología de rescate, una arqueología dedicada a devolver a México todo aquello que le había sido injustamente arrebatado y que yacía «enterrado» en los museos y colecciones privadas de medio mundo.

No recordaba exactamente cuándo o dónde había escuchado por primera vez ese concepto, si fue en un artículo o en una conferencia,

pero Castañeda del Valle quedó prendado de la idea de pasar de las palabras a los hechos. Se le metió entre ceja y ceja fundar una asociación cívica revolucionaria, integrada preferentemente por licenciados en historia y arqueología, que, en lugar de echarse al monte como en otra época lo hiciera Sandino, se dedicaría a recuperar por las bravas el patrimonio cultural del pueblo mexicano.

Llegó a proponer tan disparatado proyecto a dos cuates de carrera, el Chato y el Beto, a los que, en pleno trance, veía sentados al mismo tiempo a su lado en el taxi y frente a unas chelas en una cantina de Cancún.

—Güey, a este pinche país le han robado hasta la madre —les había dicho José Luis con la solemnidad de un candidato a diputado por Oaxaca.

—Ps' sí, qué gacho —dijo el Beto acomodándose en la silla con cara de que la cerveza le importaba más que el latrocinio.

—¿Cómo que «qué gacho»? ¡No manches, es una cagada! —exclamó, dando un golpe en la mesa con la botella con más fuerza de la que pretendía—. Fíjense nomás en el cabrón del Harald Wagner. El muy cínico se llega a Teotihuacán, así como si nada, y se roba más de setenta pinches murales. ¡Setenta, cabrón! No uno, no dos. ¡Setenta! Casi mil quinientos kilos de fragmentos de mural, algunos de casi cuatro metros y medio. Se los *regalaron*, decía él. Y se los pasó al Museo De Young de San Francisco como si fueran sus pinturas, como si se las hubiera heredado de su abuelita. Y ahí siguen, güey. Ahí siguen algunos de esos murales, en California, mientras acá en Teotihuacán no han quedado sino puros huecos en la pared, que parece que un pinche ejército hubiera fusilado las ruinas.

—Bueno, devolvieron unos, ¿no? —dijo el Chato, que le había puesto algo más de atención.

—Unos sí, otros no. Y así están todas nuestras cosas, güey, desperdigadas por el mundo. Hay una piedra olmeca de Chalcatzingo —sagrada, de dos mil y pico años— que la partieron en veintitantos pedazos pa' sacarla de México haciéndola pasar por gravilla. ¡Gravilla! La rearmaron allá en Estados Unidos como si fuera un pinche rompecabezas y la pusieron en una colección privada muy quitados de la pena.

—Órale, ya. Cálmate, José Luis, cálmate —dijo el Beto, poniéndole un brazo en el hombro—. ¿Otra chela?

—No, no me calmo. Me cae que no me calmo. —Pero no por ello dejó de extender la mano para agarrar la botella y vaciarla de un trago hasta la mitad—. Y el gobierno, ¿qué hace el pinche gobierno? Nada, güey. Manda cartitas, firma trataditos, va a la ONU a dar discursitos muy chingones. Pero las piezas siguen allá. Y aquí el INAH con su presupuesto de mierda sin poder hacer nada.

—¿Y tú qué propones, Indiana Jones? —preguntó el Chato con una sonrisa.

—Lo que propongo —dijo él, muy serio, apuntándoles con el dedo índice como si fuera el Tío Sam en el famoso cartel «I Want You for U.S. Army»— es que nosotros tres, que tenemos los machos bien puestos, formemos un grupo. Un comando. Los tres, güey. Vamos a San Francisco, nos metemos al De Young, y nos traemos los murales de regreso.

El Beto casi escupe la cerveza.

—¿Un comando? ¿Nosotros? Tú, que no has visto una pistola ni en las películas de vaqueros, ¿vas a asaltar un museo gringo?

—Es una operación de rescate cultural, no un asalto —aclaró él, con dignidad herida—. No hacen falta pistolas. No somos delincuentes.

—Claro, claro —dijo el Beto—. ¿Y cómo sacamos setenta murales de California? ¿En el Tsuru del Chato?

—Los murales son fragmentos, se pueden... —empezó.

—¿Se pueden qué? ¿Echarlos en una mochila? —el Chato ya se estaba riendo a carcajadas.

—Ustedes no entienden la gravedad del asunto, cabrones.

—Sí entendemos, güey, sí entendemos —dijo el Beto, palmeándole en la espalda con ternura—. El pinche país está saqueado, tienes razón. Pero ahorita lo que tú necesitas no es un comando, necesitas un trago y comer algo.

En ese momento pasó el camarero por delante de la mesa.

—Joven. Joven. Oiga, joven, otras tres cervezas y unos tacos.

—De acuerdo —concedió José Luis, después de un silencio—. Pero lo del comando no lo descarto.

—A huevo —dijo el Chato—. Le ponemos un nombre y todo. ¿Qué tal el nombre de este antro?

Y señaló a la pared que se extendía sobre la barra del bar, en la que, apenas visible entre los desconchados, se leía un letrero que decía en florida caligrafía «El conejo feliz».

—Ya no mames.

La sirena de un coche de policía le devolvió al presente, haciendo desaparecer bruscamente al Chato y al Beto. El taxi se echó a un lado y él la sintió acercarse. Se puso más pálido que una playa de Bretaña en febrero y, por un instante, pensó que ese era el final de su escapada.

—*Ouais, ouais, vas-y, fonce...* —masculló el taxista, haciéndoles señas con el brazo para que adelantaran de una vez—. Estos siempre con sus prisas.

Al llegar a su altura, los policías ralentizaron la marcha, forzados por el tráfico. Castañeda del Valle sintió posarse sobre él la mirada de uno de los agentes y se le heló la sangre. Pero no, no estaban ahí para detenerle a él. Apenas se abrió un hueco, aceleraron y siguieron calle arriba, con la sirena aullando con su timbre de lobo desesperado, camino de algún incendio, algún atraco o alguna otra desgracia de las que suceden a diario en París.

Estaba claro que lo de saltarse la ley no era lo suyo. Sus amigos nunca se tomaron en serio la idea de formar un comando que, aprovechándose de las débiles medidas de seguridad que tenían museos y bibliotecas en los años setenta y ochenta del siglo pasado, se dedicara a la sacrificada tarea de intentar recuperar para México al menos parte del patrimonio cultural que le había sido expoliado durante siglos. Pero a diferencia del Chato y el Beto, Castañeda del Valle no dejó de pensar en ello, si bien la realidad era la que era, y la realidad era que no tenía un chavo. Su trabajo como abogado apenas le daba para vivir, y no es que la redacción de *El Informador del Caribe* fuera precisamente la de *The New York Times*. De tener entre sus manos una vasija de obsidiana o una máscara funeraria de jade maya o teotihuacana, quién sabe si él mismo no habría corrido a Nueva York a venderla. Ese pensamiento le torturaba, pero él se decía que no, que iría derecho al INAH y que saldría del Museo Nacional de Antropología por la puerta grande, como los toreros en la Plaza de Toros Monumental de México.

Mientras llegaba ese día, José Luis Castañeda del Valle decidió dedicarse a otra de las pasiones que había cultivado desde chico, que era la de correr maratones; habilidad, la de correr (y cuanto más rápido y más lejos mejor), muy estimada en México entre carteristas, descuideros, mecheros, cogoteros, butroneros y otros amigos de lo ajeno, a cuyo eximio gremio terminaría siendo acusado de pertenecer. No contento con correr, fundó además una escuela de fútbol, a la que, quizás como disculpa por no haberse decidido todavía a dar su soñado golpe, puso por nombre «Quetzalcóatl», y con cuyo equipo logró ganar el Trofeo Independencia en el año 79, hecho que en el barrio todavía recordaban. Todo ello, sin embargo, no era más que una forma de posponer lo que él mismo sabía que era inevitable, lo que cualquier *tonalpouhqui* medianamente competente habría leído en el libro que llevaba debajo del sarape sin necesidad siquiera de tirar encima unos granos de maíz.

En ese momento se dio cuenta de que el taxista, que no había parado de hablar en todo el trayecto, llevaba callado desde que dejó pasar a la patrulla. Aquel silencio, viniendo de quien venía, lo inquietaba.

—¿Falta mucho para llegar? —aventuró, solo por despejar el aire.

El taxista lo miró un instante por el retrovisor, más de la cuenta.

—¿Tiene usted prisa, monsieur?

—¿Prisa? No, no.

—¿No estará usted metido en algún lío? —preguntó frunciendo el ceño.

A Castañeda se le secó la boca.

—¿Lío? ¿Yo? Qué va. ¿Por qué lo dice?

—Por nada. —El taxista volvió la vista a la carretera—. Es que se le ve nervioso.

—Será el café. Tomo mucho café y no estoy acostumbrado al de París.

El hombre se encogió de hombros y no dijo más, pero por un rato Castañeda no se atrevió a mover un dedo, no fuera a ser que el menor gesto lo delatara.

Fue su hermano quien, sin pretenderlo, le dio la idea de llevar a cabo el hurto que lo haría famoso en todo México como el único ladrón de antigüedades en los anales del país capaz de correr un maratón.

—Deberías ir a Europa —le había dicho—. Ver mundo. Olvidarte del periódico por un rato.

—¿Con qué dinero?

—Vende algo. Pide un préstamo. Carajo, José Luis, te estás pudriendo aquí.

—¿Y qué voy a hacer en Europa?

Su hermano le miró con incredulidad.

—¿Y yo qué sé? Roba un manuscrito de esos que te gustan tanto, pendejo.

No era una mala sugerencia, no. Los manuscritos eran mucho más fáciles de transportar que los murales y no llamaban tanto la atención.

Recordó haber leído en algún lugar que la Biblioteca Nacional de Francia albergaba una de las mayores colecciones de códices mexicanos del mundo, documentos que habían salido de México en circunstancias más que nebulosas y que habían pasado por las manos de un italiano que fue echado a la cárcel en cadenas, un

aventurero de nacionalidad ambigua que había abierto una casa de juego en México y se había dedicado a la ópera, un académico francés que se arruinó y perdió la cordura antes de lograr descifrarlos y un industrial que se decía descendiente por vía materna de una antigua princesa azteca, a pesar de lo cual, en el momento de su muerte, encargó a su mujer que donara tan singular tesoro a la Biblioteca Nacional de Francia, o quizás fue ella quien le convenció de hacerlo, en lugar de devolverlo a México, como podía y quizás debería haber hecho dada su prosapia. Así que, dejando atrás todas las dudas que le embargaban y haciendo uso de sus escasos ahorros, decidió seguir el consejo de su hermano y se acercó a la agencia de viajes de la esquina.

—Buenas. ¿En qué le puedo ayudar? —le dijo desde detrás del mostrador un joven con corbata y pelo engominado.

—Quiero ir a París.

—Oh, París, *l'amour, l'amour* —respondió guiñándole un ojo.

—No, no, voy solo.

—Mucho mejor, caballero, mucho mejor —añadió, entre cómplice y empalagoso—. ¿Incluimos el hotel?

—No. Ya me busco yo algo.

El empleado torció el gesto, pero como el pescador avezado que deja escapar una trucha pequeña en pos de una presa mayor, no insistió.

—Hay una salida el jueves con escala en Nueva York. O el viernes con escala en Madrid. El de Madrid es algo más barato.

—¿Cuánto más barato?

El empleado le dio una cifra. Castañeda hizo un cálculo rápido y silencioso que no cuadró de ninguna manera.

—¿Y no hay algo todavía mejor de precio?

—Pues mire, no —dijo el empleado, con el tono de quien revela un secreto—, pero hay un paquete que incluye París y El Cairo. Los vuelos de París a Egipto están tiradísimos ahora mismo, así que el paquete completo le sale casi igual que solo París.

Castañeda lo miró con escepticismo.

—¿El Cairo?

—Egipto, las pirámides, el Nilo, los cocodrilos, todo eso.

—Ya, ya sé lo que hay en El Cairo, gracias.

—Es una oferta excelente, caballero —insistió el empleado, que claramente tenía instrucciones de colocar ese paquete a los incautos—. Mucha gente lo está aprovechando.

Castañeda del Valle pensó durante un momento en las pirámides de Egipto, luego en las de Teotihuacán, luego en la Biblioteca Nacional de Francia y luego en la gendarmería francesa, y llegó a la conclusión de que, si había algún sitio a donde los gendarmes no le irían a buscar, ese era El Cairo.

—Órale —dijo—. El paquete.

Había pasado de aquello poco menos de un mes, pero en el interior de ese taxi el tiempo parecía fluir de manera diferente: todo le parecía una eternidad.

—Monsieur, ¿le apetece otro cigarrillo? No sé qué pasa hoy, pero esto no se mueve ni a empujones —dijo el taxista de repente, en un tono mucho más amigable.

Efectivamente, el coche llevaba ya más de veinte minutos detenido en medio de un monumental atasco.

—Muy amable —respondió José Luis, intentando que no le temblaran los dedos, y más por disipar cualquier sospecha que porque le apeteciera realmente fumar.

Al final, el sibilino empleado de la agencia logró colarle no solo el paquete a El Cairo, sino la estancia en un hotelito familiar cerca de la Place Maubert, un lugar en el que todavía proliferaban las *brasseries* baratas y donde no era infrecuente escuchar hablar español por la calle.

Los primeros días los pasó sin atreverse siquiera a acercarse a la Biblioteca Nacional. Se dedicó a pasear por los alrededores de la Rue de la Huchette, el bulevar Saint-Germain y la Place Saint-Michel, donde hizo unas cuantas fotos a la estatua del arcángel Miguel aplastando al demonio, con su espada flamígera en la mano. No tardaron sus paseos en acabar en los muelles del Sena, ante los tenderetes verdes de los *bouquinistes*, que desde hace más de 450 años se asientan en el lugar vendiendo libros viejos, revistas, grabados antiguos, postales y *souvenirs*. Le sorprendió encontrar algunos sobre México y a punto estuvo de comprar una edición francesa de la crónica de Bernal Díaz del Castillo, en cuya cubierta se veía a un barbudo conquistador español a caballo y un fondo de pirámides que parecían sacadas de un tebeo.

—Ciento veinte francos —dijo el librero sin levantar la vista.

Castañeda del Valle lo devolvió con cuidado al estante.

—¿Y si le digo que soy mexicano?

—Ciento treinta.

En algún momento, sin querer confesárselo, empezó a acercarse a la Rue de Richelieu, en el segundo *arrondissement*, donde se encontraba el edificio de la Biblioteca Nacional de Francia. La intuía

desde lejos, sentado en uno de los bancos de los jardines del Palais Royal, que por aquel entonces era un lugar tranquilo, algo anacrónico, frecuentado por jubilados y palomas. Las dudas que tenía sobre lo que se había propuesto hacer desaparecieron tras una visita al *Musée de l'Homme*, donde por aquel entonces se encontraba, además de cerámica mixteca, piezas mayas y objetos olmecas, un conjunto de noventa esculturas aztecas, datadas entre 1350 y 1521, y procedentes en su mayor parte de México Tenochtitlan. Entre ellas se incluía una miniatura única en su estilo de Huitzilopochtli tallada en una piedra metamórfica verde, que, desde dentro de la vitrina en la que los pinches franceses lo habían encerrado, parecía reconvenirle su cobardía moviendo imperceptiblemente sus pequeñas manos.

—Pendejo —creyó oír que le decía la estatuilla en un murmullo que olía a copal y a sangre seca—. Pendejo que eres un pendejo. ¿Qué hueva haces aquí parado como momia?

—Esto no puede estar pasando —se dijo Castañeda del Valle.

—Pues claro que está pasando —le respondió la estatuilla—. Yo soy el dios de la guerra y del sol, güey, no se me escapa una. Así que cálzate los huevos de una maldita vez y haz lo que viniste a hacer, o te juro por mis quinientos años de cautiverio que te llevo de paseo al Mictlán y no te encuentra ni Tezcatlipoca, el espejo humeante que todo lo ve y todo lo revela. ¿O acaso te parece normal que me tengan aquí de adorno?

—No, la verdad es que no.

—¿Pues a qué esperas? Ya estás tardando, carnal.

Castañeda del Valle miró a su alrededor. Los dos únicos guardias de sala conversaban en voz baja junto a la puerta, y una pareja de

turistas alemanes admiraban una impasible cabeza olmeca que, resignada, se dejaba fotografiar por ellos, como si fuera una estrella de la semana de la moda. Volvió a mirar la miniatura. Huitzilopochtli le sostuvo la mirada, encabronado, con sus siete centímetros de piedra verde y sus cinco siglos de paciencia.

—Pues ni modo —se dijo Castañeda.

Al final, el robo fue más un impulso que un golpe cuidadosamente planeado como los que se ven en las películas. Cuando atravesó las puertas de la Biblioteca Nacional de Francia, ni siquiera sabía si le dejarían ver los documentos. De hecho, estaba preparado para darse media vuelta ante la menor dificultad. Se sorprendió de lo fácil que fue que le dieran acceso a la sala de investigadores. Poco a poco fue tomando confianza. Estuvo consultando los textos durante varios días, intentando buscar el momento oportuno en el que meter uno debajo del sarape. Con gusto se habría llevado cualquier otro que se hubiera puesto a tiro, pero el destino quiso que fuera precisamente el Tonalamatl. Tal vez, a su manera, los dioses que pueblan el libro de los augurios habían decidido siglos atrás que llegaría el día en el que circularían en taxi por la monumental capital de Francia escondidos en el ombligo de un abogado de escasa fortuna y comportamiento un tanto excéntrico, y tal vez lo eligieron precisamente a él y no a otro porque corría maratones y eso les recordaba a los *painani* mexicas que llevaban mensajes de un lado al otro del imperio, de los que se decía que eran tan ligeros de pies que llevaban hasta Tenochtitlan, a unos cuatrocientos kilómetros de distancia, el pescado fresco que se capturaba en las costas del Golfo de México. Quién sabe. Se habría necesitado un *tonalpouhqui* para resolver el misterio.

Todavía andaba pensando en ello cuando el taxista, que, aburrido de estar parado, ya no sabía qué hacer ni en qué posición ponerse, le preguntó:

—¿Le importa si pongo la radio, monsieur?

La petición lo tomó por sorpresa.

—Preferiría que... —fue todo lo que le dio tiempo a articular.

Sin esperar a que terminara de manifestar su voluntad, no fuera a ser que no coincidiera con la suya, el conductor encendió el aparato y ajustó el dial. Por debajo de la estática, empezó a sonar *Begin the Beguine* de Julio Iglesias. El cantante español estaba en el apogeo absoluto de su popularidad en Francia y acababa de sacar un nuevo álbum, *Et l'amour créa la femme*. A punto estuvo Castañeda del Valle de abandonar el vehículo y hacer el resto del trayecto caminando. Pero justo en ese momento, aguijoneados quizás por la combinación de orquesta de cuerda, sintetizador y bossa nova, los automóviles empezaron a moverse: lentos al principio, más y más rápido después. Libre por fin para dar rienda suelta a sus instintos, el taxista aceleró, adelantando a unos y a otros con destreza, y Castañeda del Valle se imaginó a sus perseguidores retenidos todavía en lo profundo del atasco. Eufórico, notó que los conejos se le subían a la cabeza como una manada de búfalos. El coche corría, y corría, y corría. Julio Iglesias repetía y repetía sin tregua: «When they begin/the beguine». Las calles se deshilachaban a su paso, en una sinfonía de colores verdes, rojos, blancos y negros. El taxista le ofrecía un cigarrillo, y otro cigarrillo, y otro cigarrillo, y vio la cajita de las puñeteras pastillas sobre la mesita de noche del hotel, y dentro de la cajita al Chato, y al Beto, y al Pecho de Águila, y a Huitzilopochtli cantando a coro junto con todo el estadio de Mestalla

«Quiero saber/si tú aún me quieres/quiero volver/a empezar». Y como *Alicia en el País de las Maravillas*, también él cayó por un agujero en pos de su particular conejo blanco. Tuvo la impresión de que el Tonalamatl se movía por debajo del sarape y se fusionaba con sus entrañas, como si los Señores del Día y de la Noche estuvieran enraizando dentro de su vientre. Habría jurado que su aliento se llenaba de volátiles. De repente, tuvo un deseo irreprimible de hacer brotar sangre, de pincharse un dedo o la oreja con una aguja o una espina. De corresponder a los sacrificios que habían hecho los dioses para crearnos. Quetzalcóatl y Tezcatlipoca desmembraron a Tlaltecuhltli para formar el cielo y la tierra. Nanahuatzin y Tecciztecatl se arrojaron al fuego divino para convertirse en el sol y la luna. La sangre es un puente entre mundos. Como los signos del Tonalamatl, cada gota tiene un propósito y un significado. Nunca ha de derramarse en vano o por crueldad, pero es necesario que fluya, y que lo haga en abundancia. Es el *chalchihuatl*, o agua preciosa, que asegura que el sol continúe su viaje diario, sosteniendo así la existencia de todo lo que conocemos. Se mordió con fuerza los labios. En ese momento, o bien se durmió, o bien perdió la conciencia, pues lo siguiente que recordaba fue la mano del conductor sacudiéndole suavemente el hombro.

—Monsieur, monsieur. Ya llegamos.

Castañeda abrió los ojos, desorientado.

—¿Dónde... dónde estamos?

—En el aeropuerto —le dijo el taxista—. ¿Se encuentra usted bien?

—¿El aeropuerto? —protestó débilmente, tomando nuevamente conciencia de lo ocurrido—. Creí que le había dicho la Gare du Nord.

El taxista lo contempló con la expresión paciente y levemente compasiva que los de su gremio destinan a los extranjeros y a los borrachos.

—No, monsieur. Usted me dijo Charles de Gaulle, bien claro. ¿Está seguro de que se encuentra bien?

Castañeda del Valle no quiso discutir.

—Sí... sí, estoy bien. Tiene usted razón.

Pagó, bajó del taxi y se quedó un momento quieto en la acera, dejando que la ligera llovizna que caía en ese momento le refrescara y le devolviera poco a poco a la realidad. Respiró hondo. Como para asegurarse de que no todo había sido un mal sueño, tocó instintivamente el bulto que se dibujaba bajo su sarape. El Tonalamatl seguía ahí, intacto. Se sintió aliviado. La gente iba y venía, como ocurre en todos los aeropuertos y estaciones del mundo. Ya estaba a punto de desaparecer entre la multitud cuando, por encima de las copas lejanas de los árboles que bordeaban la carretera, algo llamó su atención, algo a lo que sus ojos no dieron crédito, pero que ahí estaba, como estaban la terminal y los aviones de Air France. Eran las velas blancas de un barco a punto de naufragar que luchaba penosamente contra el viento y en el que viajaba el primero de los cuatro extranjeros a los que los *centzon tōtōchtin*, o «cuatrocientos conejos», habían sentenciado a la tristeza, la miseria o la locura por haber puesto en marcha todo cuanto acababa de ocurrir y cuanto estaba aún por venir: un italiano de un pequeño pueblo de la Lombardía, de algo más de treinta años, abundante cabellera, frente despejada y ojos claros que se encomendaba a la Virgen de Guadalupe creyendo que había llegado su hora.



2.

El Señor de la Torre y Hono

EL SANTA ROSA, un galeón de unas setecientas toneladas, dos puentes y unos cincuenta cañones, se dirigía irremediablemente hacia los arrecifes. Había salido del puerto de Cádiz el 22 de noviembre de 1735 como parte de una flota que incluía otros tres o cuatro buques de guerra y doce navíos mercantes. Todos ellos estaban a las órdenes del teniente general don Manuel López Pintado, capitán de mar y guerra, y caballero de la Orden de Santiago, hombre inmensamente rico, pero de genio torcido, que siempre había considerado de mal agüero tener italianos en su barco, razón por la cual, cuando se enteró de que uno había sacado un pasaje para Indias, lo instaló en el Santa Rosa. La tripulación lo aceptó con desconfianza, pero sin rechistar, tal y como hicieran también con los tres mil quintales de azogue que llevaban en las bodegas, y que,

amén de constituir el fundamento de la inmensa fortuna del dicho teniente general, servía para separar las impurezas con las que se extraía la plata, metal que constituía, como quien dice, la sangre misma de España y de su imperio.

Como de costumbre, la flota había recalado en Santo Domingo para aprovisionarse y permitir que la tripulación descansara antes de cruzar el Golfo de México con destino a Veracruz, punto culminante del viaje. Hasta entonces, la travesía había sido tranquila, con buen tiempo y sin asomo de barcos ingleses que pudieran incordiarles. Dos o tres días antes, los mismos hombres que ahora se afanaban en echar las chalupas del Santa Rosa al agua habían contemplado alborozados la nevada cima del volcán Citlaltépetl dibujarse en la lejanía.

—¡Tierra! ¡Tierra a estribor!

—¡El Pico! ¡Ya se ve el Pico!

Los marineros se apiñaron en la borda, señalando hacia el horizonte. Algunos se frotaron los ojos para verlo mejor antes de santiguarse. Otros gritaron vítores y se abrazaron.

—¡Gracias a Dios!

—¡Un año sin verlo y ahí sigue el hideputa!

—¡Esta noche hay que brindar, muchachos!

Como otros pasajeros, también el italiano se había apresurado a subir a cubierta. Visto desde el mar, puede que el Citlaltépetl, al que los españoles llamaban el Pico de Orizaba, no fuera más que un diminuto punto blanco, pero era una señal inequívoca de que llevaban el rumbo correcto y de que el final del viaje estaba cerca.

Entre la tripulación, la alegría de ver aparecer el volcán no tardó en dar paso a la aprensión y a una búsqueda desenfrenada de

buenos o malos augurios que predijeran cómo sería la llegada. Veracruz no está en una bahía, sino en una zona litoral relativamente abierta donde los barcos solo alcanzan refugio atravesando un estrecho canal. Antes de llegar a él, hay que pasar entre dos arrecifes, dos monstruos de piedra, corales y peces de colores que, por hacerles parecer menos temibles a los navegantes que la Escila y Caribdis de los clásicos, fueron nombrados Gallega y Galleguilla. El caso es que parte de la flota había logrado ya entrar por el dicho canal cuando, desde la nave capitana, el teniente general don Manuel López Pintado, que se había levantado esa mañana, como todas las mañanas, de un humor de perros, ordenó que era el turno del Santa Rosa, y se sentó en el puente a observar la maniobra. Un oficial se acercó con cautela.

—Excelencia, quizás sería prudente esperar. El viento está cambiando.

—¿Esperar? ¿Y perder todo el día?

—Es que el capitán Sanguineto...

—El capitán Sanguineto, el capitán Sanguineto, el capitán Sanguineto... El capitán Sanguineto hará lo que yo le ordene. Y si no puede manejar su propio barco, que se dedique a vender naranjas en Sevilla, como hacían sus padres.

El oficial se retiró sin decir más y transmitió la orden.

Al principio todo fue relativamente bien. Habían desplegado las velas cuadras en los palos trinquete y mayor, y las de cuchillo en el palo de mesana, lo que les permitía aprovechar el viento del sureste que soplaba y zigzaguear en dirección al puerto, midiendo la profundidad con una sonda a medida que avanzaban. Francisco Domingo Sanguineto, capitán del Santa Rosa, pálido como un

cadáver a la luz de la luna, contenía la respiración cada vez que la sonda indicaba que la profundidad descendía, y suspiraba con alivio, recuperando los colores, cuando revelaba lo contrario. Desde donde estaba podía escuchar las plegarias atropelladas de un grupo de religiosos, a los que intentaba ignorar; a ellos y al italiano de marras que, desobedeciendo sus instrucciones, había subido a cubierta a observar el espectáculo de los arrecifes. Toda la atención del capitán estaba concentrada en seguir las órdenes que daba el piloto del navío, que era quien realmente se encargaba de la maniobra y sobre el que las opiniones a bordo estaban divididas, considerándole algunos un simple borrachuzo y otros un nuevo Hannón el Navegante.

Qué pasó después sigue siendo motivo de controversia en los anales de los naufragios inexplicables. El caso es que, al pasar junto a la Galleguilla, el barco profirió un enorme quejido. Casi instantáneamente, el capitán comenzó a cubrir de insultos a la sufrida madre del piloto; este a dar órdenes y contraórdenes; y el grupo de religiosos a aumentar el número de sus rezos y plegarias; todo ello mientras el grumete bajaba del palo mayor a toda prisa como si hubiera visto acercarse por babor la barca de Caronte. No era para menos, pues era solo cuestión de minutos que el Santa Rosa hiciera una visita a los infiernos.

Entre juramentos, empujones, pisotones e invocaciones a los santos, tripulantes y pasajeros agarraron lo que pudieron llevar consigo de sus pertenencias y se dirigieron a toda prisa a las chalupas. Nada pudo hacer el teniente general don Manuel López Pintado, capitán de mar y guerra, y caballero de la Orden de Santiago, que observaba los acontecimientos desde el San Luis, para

evitar que acabaran en el fondo del océano los tres mil quintales de azogue que el Santa Rosa llevaba en sus bodegas. Todo lo que estuvo en su mano, y lo hizo de mala gana, fue recoger a los náufragos, entre los que se contaba, muy a su pesar, el italiano que se había embarcado en Cádiz, el cual, antes de saltar a la chalupa, se encomendó a la Virgen de Guadalupe, de la que había escuchado maravillas y a la que prometió ir en peregrinación si se salvaba de esta.

El italiano al que tanto despreciaba don Manuel López Pintado se hacía llamar Lorenzo Boturini Benaduci, y aseguraba proceder de la villa de Sondrio, en la Valtelina italiana. Al menos eso era lo que decía un expediente ratificado por las autoridades eclesiásticas de Viena, en el que ratificaban además su condición de soltero y de cristiano viejo. El cura de la parroquia de Sondrio, que lo bautizó el 18 de abril de 1698, no estaba del todo de acuerdo.

—¿Boturini? No, no. Era Botterini. Lorenzo Francesco Antonio *Botterini*. Me acuerdo muy bien de ese gamberrillo, el hijo de Giambattista, el herrero.

Si el viejo cura se acordaba de Lorenzo después de tantos años, era por dos circunstancias excepcionales. Primero, porque tuvo que bautizarlo de prisa y corriendo una noche de tormenta, al encontrarse el recién nacido *ob imminens mortis periculum*, como se designaba por aquel entonces al peligro inminente de muerte. Y, segundo, porque muchos años después, ya convertido en un hombre hecho y derecho, Lorenzo donó al pueblo un busto de San Juan Nepomuceno, patrono de la fama y del buen nombre.

Los festejos por la colocación de la reluciente estatua duraron dos días y, por primera vez en mucho tiempo, Giambattista, el herrero, se sintió verdaderamente feliz. En la taberna, los vecinos se apiñaban alrededor suyo para felicitarle, dándole palmaditas en la espalda y estrechándole la mano.

—Tienes un buen muchacho, Giambattista —decía uno.

—Ha salido a su madre, que en paz descanse.

—¿Y los latines? ¿Qué? ¿También de ella? —añadió otro riendo.

El orgullo iluminaba el curtido rostro de aquel hombre. Con enormes sacrificios le había mandado a estudiar leyes a Milán para que en su vejez les sirviera de báculo a él y a su hermana pequeña Lucrezia. Poco podía imaginar, viéndole bailar y beber con los mozos del pueblo, que Lorenzo desaparecería por completo de sus vidas. Pero así fue. Giambattista murió cargado de deudas, dejando a Lucrezia, cuya dote había sido gastada en los estudios de su primogénito, prácticamente en la indigencia.

En qué momento Lorenzo Francesco Antonio Botterini de la Ecclesia se convirtió en Lorenzo Boturini Benaduci, caballero del Sacro Imperio Romano y Señor de la Torre y Hono, el viejo cura no lo sabía con exactitud y, si se lo hubieran contado, probablemente tampoco lo habría creído.

En aquellos turbulentos años, en los que franceses, españoles, austriacos y grisonos se entremataban en el norte de Italia, un nombre distinguido era lo mínimo con lo que poder reclamar con algún éxito una posición en la burocracia del Sacro Imperio Romano; y si algo había aprendido el joven Lorenzo durante sus estudios en la capital de la Lombardía, donde había recibido la clásica formación humanística en historia, filosofía y derecho, era a manejarse entre

mohosos volúmenes y polvorientos manuscritos como el Gran Capitán lo hacía entre sus tercios. Fue así que, aprovechando las licencias de la fonética y su conocimiento de los archivos, cambió su nombre de Botterini a Boturini, lo que le permitió declararse heredero de una distinguida prosapia que le conectaba con el conde Wigfredo de Borge, con los condes de Poitou y de Auvernia, los duques de Aquitania, de Borge y de Tolosa, y los Señores de la Torre y Hono, aunque ni con esas encontró el hijo del herrero la anhelada recompensa a sus fatigas.

Para acomodarse en el Senado de Milán o en el gobierno de alguna de las ciudades marítimas austriacas, como pretendía, hacía falta no solo entendimiento y títulos, ya fueran reales o imaginados, sino peculio, pues a menudo no era posible obtener un cargo sin pagarlo, y hasta el candidato más meritorio, diplomado, culto y honesto debía hacer frente a semejante yugo. Todo lo que consiguió fue que se le reconociera como caballero del Sacro Imperio Romano, algunas cartas de recomendación de aquellos a quienes había servido y un nutrido archivo: pergaminos, actas y árboles genealógicos entre los que destacaba un curioso libro en el que narraba las pompas funerales del señor Ottavio Botturini, famoso filósofo y jurisconsulto veronés, al que declaró su tío abuelo. Así, aprovechando que Felipe V ordenaba que sus súbditos abandonaran los territorios austriacos, pues se había muerto el rey de Polonia, y otra vez España y Austria estaban a la greña, decidió que, pues la suerte le era adversa en Viena, bien podía él considerarse vasallo del rey español en virtud de algunos de sus imaginarios títulos, y, ni corto ni perezoso, puso rumbo a la Península Ibérica.

Años más tarde, ya en la capital de la Nueva España, escudriñaría el Tonalamatl en busca de la clave que le permitiera descifrar su propia vida como los astrólogos intentaban hacer con las constelaciones zodiacales. Todos los indicios apuntaban a Zaragoza, a cuyo santuario se había dirigido en peregrinación tras varios infructuosos meses de hacer antesala en las cortes de Lisboa y Madrid. Como muestra de su devoción, o porque pensó que así mejoraría su suerte, hizo todo el trayecto de Madrid a Zaragoza a pie, llegando con las plantas tan lastimadas que apenas si podía dar un paso, y arrodillado ante la figura de Nuestra Señora del Pilar le pidió a la Virgen que le encaminara a cualquier lugar que fuese de su agrado, siempre que incluyera un sueldo fijo y una buena colección de libros, pues para algo era licenciado. Craso error. Bien sabía el Señor de la Torre y Hono, por haberlo leído en Homero y en Virgilio, que a los dioses no hay que pedirles nada, pues siempre que una divinidad se entremezcla en los asuntos de los hombres, son los mortales quienes salen mal parados.

El caso es que la Virgen al principio no le prestó mayor atención, ocupada como estaba con apariciones y milagros, pero, ya fuera porque el caballero era de natural insistente o porque le hizo gracia ver a un italiano con los pies tan hinchados, decidió burlarse de él concediéndole su deseo, pues su pasión se cifraba en libros y manuscritos, lo mandó lo más lejos posible a buscarlos, obtenerlos y perderlos, como corresponde a todas las cosas temporales de este mundo. Y poniendo en marcha tal designio, se las ingenió para que en el coche que lo devolvía a Madrid coincidiera con un tal don Joaquín Codallos, canónigo de la Nueva España. Quizás uno llevara

castañas y el otro, higos; y, con eso y algunos mendrugos, algo de vino y un poco de queso, no tardaron los dos hombres en entablar una animada conversación.

—Tres días más de esto... Dios mío —murmuró Codallos, después de que el carromato diera un bote que le hizo golpearse contra el techo.

—¿Va usted lejos?

—A Cádiz. A embarcarme para México. Tengo un hermano allí —respondió, ofreciéndole la botella de vino que acababa de sacar—. ¿Y usted?

—A la Corte... Si es que este Faetón que tenemos por cochero no nos desnucan antes.

Codallos rio de buena gana. Así, mientras el carromato atravesaba la sierra de Algairén, y subía y bajaba por los altos de Barahona, y se internaba por la Alcarria, el Señor de la Torre y Hono le contó a Codallos quién era, o quién decía ser, y sus muchas y variadas aventuras por las tierras de Portugal y del Sacro Imperio Romano. Por su parte, Codallos le habló sin parar de las excelencias del clima de México y de los poderes taumatúrgicos de la Virgen de Guadalupe, animándole a que se embarcase con él en Cádiz, en la flota del teniente general don Manuel López Pintado, y lo viera por él mismo.

Si aún le cabía alguna duda sobre llevar a cabo tal proyecto, desapareció al llegar a Madrid, donde, por intermediación de la Virgen, o del dicho don Joaquín, fue presentado a la condesa de Santibáñez. No era esta una condesa cualquiera. Su nombre completo era Manuela de Oca, Silva y Moctezuma, descendiente por línea directa de don Pedro Tesifón Moctezuma de la Cueva

Valenzuela y Bocanegra, a quien el rey Felipe IV nombrara conde de Moctezuma de Tultengo a cambio de cometer la ignominia de ceder y renunciar para siempre a los derechos que le correspondían al trono del imperio mexica en tanto que bisnieto de Moctezuma II.

La reunión, que tuvo lugar en un oscuro palacio del Madrid de los Austrias, estaba sumida en la niebla de su memoria, como si en lugar de encontrarse con una condesa lo hubiera hecho con un espectro y este espectro le hubiera encargado marchar a México.

—Señor Boturini, pase, pase y hablaremos en el salón. Estaremos más cómodos allí —le dijo como si cientos de voces se hubieran dado cita en su garganta.

Manuela de Oca, Silva y Moctezuma tenía el rostro adusto y geométrico y una piel que la luz de las velas volvía de un color vegetal. Una vez en el salón, le observó con calma. Luego, sin prisa, tomó de una mesilla una copa labrada que llenó de un licor espeso y blanquecino.

—Beba, señor Boturini. No lo encontrará en ninguna bodega de Madrid.

El Señor de la Torre y Hono bebió por cortesía. Era un sabor extraño, a campo y embriaguez antigua, que no se parecía a nada que hubiera probado antes.

—¿De su tierra, señora condesa?

—De la de mis antepasados.

Mientras bebía, escuchó ruidos que no supo identificar, como el que harían docenas de pasos al repicar contra el suelo del piso superior. Ajena a ello, la condesa de Santibáñez le habló de México, de los orígenes de su familia, de cómo habían perdido su imperio, de

los libros de los días en los que estaban escritos los destinos de los hombres, de lo que a él le aguardaba si aceptaba su encargo.

—Quisiera que cobrara usted allí y en mi nombre los réditos de una pensión de mil pesos situados en las Cajas de la capital de Nueva España que me corresponden por herencia.

—Señora condesa, yo soy hombre de pocos posibles. No sé cómo podría yo...

—Por eso no se preocupe, yo le facilitaré el camino y sabré recompensarle.

Al hijo de Giambattista esa promesa hizo que el corazón le diera un vuelco. Ni en Viena ni en Lisboa ni en Madrid le había acompañado la suerte. Ahora esa mujer le abría de par en par las puertas de la Nueva España, y con ello, quién sabe, quizás la fama, el conocimiento y las riquezas con las que soñaba desde sus años de bachiller. Solo años más tarde, viendo los dibujos que representaban a Mayáhuel emergiendo de una planta de agave, rodeada de sus cuatrocientos hijos —a todos los cuales daba de mamar y a ninguno saciaba—, creería entender quién era realmente esa condesa. Y entonces volvía a sentir en la boca aquel sabor dulzón y fermentado del licor que bebiera aquella tarde, y le parecía oír, entre las páginas de sus propios libros, el rumor de pequeñas patas que lo habían acompañado durante su visita al palacio.

—Y bien, señor Boturini —le había dicho finalmente la condesa—, ¿acepta usted ir a México en mi nombre?

—Acepto, señora condesa —le respondió, atrapado en una telaraña tejida de aguamiel.

El hundimiento del Santa Rosa fue una desgracia providencial, pues le evitó tener que presentar el permiso para viajar a Indias que se les exigía a los extranjeros, salvoconducto del que carecía. Cuando finalmente compareció ante las autoridades de la Nueva España, que intentaban como podían certificar la identidad de los recién llegados, les dijo que sus papeles se habían extraviado en el naufragio. Aquellos dieron por buena su explicación y le dejaron pasar sin ocasionarle mayores contratiempos.

Solo y sin dinero, el Señor de la Torre y Hono pasó algunas semanas en Veracruz antes de lograr reunir los medios necesarios para partir a la ciudad de México. Al fin, encontró un arriero dispuesto a llevarle por la mitad de lo que habitualmente costaba el trayecto. El hombre lo miró de arriba abajo.

—Mire vuesa merced, yo le llevo a México, pero con dos condiciones: la primera, que no me venga con prisas, que al que madruga Dios le ayuda, pero al que corre se le rompe la mula. Y la segunda, que si le digo que se baje del borrico, se baja sin rechistar, que estos animales son muy delicados, y en el camino manda el arriero, no el pasajero.

Aceptados los términos, se pusieron en marcha. Con ritmo cansino, la recua fue dejando atrás las tierras bajas y cálidas que rodean Veracruz para internarse por los desfiladeros que llevaban al altiplano. Tras dos semanas largas de camino, la ciudad de México apareció de repente un día de sol radiante, en medio de un gran lago, que en parte estaba ya siendo desecado, rodeada por un anfiteatro de sierras y volcanes, entre los que destacaban al este el Popocatépetl y el Iztaccíhuatl y al sur el Ajusco. Ante semejante espectáculo, el Señor de la Torre y Hono se quedó boquiabierto:

«¿Explicarlo? No —podría haber exclamado parafraseando a Carlos Fuentes—, creerlo, nada más. México no se explica; en México se cree, con furia, con pasión, con desaliento».

El arriero se detuvo a su lado y contempló también la ciudad extendida ante ellos.

—¿Primera vez que la ve, su merced?

—Sí.

—Pues ándese con ojo —dijo el arriero, escupiendo en el suelo—. Que en los días de mercado ahí abajo despluman hasta a los muertos.

Una vez en la ciudad, apenas si tomó unas horas para descansar. La promesa que le había hecho a la Virgen antes de subir al bote, cuando las olas amenazaban con tragárselo, le quemaba en el pecho y le impedía dormir. Al alba ya estaba en la calle, preguntando a los borrachos que volvían a casa qué camino debía tomar.

Un aguador le señaló hacia el norte.

—La Calzada de los Misterios, señor. Todo derecho.

Y, con paso apresurado a pesar del cansancio, se dirigió hacia la Sierra de Guadalupe, donde se ubicaba el cerro del Tepeyac. Fue allí donde en 1531 la Virgen se le apareció a un indígena llamado Juan Diego. Extasiado por la belleza de la imagen, el Señor de la Torre y Hono se quedó durante días por la zona, yendo y viniendo del santuario. Supo así que, en el lugar donde Juan Diego decía haber visto a la Virgen, los antiguos moradores del valle habían adorado previamente a Tonantzin, la diosa asociada con la tierra y la fertilidad, cuyo nombre en náhuatl significaba «Nuestra Madre venerada» o «Nuestra Madrecita». Los curas reconocían no saber si los hombres y mujeres, mozos y mozas, que llenaban el lugar venían

a adorar a la Virgen o a la antigua deidad azteca, que todos se hacían un lío, aunque en el fondo daba igual, pues la cuestión era adorar algo, lo que fuera. Y cuanto más tiempo pasaba delante de la imagen y más preguntaba por ella a los capellanes de la iglesia, más fascinado se sentía; olvidando el encargo que le había hecho la condesa de Santibáñez, decidió que, puesto que no había todavía un cronista digno de tal Virgen, él, Lorenzo Boturini, experto en genealogías ficticias que parecían reales o en genealogías reales que parecían ficticias, sería el primero en escribir la verdadera.

Más de seis años dedicó el Señor de la Torre y Hono a recopilar cuanto papel pudo encontrar por los alrededores de la basílica y de la ciudad de México, empezando por el testamento original de una tía del celebrado Juan Diego y terminando con pinturas y artefactos de todo tipo. Todo ello hasta completar la mayor colección de documentos antiguos que viera el virreinato desde la época en la que Cortés y los doce franciscanos empezaron sus andaduras por la Nueva España, uno acuchillando, los otros convirtiendo y todos ellos reduciendo a cenizas cuantos códices cayeron en sus manos. Pero no fue una tarea fácil.

Los dos primeros años pasaron sin que pudiera conseguir siquiera un triste jeroglífico, habiéndole sucedido muchas veces peregrinar durante meses de un pueblo a otro por largos caminos, sufriendo malsanos calores y tempestuosas lluvias, sin obtener fruto alguno. Cuando las gentes del lugar le sentían llegar, lo primero que hacían era guardar los niños, las cabras y las gallinas a buen recaudo, pues, si había algo más temible que un corregidor o un cura, era ver a un

italiano de la Lombardía yendo de un lado a otro como pollo sin cabeza, preguntando a los hombres, a las mujeres y a los viejos lo que no se tenía que preguntar, y no solo por la Virgen, sino por los dioses de otros tiempos, que por qué hacían lo que hacían, que qué apariencia tenían, que cómo contaban los días y los meses, que si era verdad que Xilonen, alias «la peluda», protegía el maíz tierno y si las *tzitzimime* bajaban de los cielos para devorar a los humanos durante los eclipses como si fueran monstruos sacados de un cuento de Lovecraft. Y no contento con ello, les demandaba si tenían libros y mapas antiguos, ya estuvieran hechos con pieles de animales o con papel de amate o inscritos en alguna piedra.

—No, no, su merced. Nosotros no tenemos nada de eso ni nos acordamos de esas cosas. Las escrituras nos las quemaron los padres curas o las quemaron nuestros abuelos, que decían que eran cosa del demonio.

—Pero, buen hombre, ¿seguro que no han guardado nada?

—Seguro, señor, seguro, pero quizás en la aldea vecina tengan algo de lo que busca, y si no, en la siguiente, que por allá había muchos que conocían de esas cosas, pero nosotros no, señor. Aquí somos buenos cristianos. Pobres, pero cristianos.

Y ellos y las gallinas le veían marcharse, y no dejaban de observarlo hasta que se perdía por la siguiente colina y desaparecía, poco a poco, a lo lejos.

Pero el Señor de la Torre y Hono no había salido de las montañas de Sondrio y recorrido el Sacro Imperio Romano, paseado por Lisboa, peregrinado a Zaragoza y cruzado el Atlántico en la flota del miserable capitán general don Manuel López Pintado para darse la vuelta ahora con las manos vacías, no tras habérselas visto cara a

cara con una descendiente de Moctezuma en un herrumbroso palacio de Madrid y haber sobrevivido en Veracruz al naufragio del Santa Rosa. Era inteligente y observador, además de persistente, y, como se suele decir, quien con lobos anda, a aullar aprende.

De tanto tiempo que pasó por esos caminos, el Señor de la Torre y Hono se fue transformando. Su aspecto dejó de ser el de un lombardo y empezó a expresarse en la lengua franca en la que hablaban los nahuas, otomíes, matlatzincas, mazahuas y tepanecas con los que se encontraba y en la que estos se comunicaban unos a otros sus alegrías, sus tristezas, el estado de la cosecha, los días de viento y las cosas secretas. Cuando no andaba por los cerros, pasaba el tiempo en las pobladas bibliotecas de la ciudad de México, leyendo y consultando documentos, especialmente aquellos que el criollo Carlos de Sigüenza y Góngora legara al colegio máximo de San Pedro y San Pablo de los jesuitas, y de los que hizo todas las copias que pudo. Olvidándose por completo de otros menesteres, pasaba los días estudiando manuscritos y charlando con todos aquellos que, como él, estuvieran interesados en las antigüedades de los indios, y todo lo que aprendía lo ponía inmediatamente en práctica con ellos.

De entre todas las amistades que cultivó en aquellos años, dos le resultaron especialmente provechosas. La primera fue la madre Juana de San Agustín, abadesa del convento de Corpus Christi e hija de don Joseph Cortés Chimalpopoca, indio principal de Tacuba, cuya palabra bastaba para abrir puertas que hasta entonces le habían estado vedadas. La segunda fue Patricio Antonio López, cacique originario de Oaxaca, historiador y poeta, que trabajaba de intérprete en la Real Audiencia y que le aconsejó qué decir y cómo

hacerlo para granjearse la confianza de los naturales, quienes le fueron contando cosas y un buen día le empezaron a mostrar manuscritos, e incluso a dárselos.

El más singular de todos, el que marcaría su destino, lo obtendría de manos de un anciano una tarde de lluvia. El propio Patricio Antonio López le condujo hasta su choza, situada a las afueras de Tlaxcala, asegurándole que aquel hombre poseía un libro que antaño se utilizaba para determinar el futuro de los hombres y su carácter.

—Recuerde, señor Boturini, manténgase callado y déjeme hablar a mí —le dijo antes de llegar.

La choza era de adobe y bajareque, de una sola habitación, con las paredes encaladas de blanco sucio y un techo de paja y zacate que la lluvia había oscurecido hasta volverlo casi negro. El intérprete se detuvo a unos pasos de la entrada y llamó con tres golpes suaves en el marco de madera, pidiendo en náhuatl permiso para entrar. Una mujer vestida con un huipil azul bordado con flores asomó por entre la tela gruesa. Tras un breve intercambio de palabras, se hizo a un lado, indicando con la cabeza que podían pasar.

—*Tlazohcamati* —dijo Patricio dándole las gracias.

Dentro, un hombre entrado en años recosía las correas de sus sandalias con una espina de maguey. Su figura encorvada era apenas visible entre la oscuridad y el humo que desprendía un fogón sobre el que descansaba una olla de barro negro. Un ramo de flores de cempasúchil ya secas adornaba una imagen de la Virgen de Guadalupe clavada en el adobe.

Tras los saludos de rigor, el intérprete hizo las presentaciones, elogiando a los ancestros del anciano y dando a conocer a Boturini como hombre de letras y noble caballero de allende los mares. A una señal convenida de su compañero, el Señor de la Torre y Hono se adelantó y depositó a un lado del anciano lo que había traído desde la ciudad de México: un trozo de tela de algodón y tres panes de azúcar envueltos en un trapo. Nada ostentoso ni que pareciera un pago. El viejo asintió una sola vez, sin tocar el regalo, y acto seguido la mujer trajo dos jícaras de atole, dando a entender que podían quedarse.

Pasaron un rato hablando y bebiendo el atole caliente mientras fuera arreciaba la lluvia. De vez en cuando, desde el corral, llegaba el glugluteo de una guajolota. Finalmente, Patricio Antonio explicó lo que el señor lombardo andaba buscando. El anciano le escuchó en silencio y al cabo dijo algo que el intérprete no tradujo de inmediato.

—¿Qué dice? —preguntó Boturini en voz baja.

—Dice que ya sabía que vendría, que hace muchas noches que no le dejan dormir.

—¿Quiénes?

—Sus conejos —respondió, señalando a un lado.

Efectivamente, no muy lejos de donde estaban, un conejito gris husmeaba el aire arrugando el hocico, como tratando de averiguar lo que ocurría alrededor de él. Se escondió a toda prisa cuando sintió al anciano levantarse. Este puso sus herramientas a un lado y se acercó a la pared donde estaban apiladas las mantas, retirándolas una a una hasta dejar a la vista un bulto envuelto en un pedazo de tela de agave. Lo tomó con las dos manos y lo desenvolvió lentamente, tras lo cual lo depositó con cuidado sobre un banco.

—El Tonalamatl —dijo en voz baja Patricio.

El Señor de la Torre y Hono extendió la mano hacia el manuscrito, pero el intérprete le detuvo en seco sujetándole con la suya el antebrazo.

—Conténgase, señor Boturini —le advirtió—. Solo unos pocos elegidos pueden tocar ese libro sin cometer un sacrilegio.

El Señor de la Torre y Hono consideró la situación, buscando un camino alternativo que le permitiera satisfacer su curiosidad sin ofender a su anfitrión. De repente, sintió en la boca un sabor dulzón y sin poder contenerse dijo en castellano primero y después en náhuatl:

—*Notecohtzin*, mi venerable señor, por Tonantzin, nuestra madre, la que está en el cielo y la que apareció en el cerro, la de la falda de estrellas, y por la del maguey, la de innumerables pechos, no os pido que me dejéis tocarlo, sino que vuesa merced me conceda, si así lo quiere su corazón, la gracia de verlo.

El viejo frunció el ceño, dudando si ceder al ruego de aquel extraño. Luego, como si hubiera recibido la orden de hacerlo, empezó a desplegar el manuscrito.

Lo que Boturini vio en Tlaxcala esa tarde lluviosa quedaría grabado en su memoria hasta el día de su muerte: en el cuadrante superior izquierdo de cada página de esa especie de calendario reinaba imponente el dios patrono de esa trecena, con seres de lenguas bífidas y garras afiladas, ataviados con plumas de quetzal, jade y turquesa. Les rodeaba un séquito de seres mágicos: las trece aves celestiales, los trece Señores del Día y los nueve Señores de la Noche. El tiempo parecía fluir por todos ellos no como una línea, sino como una rueda hecha de tierra, de insectos y de plantas. Le

dio la sensación de que la realidad entera giraba y giraba y giraba, y habría seguido girando infinitamente si no se hubiera pinchado por accidente con la aguja de maguey.

Les llevó varios días convencer al anciano para que les dejara llevarse el manuscrito con la excusa de copiarlo. Al principio, se negó en redondo. Luego, gracias a una variopinta combinación de ruegos y promesas, el buen hombre terminó cediendo. Cuando finalmente lo tuvo entre sus manos, el Señor de la Torre y Hono sintió que el Tonalamatl se aferraba a su pecho y supo que ya no podría dejarlo.

Al salir de la choza, escucharon unos sollozos que inicialmente atribuyeron a la guajolota. Era la mujer del huipil azul que estaba llorando.

—Patricio, dile que no se preocupe, que en breve se lo traigo.

Patricio Antonio López, cacique originario de Oaxaca, historiador y poeta que trabajaba de intérprete en la Real Audiencia, prefirió fingir que no lo había escuchado y apresuró el paso.

Embriagado de una felicidad que se mide en hojas viejas y tomos polvorientos, el hijo de Giambattista, el herrero, se hizo durante los años siguientes con cuanto mapa, fragmento, escrito o impreso pudo obtener de los naturales de esa república. Todos ellos, los legítimos y los mal habidos, pasaron a integrar su colección, que instaló en su casa, situada frente al convento de religiosas de la Concepción. Allí, ajeno a las cartas que desde España le enviaba la condesa recordándole su encargo, y sin imaginar ni por un instante que estaba condenado a perderlo todo, concibió una nueva empresa

que consideró no menos importante que la de descifrar los secretos de su biblioteca.

Por aquel entonces ya llevaba algún tiempo de moda en Europa dotar a las vírgenes de una corona, y él, que la única mujer por la que sintió arder de amor su pecho fue la Virgen de Guadalupe, de la que alabó el rostro trigueño, el cuello doblado, las manos giradas, los ojos bajos, el labio exquisito y los cabellos discretos, consideró que era su obligación como devoto enamorado proporcionarle una diadema que estuviera a la altura de su desusada hermosura. Habló con amigos y conocidos, escribió cartas, solicitó donativos y, sin permiso del arzobispo y sin tener en cuenta el Patronato Real, que requería la aprobación del Consejo de su majestad para esta y otras cosas semejantes, escribió directamente al Vaticano, sabiendo como sabía que Alejandro Sforza Palavicino había legado un dinero para coronar imágenes taumatúrgas.

El arzobispo se llevó las manos a la cabeza. No cabía duda de que la ciudad y sus alrededores se habían salvado de la última epidemia, la del gran *matlazáhuatl*, gracias a Nuestra Señora, y no había mejor forma de agradecerle su intercesión divina que ofreciéndole la dicha prenda. Sin embargo, el problema no era el qué, sino el quién.

—Resulta inadmisibile que el honor de hacerlo recaiga en un advenedizo, un extranjero, un mequetrefe que ha venido supuestamente a cobrar unas rentas en nombre de la condesa de Moctezuma, de cuya familia creíamos habernos librado desde que emigraron a España —le dijo al canónigo de la catedral una mañana a la vuelta de maitines—. Mira tú por dónde, el alma en pena del emperador de los mexicas nos manda a este italiano para atormentarnos.

Afortunadamente, llegaba por esos días a la Nueva España el nuevo virrey, Pedro Cebrián y Agustín, conde de Fuenclara, que, no bien puso un pie en México, tuvo entre sus manos una de esas cartas que el Señor de la Torre y Hono mandara pidiendo donativos con los que culminar su empresa, e informándose de qué locura era aquella, montó en cólera.

—Que alguien haga el favor de explicarme qué hace un italiano en México y cómo se atreve ese gusano infecto a solicitar nada a Roma sin pedir antes el permiso de su majestad, como está mandado — rugió, dejando a todos anonadados.

De nada le sirvió al hijo de Giambattista argumentar que lo había pedido *a posteriori* cuando se dio cuenta de su falta y de que la Real Audiencia le había dado el «pase»; ni presentar ante los alguaciles todas las joyas que había recibido para la corona, que incluían ciertas bolitas de oro, perlas y esmeraldas, sin faltar ni una; ni declararse heredero de una distinguida estirpe que le conectaba con el conde Wigfredo de Borge, con los condes Poitou y los de Auvernia, los duques de Aquitania, de Borge y Tolosa. Sin detenerse a pestañear, el virrey le fulminó ahí mismo una causa civil y otra criminal y lo mandó detener en la sala capitular de México. Estando allí, le ordenó que ayudara a hacer el inventario de todos los manuscritos que había acumulado, que eran tantos y tan diversos que los notarios creyeron hallarse no ante una biblioteca, sino ante un laberinto indescifrable.

—¿Puede vuesa merced confirmar el título de este documento? — le preguntó, confundido, un joven secretario levantando la vista del papel.

El Señor de la Torre y Hono miró las páginas que le ponían delante. Inmediatamente reconoció las trece aves celestiales, los trece Señores del Día y los nueve Señores de la Noche, que le devolvieron la mirada con la preocupación dibujada en su fiero semblante. Era el Tonalamatl.

—No me acuerdo —dijo ante esa y todas las preguntas que le hicieron.

Como se negase a ayudar en la tarea, e incluso se atreviera a escribir a su majestad pidiendo amparo, el virrey lo mandó trasladar a una bartolina de la cárcel pública, donde estuvo solo, sin luz ni aire, rodeado de otros calabozos donde quedaban encerrados los ladrones y facinerosos del Reino.

El conde de Fuenclara se esforzó en dejar claro a quien quisiera escucharle que el hombre que había encerrado en la cárcel era no un varón ilustre, no un hombre de letras, no el mayor amante de la verdad, ni el hombre más desinteresado que hubiera pisado esas tierras, sino todo lo contrario: un laurentino corrompido, un extranjero sospechoso, un petimetre, un bribón, un plebeyo deleznable. Solo accedió a sacarle de las mazmorras, y lo hizo a regañadientes, cuando un galeno le aseguró que, si seguía un día más en ellas, el dicho caballero saldría con los pies por delante.

—¿Tan grave está? —preguntó el virrey.

—Excelencia, tuvo una apoplejía. Si los otros presos no hubieran hecho ruido con sus cadenas, se nos muere ahí mismo.

Él con gusto lo habría dejado morir, pero quiso evitar un escándalo en consideración a que el dicho señor había hecho buenos e influyentes amigos en la Nueva España, y a que cualquier cosa que en México tuviera que ver con la Gloriosa Virgen de Guadalupe era

un asunto de Estado de la mayor importancia, máxime si además se trataba de proporcionarle una corona. Así, no dispuesto a dejarle en libertad, pero juzgando inconveniente mantenerle en la cárcel, se llevó los dedos índice y pulgar a su prominente papada, se recolocó la peluca y, tras dejar escapar un sonoro eructo, pues acababa de comer, decidió que saliera de la capital del virreinato con la primera recua de mulas que se dirigiera a Veracruz y que allí esperara lo que hubiera que esperar hasta que pudieran llevarle de vuelta a España para ser juzgado.

—Suba vuesa merced en ese jumento —le dijo don Sebastián de Torres, conducto de la plata del rey, apuntando al más triste de sus burros—. Salimos ahora mismo.

Nada pudo hacer el Señor de la Torre y Hono por recuperar sus amados documentos, y el Tonalamatl quedó sepultado en el mismo lugar oscuro, lúgubre y húmedo donde languidecían el resto de mapas y manuscritos. Mientras, el dicho Sebastián de Torres se lo llevó a Veracruz por el camino más largo. Y fue tanta la inquina del virrey Pedro Cebrián y Agustín, conde de Fuenclara, caballero de la Orden de Alcántara, pequeño de espíritu, pero grande de España, que, enterándose de que al llegar a Veracruz le habían instalado en la casa del coronel Maneyro, como correspondía a un caballero del Sacro Imperio Romano, dijo que de eso nada, que si quería un hotel que se hubiera ido a Santo Domingo, y que se le acomodara como se merecía en un calabozo de la fortaleza de San Juan de Ulúa, donde las torres que seis años antes habían sido testigo del naufragio del Santa Rosa le recibieron como al hijo pródigo.

El Señor de la Torre y Hono pasó varias semanas encerrado en Veracruz, añorando cada uno de sus objetos y manuscritos. De ellos,

únicamente había conseguido salvar unos pocos, y estos gracias a que no se encontraban con él en el momento de su detención. Por las tardes los sacaba uno a uno del baúl y se quedaba embobado mirándolos, y tenía un deseo irreprimible de hacer brotar sangre, de pincharse un dedo o la oreja con una aguja o una espina; o de tirar unos granos de maíz sobre ellos e intentar leer en qué dirección apuntaba su *tonalli* o fuerza vital y qué es lo que el futuro le tenía reservado. Sobre la mesa había puesto una auténtica muela de gigante, de esos que, según él, habían antaño poblado esas tierras, y en la pared dibujó una rueda calendárica, para saber en qué día estaban. Empezó a llevar la cuenta según la antigua usanza y a interpretar los signos. Fue entonces cuando comprendió que el tiempo se le estaba acabando y que no le eran precisamente propicios los augurios.

Una mañana temprano los vigías de la fortaleza otearon en el horizonte las velas del Concordia, que así se llamaba el barco que había de llevarle a España. El postigo se abrió de repente. El alcaide asomó su feo rostro por el ventanuco y lo encontró tirado en el suelo con los papeles desperdigados a su alrededor, murmurando palabras en una lengua que no reconoció.

—¿Puede saberse qué demonios hace vuesa merced? —preguntó con desconfianza.

—Leo el futuro —respondió el Señor de la Torre y Hono sin levantar la vista.

El alcaide, sorprendido, consideró la respuesta un momento.

—¿Y qué dice?

—Que saldrá usted de este mundo como entró.

—Pues deje vuesa merced de ensuciarme el suelo de la celda y apréstese para partir —le espetó malhumorado—. Y guarde su asquerosa muela de gigante en el baúl.

Los que lo vieron salir de San Juan de Ulúa no sabían si santiguarse o apedrearlo, tan poco cristiano era su aspecto. Por la ciudad corría además el rumor de que el prisionero era pájaro de mal agüero. Una vez instalado en el Concordia, marinero hubo que pensó en tirarlo a él, a sus manuscritos y a la dichosa muela de gigante por la borda, máxime cuando el día de la partida la nave se les llenó de conejos que nadie supo explicar de dónde habían salido. Lo que ocurrió después dio la razón a los más timoratos de entre ellos, pues cuando ya estaba el Concordia a un tiro de piedra de Cádiz, a la altura del cabo de Espartel, le salió al encuentro el Solebay, un barco de guerra inglés.

Al principio nadie supo quién era quién. Los ingleses —tan sibilinos ellos— se hicieron pasar por holandeses y los españoles —no menos embaucadores— por franceses. Y así las dos naves se fueron cautelosamente aproximando, sabiendo que en ese gato había inglés o castellano encerrado, hasta que, cuando estuvieron una al lado de la otra, saltó la liebre. Arriaron a toda prisa sus banderas y dejaron ver sus verdaderos colores, y al grito de «¡Viva el rey, cabrones!», estuvieron combatiendo por espacio de cinco horas, cañonazo va, cañonazo viene. Al final, los ingleses desarbolaron al Concordia y, tras abordarlo, trajeron por los pelos a su capitán, que les informó de que había perdido al menos setenta de sus hombres y que el barco tenía casi cinco pies de agua en las bodegas. No pudiendo salvar la nave, los ingleses hicieron pasar a todos los pasajeros del

Concordia al Solebay, así como su cargamento, y con todo ello a buen recaudo pusieron rumbo a Gibraltar.

Una vez en el Peñón, de nada le sirvió al Señor de la Torre y Hono declarar que él era italiano, y por lo tanto de un país neutral, pues le aconteció en tan señalada ocasión la metamorfosis más extraña que jamás le ocurriera a caballero alguno: que fue verse expelido de las Indias como extranjero y hecho prisionero en el mar como español. Sordos a sus quejas, los británicos confiscaron su muela de gigante y las pocas cosas que había logrado sacar de México, y tras darle media moneda de oro portuguesa y un saco de ropa sucia por toda compensación, le indicaron con desdén el camino a Cádiz. Allí llegó unos días más tarde con las calzas rotas y la casaca hecha jirones; y de esa guisa se presentó ante el intendente de la Real Casa de Contratación de aquella Audiencia para que su señoría hiciera de él lo que mejor le pareciera.

—Señor Boturini —dijo el intendente recostándose en su silla—, es tarde y estoy cansado. Los documentos que debían condenarle están en el fondo del océano. El virrey que lo perseguía está a tres mil leguas de aquí. Y francamente, no tengo ganas de iniciar un proceso sin papeles contra un hombre que ya parece haber sido suficientemente castigado por la Providencia. Váyase. Es usted libre.

Tal era su ánimo que ni se alegró con la noticia. El caballero del Sacro Imperio Romano recogió sus escasas pertenencias y, saliendo de la antigua Gades por la Puerta de Tierra, se encaminó una vez más a la Corte, esta vez con intención de limpiar su buen nombre y reclamar que su majestad le devolviera los manuscritos que habían quedado en México y que tanto trabajo le había costado atesorar.

Llegó a Madrid con todo el polvo del camino acumulado en su sombrero y una carta para don Mariano Fernández de Echeverría y Veytia, a cuya casa se dirigió. Poblano de nacimiento, Veytia se encontraba en la capital despachando asuntos de su padre, oidor de la Audiencia de México y uno de los pocos amigos que socorrieron al caballero Boturini durante su caída en desgracia.

—Mi padre me pondera sus apreciables prendas y me ordena que le ayude en cuanto pueda. Quédese el tiempo que necesite —le dijo Veytia doblando la carta de su progenitor.

Y volviéndose a sus criados, les indicó:

—María, Antonio: preparad un baño caliente y una habitación para el señor.

Los dos criados, como movidos por un resorte, partieron a cumplir la orden.

Recobradas las fuerzas, lo primero que hizo fue presentarse ante la condesa de Santibáñez, a quien, con la mayor humildad, explicó cuanto había pasado desde que puso por primera vez los pies en su palacio: cómo había vuelto a la capital todavía más pobre de lo que salió, sin papeles de sus antepasados que mostrarle y sin haber logrado asegurar sus rentas. Esa mujer, que ahora le parecía simplemente una pobre vieja, arrugada y marchita, y no la deidad terrible de antaño, no solo se compadeció de sus desventuras, sino que pudo que tuviera también algo que ver con el inesperado apoyo que su causa y proyecto recibieron por parte del ministro José de Carvajal y Lancaster, hombre seco y agrio, brusco y tajante, pero que era honrado, íntegro y amigo incondicional de la verdad, protector oficial de la Real Academia de Bellas Artes y decano del

Consejo de Estado, cuyo padre había sido el conde de la Enjarada, también conocido como Bernardino de Carvajal y Vivero Moctezuma.

—Moctezuma. Otro Moctezuma. Ni que todo esto fuera cosa de encantamiento —se dijo en voz baja Boturini.

Fue gracias a los buenos oficios de Carvajal que el recién proclamado rey Fernando VI escuchó los ruegos del lombardo y, contra el parecer de su Consejo, accedió a nombrar al caballero Boturini nada menos que cronista de Indias; y no contento con ello le asignó además un sueldo de mil pesos al año y le ordenó regresar a México, donde debían serle restituidos sus libros. El gozo, sin embargo, no le duró mucho al hijo del herrero. No solo el sueldo era escaso para tal viaje, sino que su archienemigo, el conde de Fuenclara, había regresado a España y, como él, también se asentó en Madrid, en una casa palacio que había sido de los Enríquez de Guzmán. Desde allí, discretamente, hizo todo lo que pudo para impedir que el Señor de la Torre y Hono pudiera cumplir su deseo.

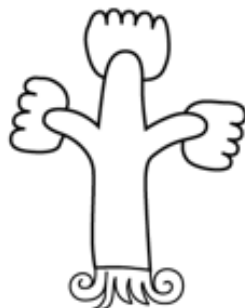
A despecho de quienes conspiraban contra él, el caballero Boturini consideró que era su obligación cumplir con la tarea de cronista que el rey le había encomendado mientras llegaba el ansiado momento de volver a la Nueva España. Se propuso así escribir una nueva historia de América basada en los textos que había descubierto, y se entregó a la tarea como antaño a coleccionar genealogías, aun sin dinero ni acceso a los documentos.

—Pero ¿cómo piensa vuesa merced llevar a cabo tamaña empresa sin sus libros? —le preguntaban.

—Los tengo todos aquí —solía decir, dándose golpecitos en la sien—. Me los robaron de las manos, pero no de la cabeza.

Párrafo tras párrafo, hoja tras hoja, fue bosquejando su obra, pero a medida que esta crecía, sus esperanzas de verse de nuevo en un barco se fueron marchitando. Uno tras otro sus conocidos se marcharon o murieron: Veytia partió a México; Carvajal falleció de repente en su habitación del Buen Retiro; incluso Ensenada, en quien había depositado sus últimas esperanzas, fue defenestrado.

Y así el que se hiciera llamar Señor de la Torre y Hono quedó solo y desamparado en Madrid, deambulando entre manolos, majas y chisperos. La muerte lo sorprendió en un pequeño cuarto de la plazuela de Ludones, la misma plazuela donde vivió Elena Osorio, una de las tres hijas del histrión Jerónimo Velázquez, primero amada y luego infamada por Lope de Vega, que en su honor escribió aquello de «estas son tres, estas son tres, las que empuercan el barrio de Lavapiés». Lo encontró con una copa de licor blanquecino entre las manos, soñando con la biblioteca que había formado a costa de los indios, que quedó guardada en México en las cajas reales, y en la que se encontraban, entre muchos otros, los cantares del rey poeta Nezahualcóyotl, la crónica de Tetzotzomoc, el mapa de Chalma, Tlaltecahuaca y Tlaxichco, los tributos de los indios de Tlatlauca, las ruedas del año indiano y también el Tonalamatl, que en 1982 robó Castañeda del Valle en París, y en el que el Señor de la Torre y Hono quizás siempre supo que estaba escrito su destino, y en el que Alain Gourdon, director de la Biblioteca Nacional de Francia, nunca sospechó que pudiera estar escrito el suyo.



3.

Bajo la biblioteca de las nueve bóvedas

TRES DÍAS DESPUÉS del robo del Tonalamatl, Alain Gourdon, director de la Biblioteca Nacional de Francia, se dirigió a la sede de la Rue de Richelieu. Sus pasos retumbaron como losas por los pasillos de piedra gris. El imponente edificio, que llevaba con orgullo la condición de ser una de las principales bibliotecas del mundo, estaba esa mañana de un humor de perros tras haber sido testigo mudo del expolio de uno de sus tesoros por un mexicano de aspecto estrafalario. Sus orígenes se remontaban a 1368, cuando el rey Carlos V de Francia, al que apodaban el Sabio, hizo trasladar la colección de manuscritos que albergaba el Palais de la Cité al Louvre, más una fortaleza que un palacio por aquel entonces. Tras

contemplar extasiado los delicados pergaminos, el rey se dirigió a Gilles Malet, su fiel ayudante de cámara, y le dijo solemnemente:

—He aquí uno de los mayores tesoros de Francia; aseguraos de que sois digno de él.

Malet cumplió a rajatabla el encargo de su soberano, catalogando y protegiendo cada uno de los novecientos diez volúmenes hasta el día de su muerte. En cuarenta años no se le perdió ni un humilde marcapáginas, mucho menos un códice azteca de valor incalculable como el que había sido sustraído ese triste mes de junio de 1982. Alain lo sabía, y el peso de ese conocimiento le llenaba de remordimientos. Sintió un escalofrío, temiendo que, como en un cuento de Dickens, el espectro de Gilles Malet y el de los bibliotecarios de los siglos pasados le estuvieran esperando al fondo del pasillo para ajustarle las cuentas. No era la primera vez que les había visto las caras.

El edificio, un palimpsesto arquitectónico construido en etapas sucesivas durante tres siglos, de techos altos y molduras deterioradas, puertas de madera oscura, tiradores de bronce y luz amarillenta, ciertamente se prestaba a los robos, las apariciones y los prodigios. Su parte más antigua, conocida como el Hôtel Tubeuf, había pertenecido al cardenal Mazarino, uno de los hombres más poderosos de Francia. Sin embargo, los anaqueles pronto desbordaron las paredes que los constreñían y la biblioteca, convertida en un manglar de folios, pliegos, pergaminos y gofrados, no tardó en expandirse a las salas y propiedades colindantes hasta ocupar casi toda la manzana.

En 1854, Napoleón III ordenó al arquitecto Henri Labrouste poner orden y razón en ese laberinto indescifrable. Labrouste no solo

reorganizó la biblioteca, sino que la dotó de una espectacular sala de lectura compuesta por nueve bóvedas con forma de crinolina y un sereno jardín interior, un oasis de paz en medio del bullicioso París en el que Alain Gourdon gustaba de refugiarse de sus pesadas cargas administrativas. A la muerte de Labrouste, Jean-Louis Pascal concibió la creación de la segunda de las naves que engalanarían todavía más el edificio: la Sala Oval, un recinto elíptico coronado por una espectacular cúpula acristalada, rodeada por dieciséis *oculi*, cada uno consagrado a una ciudad famosa por su papel en la historia de las bibliotecas.

Ese era, a grandes rasgos, el templo que había sido profanado, y del que Alain Gourdon había sido nombrado director, conservador y sumo sacerdote apenas un año antes por obra y gracia de Pierre Mauroy, primer ministro durante la presidencia del *huey tlatoani* François Mitterrand:

—Alain —le había dicho Mauroy—, he aquí uno de los mayores tesoros de Francia; aseguraos de que sois digno de él.

A Gourdon se le hinchó el pecho de orgullo. No le cabía la menor duda de que él era la persona indicada. Reconocido escritor y ensayista, Alain pertenecía a esa clase de intelectuales franceses que supieron combinar el oficio de escritor con el de alto funcionario público en la Francia de los años ochenta, formando una especie de casta sacerdotal capaz de desentrañar el verdadero significado de los torcidos glifos de la modernidad en una embriagadora conjunción de cultura, poder político y ostentación. Quizás en algún momento se sintiera un poco como Borges cuando fue nombrado director de la Biblioteca Nacional de Argentina, pero Borges era en el fondo un romántico de los libros que se imaginaba el Paraíso bajo la especie

de una biblioteca. Alain no se tomaba su trabajo como director de la Biblioteca Nacional menos en serio que el escritor argentino, pero si se permitía imaginar el Paraíso de alguna forma, era bajo la especie de un puesto de alto funcionario en las Naciones Unidas. De ahí que el expolio que había acontecido unos días antes fuera no solo un suceso institucional, sino una afrenta personal.

El despacho de Alain estaba situado en la planta primera, relativamente cerca de la entrada y de la galería principal. Cuando llegó, hacía ya diez minutos que le estaban esperando dos miembros de la policía judicial. El inspector Leconte y el agente Petit habían aceptado encargarse del caso a regañadientes, temiendo con razón ser blanco de las burlas de sus compañeros, tipos duros, curtidos, acostumbrados a lidiar con homicidios, estafas y atracadores de banco, y no con robos en bibliotecas, museos y jardines de la pequeña infancia. Ni uno ni otro eran especialistas en arte o manuscritos, por lo que, después de las presentaciones de rigor y los cinco minutos de cortesía dedicados a temas perfectamente intrascendentes como el estado del tiempo, sus primeras preguntas fueron dirigidas a intentar entender qué demonios era lo que había sido sustraído y requería la intervención de dos agentes de la policía judicial.

—Bien —dijo Leconte, sacando una libreta—. ¿Puede describirnos el objeto sustraído?

Alain suspiró con la resignación de quien tiene que explicarle a un extraterrestre lo que es el Corán.

—Se trata de un manuscrito mexicano del siglo xvi conocido como el Tonalamatl de Aubin. Un libro de augurios y profecías que los aztecas utilizaban para determinar el destino de las personas según el día de su nacimiento. Aquí tiene unas fotografías.

Leconte levantó la vista de la libreta y revisó las instantáneas con mal disimulado escepticismo.

—¿Un libro de horóscopos? ¿Como los que publica *Le Parisien*?

—No, un libro sagrado, *inspecteur* Leconte —corrigió Alain.

—¿Y cuánto vale?

—Es difícil de decir, pero su valor cultural es inmenso. Existen menos de veinte códices prehispánicos completos en el mundo. Menos de veinte, inspector. El resto fue destruido durante la conquista española.

—¿Códice?

—Manuscrito. Libro. Documento antiguo —dijo Alain, que empezaba a arrepentirse de haber pedido la intervención de la policía.

Petit, que hasta ese momento había permanecido en silencio, concentrado en la taza de café con galletas que les había servido la secretaria al entrar, intervino por primera vez:

—¿Cómo llegó el manuscrito a esta biblioteca?

—Es una historia larga —dijo Alain sin entender muy bien en qué podía ayudar la lección de historia a resolver el caso.

—Tenemos tiempo —respondió Leconte, que no tenía ninguna prisa por volver a la brigada y enfrentarse a la mofa de sus compañeros.

Alain se recostó en su silla.

—El Tonalamatl perteneció originalmente a la colección de un italiano llamado Lorenzo Boturini, que llegó a México en el siglo XVIII y pasó años recorriendo el país reuniendo manuscritos indígenas. Las autoridades coloniales lo arrestaron, le confiscaron todo y lo mandaron de vuelta a España. Sus documentos quedaron en México, en las cajas reales.

—¿En las cajas reales?

—En los almacenes del gobierno colonial. Allí permanecieron hasta la independencia de México, en estado de abandono. Después pasaron por varias manos, incluyendo las de un explorador de nombre Waldeck y de un académico llamado Aubin, que es por lo que al documento que ha sido sustraído se le conoce como el Tonalamatl de Aubin. Este se lo vendió a un industrial llamado Goupil, cuya viuda lo donó a esta biblioteca en 1898. Y... desde entonces han estado aquí.

—*Très, très intéressant...* —dijo Leconte arqueando una ceja e intercambiando una mirada con Petit.

—¿Y se puede saber qué es lo que le parece tan interesante, *inspecteur* Leconte? —preguntó con falsa cortesía Alain, que no se caracterizaba por su paciencia.

Leconte optó por no contestar, acostumbrado como estaba a ser él el que hacía las preguntas.

—Y cuénteme, monsieur le directeur, ¿qué medidas de seguridad tiene este edificio? Sin duda han de ser excepcionales.

—Yo he heredado las que había —respondió Alain, molesto por la velada acusación del policía, dicha con malintencionada retranca.

—*Mais, oui, évidemment.* Nadie le acusa a usted de nada...

—Al menos, no todavía —apostilló burlón, el compañero.

Alain lo atravesó con la mirada.

—Monsieur, esto es una biblioteca. No un banco. Tratamos con lectores e investigadores, no con delincuentes. Nuestro deber es facilitar el acceso al conocimiento, no impedirlo. Entenderán ustedes que...

—¿Tienen algún tipo de cámara o circuito cerrado de televisión?

—No.

—¿Y los únicos que vigilan quién entra y quién sale del edificio son esos dos fornidos y no muy despiertos caballeros que nos han saludado al entrar?

—Si se refiere usted a nuestros agentes de seguridad, sí así es, pero todas las personas que entran en la sala de manuscritos deben además aportar una acreditación y consignar sus datos.

—Oh, no me diga... Agente Petit, tome usted nota: en este respetable edificio se piden datos. ¿Y tiene usted por casualidad los del ladrón?

—Pues sí, ¿quiere verlos?

El inspector se puso las gafas y abrió la carpeta que desde el otro lado de la mesa le tendía Alain de mala gana. En la ficha de admisión aparecía un nombre: «José Luis Castañeda del Valle». Una dirección en México. El documento de identidad aportado. Y otros detalles menores. Probablemente todo falso, juzgó Leconte, cerrándola de un golpe.

—Muy bien, monsieur le directeur. Ahora, nos va a disculpar, pero el agente Petit y yo tenemos otras diligencias que hacer. A la vuelta nos gustaría que nos llevara a la sala de manuscritos y nos permitiera hablar con la persona encargada de la misma el día de los hechos.

Una vez fuera del despacho, Leconte le preguntó a Petit con una risa apenas contenida:

—¿Qué te parece?

—Un imbécil.

—No, hombre, no. El director no. Digo el caso.

—*Une connerie.*

Un par de horas más tarde, los dos policías regresaron a la Biblioteca Nacional. Alain Gourdon los acompañó a la sala de manuscritos, de donde había sido sustraído el Tonalamatl. Mucho más íntima que las grandes salas de lectura diseñadas por Henri Labrousse y Jean-Louis Pascal, disponía de unas largas mesas de trabajo flanqueadas por sillas de rejilla que crujían cada vez que alguien se movía. Una luz lateral proveniente de unos grandes ventanales caía sobre los investigadores, que parecían puestos allí a propósito, como si alguien se hubiera propuesto recrear un *scriptorium* medieval. Al fondo de la sala, detrás del mostrador de petición de manuscritos, esperaba sin poder contener su nerviosismo madame Cohen, una mujer menuda, de unos cincuenta años y el cabello teñido de castaño, que se apresuró a dejar su sitio a un compañero apenas Alain Gourdon le hizo la señal convenida de que se acercara.

—Madame Cohen, estos son el inspector Leconte y el agente Petit. Haga el favor de acompañarnos.

La mujer asintió sin decir nada y los cuatro pasaron a una sala auxiliar, reservada al personal, donde se guardaban los ficheros de acceso, los registros de peticiones y los documentos administrativos.

—Madame Cohen —empezó Leconte con el tono neutro y ligeramente aburrido de quien ha hecho esa misma pregunta muchas veces—, ¿puede describirnos al individuo que consultó el documento los días previos al robo?

La bibliotecaria carraspeó.

—Era un hombre de estatura media, complexión normal, más bien delgado, cabello negro y rizado, tez morena. Tendría unos treinta y cinco o cuarenta años. Llevaba siempre el mismo... atuendo.

—¿Qué tipo de atuendo?

—Una especie de poncho.

Leconte la miró sin poder ocultar su sorpresa.

—¿Un poncho?

—Sí, de colores. Verde con rayas.

—¿Y eso no le pareció inusual? —preguntó Petit, dirigiéndose a la bibliotecaria.

—Los primeros días sí que nos llamó la atención, sí —admitió ella—. Pero los investigadores a veces tienen... sus manías. El profesor Santorini, el caballero que ocupa la mesa del tercer puesto, lleva veinte años viniendo con la misma corbata de punto verde. Alguno hemos tenido que llevaba un turbante. Y una vez se presentó uno con un kirpán. Aquí vienen estudiosos de todo el mundo. Al final, uno se acostumbra.

—¿Cuántos días estuvo en la sala?

—Cuatro. Del martes al viernes. Llegaba puntualmente a las diez de la mañana y se marchaba antes de las dos. Pedía siempre varios documentos y los devolvía sin incidencias.

—¿Habló usted con él?

La bibliotecaria vaciló un instante casi imperceptible.

—En alguna ocasión. Tenía un francés bastante deficiente, pero se hacía entender. Era correcto en las formas, aunque...

—¿Aunque qué? —presionó Alain desde la puerta, contra la que estaba apoyado, incapaz de estar sentado.

Tenía un fuerte dolor de cabeza y las explicaciones de madame Cohen, que ya había escuchado, se le clavaban en la sien como si fueran agujas.

—Aunque a veces se quedaba mirándome más de la cuenta —dijo ella, bajando la voz—. Y me hacía preguntas que no venían a cuento. Que si estaba casada, que si me gustaría conocer México. Tonterías. Nada que no supiera manejar, pero no quiero hablar sobre ello, monsieur le directeur.

Leconte le sirvió un vaso de agua que la bibliotecaria bebió apresuradamente, intentando calmar sus nervios.

—Lo entendemos perfectamente, madame Cohen, pero comprenda que necesitamos aclarar lo que ocurrió. ¿Dijo algo que pudiera resultar significativo en retrospectiva?

La bibliotecaria miró brevemente a Alain antes de responder.

—Me dijo que esos documentos deberían estar en México.

—¿Eso dijo?

—Sí. Y yo le respondí que si se hubieran quedado allí probablemente ya no existirían. Se echó a reír. No sé si fue una risa de acuerdo o de burla, pero tampoco le di mayor importancia.

—¿Y alguna vez le vio hablar de eso o de cualquier otra cosa con alguien aparte de con usted?

—No. Nunca le vi hablar con nadie en la sala. Aunque... El martes, el primer día, coincidió en la sala con un investigador alemán. El doctor Brandt, el especialista en códigos mesoamericanos de la

Universidad de Heidelberg. Estuvieron sentados en la misma mesa durante casi dos horas. No puedo asegurar que hablaran, pero tampoco puedo asegurar que no lo hicieran.

—¿Y sigue en París ese tal doctor Brandt? —interrumpió nuevamente Petit.

—No lo sé —dijo madame Cohen—. No lo he visto últimamente.

—Ya veo. Y explíqueme: ¿cuándo se dio cuenta de que el manuscrito, códice o como quieran llamarlo, había sido sustraído?

La bibliotecaria, que había logrado mantenerse serena hasta ese momento, ya no pudo aguantar más y se cubrió el rostro con un pañuelo blanco que tenía entre las manos.

—Por favor, contrólese y conteste a las preguntas de los agentes— le espetó Alain sin contemplaciones, incapaz de explicarse cómo podía haber sido tan incompetente como para que le robaran un manuscrito de las características del Tonalamatl.

Madame Cohen se sonó la nariz y volvió a juntar las manos sobre la mesa.

—Esta mañana —dijo con la voz algo quebrada—. Cuando abrí la caja donde debía estar guardado el Tonalamatl encontré unas cuartillas usadas, de esas que se utilizan en la sala para tomar notas. Al principio pensé que había habido un error de archivo, que alguien había mezclado documentos sin querer. Eso ocurre a veces, ¿sabe? Pero cuando busqué el Tonalamatl en las demás carpetas y no apareció, yo... yo...

A la bibliotecaria se le quebró una vez más la voz y dejó sin terminar la frase.

—Muy bien —dijo Leconte tras unos segundos—. Volvamos al viernes. ¿Puede describir con exactitud lo que ocurrió desde que el

individuo llegó hasta que se marchó?

—Llegó a la misma hora que los días anteriores, alrededor de las diez. Pidió varios documentos, entre ellos el Tonalamatl. Estuvo trabajando en su puesto con normalidad durante unas dos horas. A mediodía...

—¿A mediodía? —presionó Leconte.

—A mediodía recibí una llamada telefónica. Tuve que ausentarme de la sala durante unos minutos para atenderla en el despacho. No más de diez o quince minutos.

—¿Una llamada?

—Sí, mi hermana, que estaba en el hospital. Nada realmente importante.

—¿Y quién la sustituyó en la sala durante esos minutos?

—No... No hubo sustituto. Fueron solo diez minutos. Normalmente no pasa nada en diez minutos.

—*Normalmente* —dijo Alain con un tono que no dejaba dudas de que, si hubiera podido, la habría estrangulado en ese momento.

—Y cuando regresó, ¿el individuo del sarape seguía en su puesto? —continuó Leconte.

—Sí. Estaba exactamente donde le había dejado, consultando el documento dentro de su caja. Al menos eso me pareció.

—¿Comprobó usted el contenido de la caja cuando la devolvió? —preguntó Petit.

La respuesta tardó un momento en llegar.

—No. Había otros investigadores devolviendo documentos al mismo tiempo. Es el momento de más actividad de la mañana, pues los viernes cerramos pronto. Y pensé... pensé que otro compañero lo habría hecho.

Leconte consideró que la mortificación ya había durado lo suficiente y cerró su bloc de notas, dando la entrevista por concluida. La bibliotecaria estaba a punto de abandonar el cuarto, cuando escuchó la voz del inspector a su espalda.

—Antes de que se marche, madame Cohen, una pregunta más, ¿cómo pudo obtener este individuo acceso a la sala, si está restringida a investigadores?

—Al principio no se lo dimos, pero luego dijo que era periodista y que estaba haciendo un reportaje sobre la colección Goupil. Que trabajaba para un periódico en Cancún. *El Informador del Caribe*, o algo así.

—Así que periodista, ¿eh?

—Eso dijo.

—Gracias, madame Cohen. Eso es todo por ahora.

Leconte y Petit no tardaron en dar con el paradero del doctor Brandt. Lo encontraron leyendo el *Journal de la Société des Américanistes* en Le Temps Perdu, un bistró estrecho cercano a la Sorbona cuyo menú del día probablemente ya incluía terrina de campaña, *confit de canard* y *tarte tatin* cuando los aztecas decidieron abandonar Aztlán.

—¿Doctor Brandt?

El hombre levantó la vista por encima de las gafas y supo que los dos individuos que le habían interrumpido la sobremesa eran policías incluso antes de que el inspector Leconte le enseñara la placa.

—Policía judicial. ¿Le importa si nos sentamos un momento con usted?

Al agente Petit le encantaba cuando su superior decía esa frase. Le recordaba a Jean-Paul Belmondo en *Peur sur la ville*, aunque Leconte tenía veinte kilos más y ninguna intención de perseguir a un ladrón de libros por los tejados de París.

—Estamos investigando el robo de un manuscrito de la Biblioteca Nacional de Francia —continuó Leconte acomodándose en una silla sin esperar que el doctor diera su venia—. Nos han dicho que usted coincidió en la sala de manuscritos con el individuo que creemos responsable del robo.

Brandt cerró el libro y reflexionó —o fingió reflexionar— un instante.

—¿El mexicano del jorongo?

—El mismo.

Una sonrisa pícara se dibujó en el rostro arrugado de ese hombre de unos sesenta años y algo corpulento, que llevaba con orgullo dos grandes entradas en la frente y un corte de pelo a lo Klaus Kinski.

—Sí, coincidimos varios días en la sala, sí. Un tipo singular. Comimos juntos una vez, precisamente aquí —señaló vagamente la mesa de al lado con un gesto de la mano—. En esa misma mesa, si no recuerdo mal.

Petit sacó su libreta y anotó algo en ella.

—Qué gentil de su parte, doctor Brandt. ¿Ya se conocían?

—No, era la primera vez que lo veía en mi vida, pero siempre he tenido debilidad por las personas extravagantes.

—Ya, ya veo. ¿Y de qué hablaron, si no es indiscreción?

—Pues mire usted, fundamentalmente de fútbol. Me dijo que era un gran admirador de Rummenigge y que él tenía una escuela de fútbol en México. Me dijo el nombre, pero ya no lo recuerdo.

—¿Fútbol? ¿Eso es todo?

—Bueno, ahora que lo menciona también parecía estar algo obsesionado con los cuatrocientos conejos. Me mostró incluso un tatuaje que llevaba en el brazo en honor de uno de ellos.

Leconte y Petit se miraron.

—¿Perdón?

—Los *centzon tōtōchtin*. Las cuatrocientas divinidades aztecas del pulque, señor inspector. Una leyenda mexicana. A la segunda copa de Burdeos que se tomó, ya juraba y perjuraba que yo me había convertido en uno de ellos. Hasta insistió en tocarme el bigote para cerciorarse, a lo que naturalmente me negué. Pero dejando ese detalle aparte, me pareció un hombre extraordinariamente bien informado sobre las antiguas tradiciones indígenas. Demasiado, diría yo.

—¿A qué se refiere?

—Pues a que un aficionado no se sabe de memoria los nombres de cuatrocientos dioses y habla de ellos como si los tuviera delante. Eso lo hacen los fanáticos o los locos, inspector. Si a ello le sumamos el cargo de ladrón de manuscritos que ustedes le imputan, comprenderá que me parezca un tipo fascinante —añadió el Dr. Brandt con cierta sorna.

Leconte hizo un gesto a su subordinado para que continuara con el interrogatorio.

—Doctor Brandt, tenemos entendido que usted ha sido acusado en el pasado de irregularidades en la adquisición de piezas arqueológicas.

Desde que los dos hombres se identificaron como policías, estaba esperando esa pregunta.

En los círculos de la americanística europea se contaba que en los años sesenta había sacado de Guatemala una estela maya troceada en la bodega de un carguero bananero; que una máscara de jade que él atribuía a una «colección privada suiza de los años treinta» se parecía sospechosamente a una desaparecida del Museo de Villahermosa; y que, en la universidad, sus colegas le conocían por los apodos der Grabräuber (el saqueador de tumbas) y Tutankamón, debido al gran número de artefactos funerarios que tenía en su despacho.

Brandt dejó la copa de vino que tenía en la mano sobre la mesa y respondió con una calma estudiada.

—Simples calumnias. Las acusaciones contra mí fueron retiradas por falta de pruebas.

—Sí, pero no por falta de indicios.

—Qué distinción tan interesante. Ya me gustaría que mis compañeros de departamento en Heidelberg fueran tan sutiles como usted.

Brandt llamó al camarero con un gesto discreto.

—*Une tarte tatin, s'il vous plaît.* ¿Ustedes desean algo?

—Estamos trabajando —dijo Leconte.

—Lástima. La *tarte tatin* aquí es notable.

Y no exageraba. Le Temps Perdu llevaba con orgullo el haber ganado dos veces el campeonato mundial dedicado a ese postre en la localidad francesa de Lamotte-Beuvron.

—Dr. Brandt —intervino Leconte, que no había probado bocado desde las siete de la mañana—, no debería tomarse el asunto a broma. Lo que usted haya hecho en el pasado en otro país no nos

concierno, pero sustraer o ayudar a sustraer un manuscrito de una institución francesa es... un delito grave.

—¿Me están advirtiendo o amenazando?

—Le estamos informando —dijo Leconte—. Por si acaso sabe algo que pudiera ser relevante y que por alguna razón no nos ha contado todavía.

—Miren, caballeros. Escúchenme bien, porque no voy a repetirlo. Yo no tengo nada que ver con esto y ese hombre no era un traficante. Los traficantes que yo conozco, y es cierto que conozco alguno, inspector, no se presentan en una biblioteca con un jorongo de colores y un acento mexicano que se oye desde el jardín Vivienne.

Para mí que ha sido alguien desde dentro.

—¿Sospecha de alguien?

—¿Han hablado ya con madame Cohen?

—¿La bibliotecaria?

—Sí, la misma. Esa se hace la mosquita muerta, pero tiene muy mala leche, pero que muy mala. A mí una vez me hizo esperar por un manuscrito cinco horas. Solo por eso deberían declararla culpable.

Leconte y Petit intercambiaron una mirada mientras el Dr. Brandt daba cuenta de la *tarte tatin*.

—Ya, muy fino su análisis, Dr. Brandt. Muy fino. Una última pregunta, ¿mencionó su estimado amigo dónde se alojaban él y sus conejos?

Brandt pinchó el último trozo de tarta y, sosteniéndolo en el aire, lo consideró antes de responder.

—Sí. Después de comer dimos un paseo. Me despedí de él en la puerta de su hotel. Estaba en la Rue de Bièvre, muy cerca de aquí. Un hotelito pequeño, de esos con el nombre pintado sobre la puerta. Les diré el nombre a condición de que se larguen y me dejen en paz.

En vista de que ya no podían esperar conseguir mucha más información de la que tenían, el inspector Leconte aceptó el trato.

En la Biblioteca Nacional, Alain Gourdon estaba a la búsqueda de alguna excusa que le permitiera retrasar el inevitable encuentro con los espectros de sus antecesores. Una vez finalizadas las pesquisas, había acompañado a los agentes de la policía judicial hasta la puerta principal, pero más por diferir dicho momento que por gentileza. El dolor de cabeza, que no solo no había remitido, sino que iba en aumento, le brindó el pretexto que necesitaba, por lo que, en lugar de volver a su despacho, decidió dirigirse al lavabo y refrescarse.

Mientras dejaba correr un poco el agua, volvió a repasar mentalmente la reunión que acababa de tener lugar. No sabía qué le indignaba más, si la negligencia de la bibliotecaria, la actitud condescendiente de los dos policías o el que un payaso con jorongo hubiera logrado sustraer un manuscrito azteca de su biblioteca. Aunque, mirándose al espejo, tampoco llegaba a explicarse por qué el hecho le molestaba tanto. La biblioteca tenía miles de documentos antiguos. Uno más o uno menos tampoco es que importara tanto.

—Y afortunadamente se trata de uno de los del fondo mexicano y no de un original de Zola o Victor Hugo o de *Les Miracles de Nostre Dame* de Gautier de Coinci —se dijo para intentar tranquilizarse.

Sin duda los documentos del fondo mexicano eran valiosos, pero tampoco en París habían recibido esos papeles viejos la consideración que merecían. El *Códice Peresianus*, uno de los cuatro códices mayas que sobrevivieron a la conquista, fue encontrado por Léon de Rosny en 1859 dentro de un cesto de papeles viejos cerca de una chimenea. Se salvó de convertirse en cenizas de puro milagro.

—Mucho boato, mucho *grandeur*, pero la puñetera biblioteca siempre fue un caos —refunfuñó Alain Gourdon, frotándose las manos con jabón.

No era de extrañar que Mitterrand le hubiera puesto al frente del intento de modernizarla y dotarla de un catálogo informático, una novedad sin precedentes en una época en la que las búsquedas todavía se hacían utilizando fichas de cartón. Pero hasta al gran Mitterrand, al que los franceses apelaban cariñosamente como Tonton, se le agotaría la paciencia y terminaría por construir una nueva sede en el barrio de Tolbiac, en el decimotercer *arrondissement* de París, un proyecto desmesurado, frío e impersonal, de un tamaño proporcional al de su ego.

La pesada puerta que daba acceso al lavabo de caballeros se abrió con una especie de graznido. Un hombre le saludó cortésmente y se dirigió al urinario. Alain lamentó tener que compartir ese momento de reflexión con un desconocido, pero ni modo. Él podía ser el director de la biblioteca, pero eso era un baño público y el pueblo tenía derecho a usar el retrete tras empaparse de cultura. Así que cerró el grifo, arrancó una tira de papel del dispensador con la que secarse el rostro y las manos, y, saliendo del baño, se resignó a volver a su despacho.

Una vez allí, trató en vano de concentrarse en su trabajo. Era difícil hacerlo con los fantasmas de sus antecesores sacando los libros de sus estantes y arrastrando sus cadenas por la habitación. Al fantasma de Joseph Naudet, que le acusaba de incompetente, se sintió obligado a recordarle que en su época habían salido de Francia no una, sino treinta mil obras, incluyendo manuscritos de Galileo y Descartes. Y al de Jules Vincent, un obrero armero que fue designado durante la Comuna de París como director de la Biblioteca, le afeó el que le hubieran destituido de sus funciones el 27 de abril de 1871 tras haber sido declarado culpable de un robo de diez mil francos.

En una esquina, refunfuñaba el fantasma de Jean-Louis Carra, arrestado y ejecutado el 31 de octubre de 1793, razón por la que su cabeza, que aguantaba en una mano, estaba separada del tronco. Le recriminaba a Gourdon que se preocupara más por filosofar sobre los tabúes sexuales de las francesas que por garantizar la seguridad e integridad de las bibliotecas. Y en los mismos términos se expresaba el espectro de Bernard Faÿ, nombrado administrador general de la Biblioteca Nacional el 6 de agosto de 1940 a raíz de la destitución por Vichy de Julien Cain, que era judío. Faÿ no se mordía la lengua —o lo que quedaba de ella— a la hora de expresar su disgusto.

—Puto, comunista y masón. Eso es lo que es usted. Es porque estoy muerto que si no... Se iban usted y el mexicano del sarape de excursión por el este de Europa.

Algo de razón tenían, pensó Gourdon, que antes de acceder al cargo de director de la biblioteca había publicado bajo el seudónimo

Julien Cheverny varios tratados sobre el matriarcado y el eterno femenino.

—Más me hubiera valido quedarme en casa —suspiró.

Unos y otros se arremolinaban por el despacho exigiéndole que tomara medidas urgentes para asegurarse de que el manuscrito en cuestión retornara a su carpeta, y esta a su estantería correspondiente.

—Y mientras tanto —sugirió el fantasma de Gilles Malet, mirando de reojo a Gourdon—, no deje entrar a la sala de manuscritos a ningún mexicano y entérese de lo que esos inútiles de la policía judicial tienen pensado hacer.

La propuesta concitó la aprobación entusiasta de todos los espectros.

—De acuerdo —dijo Alain sin mucha fe.

Unos días más tarde, Leconte y Petit se presentaron de nuevo en la Biblioteca Nacional con la puntualidad resignada de quienes cumplen una orden que no comparten. No era habitual que la policía judicial informara sobre sus pesquisas a personas involucradas en un caso, pero Alain tenía el tipo de amistades que permitían que las normas se relajaran en determinados casos.

—Gracias por venir, agentes —dijo Alain, levantándose del sillón para saludar a los dos policías y tratar de aplacar el enfado de estos, sin conseguirlo.

—Antes de empezar —dijo Leconte reprimiendo a duras penas sus deseos de mandar al cuerno al director— quiero dejar constancia de que compartir detalles de una investigación en curso con personas

implicadas no es el procedimiento habitual, por muy director de la Biblioteca Nacional que sea.

—Entendido —dijo Alain.

Leconte miró a Petit y le hizo una seña para decir lo que tenían que decir y salir de allí lo antes posible.

—Hemos localizado el hotel en el que se hospedó el sospechoso gracias a un conocido de ustedes, el doctor Brandt —empezó diciendo—. Un establecimiento pequeño, familiar, de los muchos que hay cerca de la Rue de Bièvre.

—¿Y?

—Y que utilizó el mismo nombre para registrarse que había dado en la biblioteca. José Castañeda del Valle. O es muy tonto, o es muy listo; pero al menos nadie le puede negar que no sea consistente.

—La propietaria, que hace también las veces de recepcionista, nos dijo que era un huésped discreto —interrumpió Leconte—. Que salía temprano y volvía tarde. Y que las únicas conversaciones que tuvo con él fueron en el desayuno. ¿Quiere monsieur le directeur saber también lo que ordenó?

Alain parpadeó, tomado por sorpresa. Leconte no le dio tiempo a responder.

—Huevos rancheros y frijoles refritos, al parecer un plato muy apreciado en México. Si tiene curiosidad, puedo indicarle a dónde dirigirse para buscar una receta.

—Muy amable, inspector. No hará falta.

—Lo interesante —continuó Petit, recuperando el hilo— no fue el desayuno, sino la habitación. Todavía no había sido realquilada. Encontramos algunas notas en la papelera.

—¿Qué tipo de notas?

—Números de vuelo e itinerarios. Madrid, Nueva York, El Cairo...

—Ya veo.

—Pues me alegro de que lo vea —Leconte entornó los ojos levemente—. Porque robar un manuscrito y largarse a Egipto y Nueva York no encaja con el típico turista que se aloja en una pensión de mala muerte del Barrio Latino.

—¿Y en qué perfil encaja?

—Pues creemos que en el de alguien conectado con redes internacionales e interesado en hacer un intercambio de antigüedades. Redes que se deshacen de las piezas lo antes posible para borrar el rastro y que dan sus golpes por encargo.

—Eso, o es un turista con nervios de acero que ha aprovechado su viaje para subir a la Torre Eiffel, robar en la Biblioteca Nacional y luego darse un paseo por la pirámide de Keops aprovechando que hay vuelos chárter con descuento —añadió con sorna Leconte.

—¿Algo más, caballeros? —dijo Alain, viendo que la conversación no resultaba excesivamente de provecho.

—Pues que probablemente ya no esté en París.

—¿Y cómo lo saben?

En un alarde de sagacidad detectivesca fue Petit el que respondió.

—Pues porque nos lo ha dicho el taxista que lo llevó al aeropuerto. Un golpe de suerte. Al pasar por la parada que está aquí, cerca de la biblioteca, oímos a dos conductores hablar de sus clientes. Ya sabe lo chismosos que son, monsieur le directeur.

—¿Y bueno?

—No, nada que recalcar fuera de lo inusual de andar por París en junio vestido con sarape. Dijo que era un cliente amable, aunque no

especialmente generoso. Se durmió casi desde el principio del trayecto y llegó algo desorientado al aeropuerto.

Leconte intervino para agilizar la discusión.

—Al parecer, cuando se bajó del taxi se quedó parado en la acera mirando los árboles durante un buen rato. El taxista pensó que quizás no se encontraba bien, pero arrancó de todas formas. No es su trabajo preguntar o preocuparse por los clientes una vez que están fuera del taxi, y mucho menos cuando a uno no le han dejado ni un franco de propina.

Petit cerró la libreta que había utilizado para consultar sus notas y dejó a su jefe la tarea de formular las conclusiones.

—Monsieur Gourdon, nuestra conclusión provisional es que el manuscrito ya no está en París. Probablemente ya no esté en Francia. El asunto quedará en manos de la Interpol a partir de mañana. —Hizo una pausa—. Tenemos también algunas recomendaciones.

—Las escucho.

—Recomendamos limitar temporalmente el acceso a la sala de manuscritos al doctor Brandt hasta que hayamos podido descartar su implicación.

—El doctor Brandt es un investigador de reputación internacional... —dijo Alain.

—De reputación algo complicada... —corrigió Leconte—. Y recomendamos también apartar temporalmente de sus responsabilidades a madame Cohen mientras dure la investigación. Probablemente no tenga nada que ver en este embrollo, pero por si acaso.

—Muy bien. ¿Algo más?

Era la pregunta que Leconte había estado esperando. Como el que no quiere la cosa, agarró un tomo de *L'Encyclopédie* que estaba sobre la mesa del despacho de Alain Gourdon, lo abrió como si lo consultara y en el tono más educado que pudo le dijo:

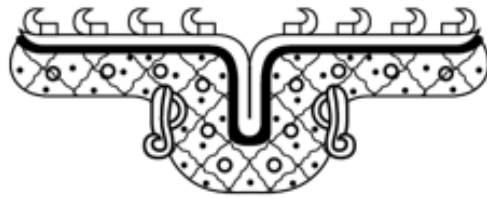
—Pues sí, hay una cosa más, monsieur le directeur. La próxima vez que se ponga en contacto con nuestros superiores e interfiera en mi investigación me aseguraré de que este volumen quede correctamente archivado entre sus respetables nalgas.

Los policías abandonaron el despacho y Alain intentó volver al trabajo. Afortunadamente, no había fantasmas que le incordiaran. En el fondo, no había mucho más que hacer, excepto evitar que la noticia saltara inmediatamente a los periódicos, y no solo para ocultar en lo posible el escándalo hasta que se aclarara el paradero del manuscrito, sino porque los nombres mexicanos siempre se le atragantaban a Alain, y mira que el francés tiene sus peculiaridades, pero el náhuatl tiene sonidos y combinaciones de consonantes que le volvían loco, como la «tz» de «tzompantli» o la «tl» de «Tláloc». Para un escritor como él no ser capaz de leer lo que está escrito era mucho más que una fuente de frustración; era una afrenta a su posición de tlacuilo de las bellas letras francesas y alto funcionario del Estado. Con un poco de suerte, el *affaire* pasaría inadvertido y cabía la posibilidad de que el manuscrito se recuperara en las semanas o meses siguientes.

Satisfecho con esta resolución, se dijo que era inútil dedicarle más tiempo y se dirigió a su mesa de lectura. En ella había una copia litográfica del Tonalamatl realizada en la Institución Nacional de Sordomudos de la Rue Saint-Jacques por Jules Desportes en 1854. Y a su lado un libro que le llamó la atención y que no recordaba que

estuviera allí antes. Llevaba por título *Viaje pintoresco y arqueológico a la provincia de Yucatán, durante los años 1834 y 1836*, y pretendía demostrar las conexiones entre los mayas y el antiguo Egipto. Había sido escrito por Jean-Frédéric Maximilien de Waldeck. Alain reconoció el nombre. Era uno de los antiguos poseedores de al menos una parte del Tonalamatl original. Abrió el libro, plagado de ilustraciones de un trazo limpio, seguro, sin vacilaciones, que reproducían las ruinas no como piedras viejas puestas unas encima de otras, sino como un compendio de escenografías, a medio camino entre la arqueología y la ópera.

Y sin poder resistir su embrujo, se sentó a leer.



4.

La de la falda de serpientes

EL CARRUAJE DEJÓ a Jean-Frédéric Waldeck y su mujer enfrente del Egyptian Hall, en la calle Piccadilly de Westminster, un edificio de tres pisos que imitaba un templo de la época de los faraones.

—Bienvenida a Luxor-upon-Thames, querida —le dijo con sorna ajustándose el sombrero.

Absorta como estaba en la contemplación de las dos estatuas colosales que flanqueaban la entrada, ella apenas si le hizo caso, presa de una excitación que mezclaba a partes iguales la curiosidad y el temor. Se habían casado hacía apenas dos años en el pueblo de Jarrow, en el antiguo condado de Durham, en el noroeste de Inglaterra, una localidad que antiguamente albergara una de las mayores bibliotecas de la temprana Edad Media al norte de los Alpes. Ella tenía ya treinta años cuando aceptó su propuesta de

matrimonio, aunque sus rasgos la hicieran parecer mucho más joven. Tampoco Jean-Frédéric era lo que podría decirse un chaval, pues había alcanzado ya la cincuentena, y aquellas eran sus segundas nupcias. Todo lo que le quedaba de su primera mujer —de la que rara vez hablaba— era un hijo de unos catorce años, John, al que, poco después de este nuevo enlace, se sumó el pequeño Fritz. Su nacimiento hizo sospechar a los otrora cultos vecinos de Jarrow que el matrimonio entre el pintor Jean-Frédéric Waldeck y Mary Fisher, a quien él llamaba cariñosamente María, no había sido precisamente por amor.

Ya fuera por evitar habladurías, o en busca de mejores perspectivas económicas, la pareja terminó por mudarse a Londres, a una casa en el número 207 de Sloane Street, no lejos de Hyde Park. No es que nadaran en la abundancia ni que tuvieran muchas ocasiones de aprovechar la animada vida social de la ciudad. Por eso, cuando Jean-Frédéric le ofreció a María que lo acompañara al Egyptian Hall de Piccadilly, esta enloqueció de emoción y le cubrió de besos.

—¿Puedo ponerme el vestido azul?

—Si quieres. Me han dicho que es el color de moda en Buckingham Palace.

—Pero qué tonto eres —respondió riendo.

Propiedad de William Bullock, un conocido de Jean-Frédéric con olfato para los negocios, el Egyptian Hall se había convertido en una de las mayores atracciones de Londres desde que abriera sus puertas en 1812. Por un *shilling* la entrada, cualquier londinense, sin importar su edad, sexo o clase social, podía acceder a la colección de historia natural y etnografía que había acumulado durante sus

viajes y compartir las experiencias que habían vivido él y otros aventureros de su época. Fue un triunfo sin precedentes. Al reclamo de pasen y vean, *ladies and gentlemen*, pasen y vean, más de doscientas mil personas acudieron a su exhibición sobre Napoleón. Unas treinta y cinco mil libras se habría embolsado Bullock a cuenta del emperador de los franceses. No menor expectación causó la que dedicó al Círculo Polar Ártico, en la que se las ingenió para que, quien lo deseara, pudiera dar un paseo en trineo por las salas de un Egyptian Hall que —para desesperación de las falsas momias que tenía guardadas en el almacén— fue cubierto con una especie de nieve artificial.

Quienes creyeron que Bullock se daría por satisfecho con esos éxitos, ignoraban que guardaba todavía otro as en la manga: una civilización de sacrificios humanos y deidades terribles, un lugar de ciudades misteriosas, plantas extrañas y curiosos animales, un país que acababa de independizarse de su tiránica metrópolis y del que él, William Bullock, empresario avezado y explorador *extraordinaire*, acababa de regresar cargado de mil y un misteriosos artefactos.

—A juzgar por la cola no cabe duda de que México es un negocio redondo— le dijo Jean-Frédéric a María, un tanto contrariado por tener que esperar.

—No seas impaciente, querido —le amonestó ella dándole una cariñosa palmada con la mano que tenía apoyada sobre su brazo.

Unos minutos más tarde lograron franquear la entrada. Apenas sus ojos se habituaron a la penumbra, María y Jean-Frédéric se encontraron ante una galería que ofrecía como fondo una vista panorámica del valle de México, tal y como este se vería desde un

promontorio colocado en el jardín del obispo en la ciudad de Tacubaya, a una distancia de unos diez kilómetros.

—Es magnífico —exclamó María, entusiasmada.

En el centro de la imagen, rodeada de volcanes y montañas, destacaba la antigua capital virreinal, con su catedral, cúpulas y calles en cuadrícula. A la derecha, en una pequeña colina, se alzaba el Peñón de los Baños, famoso por sus aguas termales; y a la izquierda, no muy lejos del lago de Texcoco, alcanzaba a distinguirse la basílica de la Virgen de Guadalupe. Bullock había hecho construir a escala real un típico jacal mexicano con su huerto, al que rodeó de papayas, aloes, yucas, magueyes, nopales y unas calabazas gigantes que generaron algunos comentarios indecentes. Pájaros y animales disecados parecían a punto de levantar el vuelo, listos para enredarse en las falsas lianas que colgaban del techo o en los exquisitos peinados de las señoras; y al fondo, unas amplias vitrinas exhibían orgullosas todo tipo de objetos, incluyendo el cuerpo disecado de un chihuahua, alrededor de cuya tristísima figura se arremolinaban con curiosidad grandes y pequeños.

Pero si algo causaba verdadera sensación eran las curiosas figuras de los nativos del valle de México vestidos con sus trajes típicos y ocupados en sus tareas tradicionales, de piel cobriza y ojos oscuros, todos ellos congelados en el espacio y en el tiempo, y tan de cartón piedra como las dos monumentales estatuas de la entrada. Todos, excepto uno: José Cayetano Ponce de León, el único de los vecinos de Chiautla, un pequeño pueblo cerca de Texcoco, que había aceptado la propuesta de William Bullock de acompañarle a Londres.

Dócil y extremadamente inteligente —según lo describía el catálogo de la exposición—, José Cayetano paseaba de un lado a

otro de la sala, algo desorientado, pero sin negarse a entablar conversación con quien tuviera el valor de acercarse a conocer a un mexicano viviente. Al verle, María se sintió cohibida, pero tan pronto como estuvo a su altura y comprobó que era inofensivo, perdió su natural modestia y empezó a acribillarle a preguntas, a las que el buen hombre respondió tan educadamente como pudo en una mezcla ininteligible de español, italiano, inglés y náhuatl.

Ya se disponían a seguir adelante cuando María y Jean-Frédéric escucharon la voz aguda de William Bullock a sus espaldas.

—Antes de continuar —dijo este entre burlón y condescendiente—, yo le recomendaría a su encantadora esposa que aproveche el consejo que acaba de darle José Cayetano y se agarre bien a su brazo, no vaya a ser que se desmaye de la impresión.

Jean-Frédéric se dio la vuelta. Ahí estaba Bullock —el Diablo, como le apodaban sus amigos—, con su calva reluciente y una sonrisa de oreja a oreja, haciendo una reverencia educada y besando con finura de sátiro la delicada mano de su mujer. Otros dos caballeros le acompañaban: el pintor de origen italiano Agostino Aglio y Edward King, vizconde de Kingsborough.

Agostino Aglio, un hombre algo retraído, de mirada penetrante, impecable perilla y arreglado bigote, era el autor de los frescos y extraños glifos que decoraban la exposición, algunos de ellos copiados de los manuscritos que Bullock había traído consigo desde México.

—Le interesará saber, signore Aglio —dijo Bullock—, que, como usted, Mr. Waldeck es también un consumado artista. Se cuenta que aprendió el oficio en París, primero bajo la dirección de Jacques-Louis David y luego en el estudio de Pierre-Paul Prud'hon.

—Mr. Waldeck... —dijo Aglio, saludándole con frialdad, casi con desconfianza—. Creo recordar ese nombre. ¿No es usted quien ilustró las ruinas de Palenque?

—Así es. Me encargué de limpiar y pasar a placas de grabado en cobre los dibujos originales de Armendáriz sobre Palenque para su edición inglesa, pero nunca estuve allí.

—Interesante trabajo —comentó el italiano secamente.

Jean-Frédéric percibió la ambigüedad del cumplido.

—Gracias, signore Aglio. Pero no es este el momento de hablar de mi obra, sino de admirar la suya —dijo, desviando la conversación—. Permítame felicitarle.

Como si se encontrara ante un nuevo Miguel Ángel, Jean-Frédéric alabó la calidad de sus dibujos y la seguridad de su trazo, aunque para sus adentros pensó que él podría haberlo hecho mejor, mucho mejor, algo que quizás no le pasara del todo desapercibido al vizconde de Kingsborough, quien acababa de contratar a Aglio para su monumental proyecto *Antiquities of Mexico*, una serie de volúmenes en formato elefante ricamente ilustrados que ofrecían a sus afortunados dueños una copia a todo color de algunos de los códices más importantes que se encontraban, no solo en Londres o en Oxford, sino en París, Viena y el Vaticano. Durante siete largos años estaría Aglio al servicio del vizconde, aunque, si hubiese podido imaginar la recompensa que recibiría por ello, probablemente habría salido corriendo en ese mismo instante.

Concluidas las presentaciones de rigor, el grupo se dirigió a la siguiente estancia, si bien Bullock optó por quedarse algo rezagado, fingiendo conversar con Cayetano, para poder así observar mejor su reacción.

—¿Qué se apuesta, mi buen don Cayetano, a que la señora pega un grito? —murmuró el Diablo a su oído, viéndolos echar a un lado la cortina que separaba un espacio de otro e internarse en las sombras de lo que asemejaba una gruta.

—Siempre gritan, señor Bullock —contestó aquel—. Siempre gritan. Nunca falla.

Dentro, el México luminoso y cálido de la sala precedente cedía su lugar al México antiguo, oscuro y amenazante, de una fascinación imposible de resistir. Una enorme estatua de Coatlicue, diosa azteca de la vida y de la muerte, apareció de repente, con su cabeza formada por dos serpientes enfrentadas, una falda hecha de culebras y el pecho cubierto de los cráneos, manos y corazones de las víctimas sacrificadas en su honor.

Jean-Frédéric sintió que un escalofrío le recorría la espalda. A los pies de Coatlicue estaba el altar donde se llevaban a cabo los sacrificios, cuyos lados, ricamente decorados, mostraban a los guerreros mexicas arrastrando a los prisioneros a su horrendo fin. En la parte superior, una hendidura profunda, esculpida para recibir la sangre, señalaba el lugar donde el corazón de la víctima, aún palpitante, era extraído del pecho del infortunado cautivo y presentado humeante ante el ídolo, para luego, mezclado con copal, ser consumido por los sacerdotes. Al otro lado de la sala, una descomunal serpiente cascabel de ojos resplandecientes hechos con piedras preciosas se elevaba majestuosa, dejando ver entre sus fauces a una desdichada joven que luchaba infructuosamente por escapar de ellas.

El objeto principal de la exposición, sin embargo, era una reproducción a tamaño natural de la Piedra del Sol, un monumental

disco de basalto de olivino que había sido descubierto apenas treinta años antes, en 1790, durante unas obras de nivelación que se hicieron en la Plaza Mayor de México, y que encarnaba, en veinticuatro pétreas toneladas, la sutil concepción del tiempo y el espacio de los mexicas. En su centro, burlón, sacándole su afilada lengua al espectador, destacaba el rostro del dios Tonatiuh, el luminoso o el que calienta, alrededor del cual se desplegaban cuatro cuadrados que representaban los cuatro soles o eras anteriores, todo ello contenido por un anillo con los veinte glifos del calendario azteca que forman la base del Tonalamatl.

Mientras los demás se entretenían inspeccionando los detalles de la piedra, la atención de María se desvió hacia uno de los cuadros. Bullock —que se había situado al lado suyo— le explicó que el lienzo representaba la sucesión genealógica de los emperadores aztecas.

—Es una copia. El original perteneció a un tal Botterini o Boturini, un italiano con veleidades astrológicas y filosóficas cuya colección fue confiscada por las autoridades de la Nueva España y que murió en la pobreza en Madrid.

—¿Un italiano?

—Sí, como el signore Aglio —dijo Bullock con su sonrisa de siempre—. Aunque con peor suerte.

Bullock se volvió hacia María sin percatarse de que Waldeck había vuelto y ceñía la cintura de su mujer con el brazo.

—¿No le parece hermoso? —le preguntó el Diablo a María.

—Sin duda —respondió Jean-Frédéric por ella, presintiendo que la diosa Coatlicue esperaba impaciente su respuesta.

Quizás fuera la impresión que le produjo la exposición del Egyptian Hall, o la acuciosa necesidad de ganar dinero para sustentar a su familia, o tal vez la curiosidad por ver en persona las misteriosas estructuras de piedra de Palenque que Antonio del Río y Ricardo Armendáriz describieran en 1787. Lo cierto es que no es fácil decir en qué momento exactamente Jean-Frédéric Waldeck tomó la decisión de ir a México y por qué.

De su vida anterior se sabía lo que él mismo contaba: que había nacido alrededor de 1766; a veces decía que en Praga; otras, que en Alemania. Tenía pasaporte británico y se había nacionalizado francés. Su apellido sugería una conexión con la aristocrática familia alemana de los Waldeck-Pyrmont, aunque ningún miembro de aquel augusto linaje reconociera su nombre. Dijera lo que dijera, solo dos cosas podían afirmarse como indiscutiblemente ciertas: la primera, que de alguna forma había acabado en Jarrow, donde desposó a Mary Fisher, la María de sus diarios, el amor de su vida; y la segunda, que además de un excepcional talento artístico, el muy fanfarrón tenía un lado oscuro, canalla incluso. Era justo lo que los Señores del Día y de la Noche y los cuatrocientos conejos de la diosa Mayáhuel andaban buscando para rescatar al Tonalamatl y su galería de dioses del lúgubre olvido al que la ira de Pedro Cebrián y Agustín, conde de Fuenclara, los había condenado. Y como señal inequívoca de que era el Elegido, Coatlicue, la de la falda de serpientes, le regaló las pesadillas.

Los sueños comenzaron el mismo día en que partió del puerto de Portsmouth con destino a Tampico a bordo del *Sophia*. María y el pequeño Fritz aparecían casi siempre. Intentaba hablarles, pero sus pálidos rostros no le respondían, y terminaban alejándose,

espectrales, insensibles a sus gritos. Se despertaba de súbito, irguiéndose en la cama, con el pulso acelerado y bañado en sudor.

—Está usted pálido. ¿Otra vez ha pasado mala noche, Mr. Waldeck? —le preguntaban los miembros de la tripulación cada mañana.

—Sí, se ve que la brisa del mar no me ha sentado bien, pero no se preocupen que en breve me tendrán ustedes paseando por cubierta —respondía él, intentando no darle mayor importancia al asunto.

Durante los primeros meses, atribuyó los sueños a la ansiedad de la partida, al miedo de no volver a ver a su hijo y a los celos imaginarios que le provocaba el haber dejado a su mujer sola en una ciudad como Londres. Era cierto que el viaje a México no se producía en las mejores condiciones. Incapaz de encontrar a un mecenas que se lo financiara, aceptó sin entusiasmo un trabajo como diseñador de máquinas y otros utensilios en la Compañía Minera de Tlalpujahuá por un sueldo de cuatrocientas libras esterlinas al año.

La mala mar y algo de fiebre lo confinaron en su camarote durante los primeros días, pero apenas se repuso y las condiciones lo permitieron se entretuvo jugando a las cartas y conversando con el resto de pasajeros. El 2 de abril de 1825, al pasar el *Sophia* la imaginaria línea del Trópico de Cáncer, algunos de ellos celebraron una ceremonia similar a la que se decía que había llevado a cabo el capitán Cook medio siglo antes: arrojaron unas piastras a Neptuno para que garantizara su viaje y, al cenar, brindaron con champaña.

Ya en el Caribe, tuvieron uno o dos encuentros con piratas. Afortunadamente, el *Sophia* iba lo suficientemente bien armado como para que estos se dieran la vuelta con el cuchillo entre los

dientes y el rabo entre las piernas. A los ataques de corsarios, pronto se les unieron otras preocupaciones, y en particular las discusiones con los empleados de la compañía, que empezaron por menudencias y fueron agriándose con el paso de los días. Pero nada era comparable a las pesadillas, que se recrudecieron a medida que se acercaban a la costa: soñaba que su camarote se llenaba de cientos y cientos de conejos que saltaban enloquecidos alrededor suyo y que le insinuaban con gestos obscenos lo que podía estar haciendo su mujer.

—¿Cree en las premoniciones, Mr. Waldeck? —le preguntó un pasajero una tarde.

—No especialmente. ¿Por qué?

—Porque lleva usted varios días hablando dormido. En una lengua que no reconozco.

El *Sophia* fondeó en Tampico, un pueblo triste, de edificios desvencijados y calles polvorientas, el 11 de mayo de 1825. Jean-Frédéric y el grupo de empleados de la Compañía Minera de Tlalpujahua se alojaron en un albergue que regentaba un enorme negro natural de Nueva Orleans. El hombre, que se hallaba desterrado en aquel poblacho por causas que la prudencia aconsejaba callar y la justicia prefería olvidar, los recibió en el umbral con los brazos abiertos.

—*Well, well, well!* Bienvenidos, caballeros, bienvenidos a mi humilde establecimiento. El único en Tampico que tiene la virtud de estar techado. *C'mon in*, caballeros, *c'mon in*.

Y con una amplia sonrisa, les mostró el camino a unas destartaladas habitaciones donde fueron devorados sin misericordia por los mosquitos y las pulgas, que llevaban ya algún tiempo sin

probar sangre europea. Siguiendo el ejemplo de los lugareños, no tardó en comprarse una hamaca, un sombrero de paja y una esterilla, de forma que a las pulgas les costara más llegar a morderle las nalgas y el sol no le secase el cerebro. Tampoco desaprovechó la oportunidad de sacar su caja de lápices y retratar a los moradores de Tampico.

—Tendrías que verlos sentados durante horas en el atrio de la iglesia, María, —le escribió a su mujer— inmóviles, como estatuas antiguas que hubieran sido abandonadas hace mucho tiempo en este poblacho que apesta a orines de perro y por el que, al caer el sol, deambulan sin rumbo fijo los espectros.

Tras unos días esperando la llegada de las mulas, la comitiva se encaminó hacia Tlalpujahua. Pasaron por Ozuluama, Chicontepec y Cuacoyoco; cruzaron por Tlaculuca, Chapula y Omitán; rodearon San Agustín, Tetepango y Tula; y recorrieron Pachuca, Xilotepec y Atlacomulco. Atravesaron enormes bosques de palmas, gargantas profundas y escarpados precipicios que a cada paso susurraban la liberación del suicidio a las agotadas mulas. Como Boturini un siglo antes, también Jean-Frédéric se maravilló con los enjambres de luciérnagas; con las tempestades que aparecían y desaparecían de repente; con las sombras de los seres que, agazapados entre los agaves y los pinos, amenazaban con devorarlos. Y una mañana, cerca de Chicontepec, se asombró al ver a cuatro hombres dando vueltas en lo alto de un palo atados únicamente por los pies mientras un quinto tocaba la flauta.

—Es una costumbre antigua para que caiga la lluvia —le dijeron.

Con todo, quizás lo que más le impresionó de aquel viaje fue encontrarse con una mujer que llevaba sobre la cabeza, en una

plancha rodeada de flores, el cadáver de su hijo pequeño.

—El más hermoso y lúgubre de todos los entierros que he visto en mi vida —anotó en su diario.

Esa noche soñó que el muerto era Fritz.

La llegada a Tlalpujahua fue de todo menos triunfal. Pasó más de una semana aquejado de diarrea. Fue el principio de un tormento. Apenas se curó de ella, sufrió mal de rodillas; después, una hernia a la que siguieron unas espantosas hemorroides. Con todo, lo que más angustia le producía era no recibir cartas de su mujer.

Una tarde, harto ya de esperar, interceptó a uno de los administradores de la compañía en el patio.

—¿Ha llegado algo para mí? ¿Alguna carta de Inglaterra?

—No que yo sepa, Mr. Waldeck.

—Llevo tres meses sin noticias de mi mujer.

—El correo es lento. Ya sabe cómo son estas cosas.

—¿Lento? No me venga con historias.

El administrador se encogió de hombros.

Preso de furia epistolar, Jean-Frédéric escribía a María a diario. Sus opiniones sobre el carácter de los mexicanos, al principio amables, empezaron a cambiar. Alababa los musculosos y bronceados cuerpos de los hombres tanto o más que la belleza de las mujeres, pero cuando no les acusaba de perezosos, los tildaba de ladrones y afirmaba que pocos de entre ellos superaban la edad mental de un niño de cuatro años. Se maravillaba de que sus antepasados hubieran podido construir semejantes estatuas, templos y pirámides.

—Mucho, mucho más hermosas que las del Egyptian Hall, María. Quizás un día puedas venir a verlas. ¿Te gustaría? ¿Querías ver este cuarto enorme en el que me han alojado en Tlalpujahua, este

convento que se cae a pedazos y por cuyas galerías pasan corrientes de aire que hacen crujir los goznes de las puertas y llenan las noches de ruidos que azuzan todavía más mis malos sueños? ¿Te gustaría estar aquí, conmigo, María?

Pero María no respondía, así que, poco a poco, fue olvidando las palabras de amor que le dedicaba al inicio, sustituyéndolas en sus cartas por otras de ira, cubriéndola de reproches, dando rienda suelta a su amargura, describiendo con detalles morbosos lo que le decían los conejos de sus pesadillas, cómo la soñaba en brazos del Diablo, poseída por sátiros, enferma de lujuria.

Los desacuerdos con Vincent de Rivafinoli, el italiano que le había proporcionado el empleo, no tardaron en emerger. Le resultaba cada vez más evidente que Rivafinoli y el resto de empleados de la Compañía Minera de Tlalpujahua conspiraban en su contra, que le llenaban de guijarros los zapatos, le robaban las cartas, le echaban más ají del debido en la comida o le ponían alacranes en las tazas. Tampoco el salario era el que había esperado.

—Faltan ochenta pesos —dijo, contando las monedas.

—Deducciones —respondió Rivafinoli sin levantar la vista del libro de cuentas.

—¿Qué deducciones?

—Alojamiento. Comida. Uso de materiales.

—¡Nada de eso estaba en mi contrato!

—Claro que sí. Léalo de nuevo.

Las maquinaciones del alcalde y del cura del pueblo por hacerse con parte de los derechos de las minas, unidas a la llegada de un alemán —al que Rivafinoli había contratado supuestamente para ayudarle, pero del que sospechaba que estaba destinado a sustituirle

—, terminaron por convencer a Jean-Frédéric de que la ciudad de México era un lugar mucho más prometedor que Tlalpujahua. Tras una serie de interminables discusiones, llegó finalmente a un acuerdo con Rivaflinoli para rescindir sus compromisos con la compañía. La noche antes de partir tuvo el sueño en el que Coatlicue, los Señores del Día y de la Noche y los cuatrocientos conejos le revelaron por primera vez el Tonalamatl.

Apenas cayó dormido en la cama, se vio transportado al esqueleto ennegrecido y humeante de una mansión consumida por las llamas que amenazaba con desmoronarse sobre su cabeza a cada paso. Las vigas del techo crujían como si estuvieran hechas de huesos y por entre las grietas de las paredes se colaba una luz que no era de antorchas.

—De pie, en el centro de la casa, con un extraño libro entre las manos, estabas tú, María.

Preso de emoción, reconoció su rostro, el mismo que había dibujado cientos de veces en el pasado: la recta línea de la mandíbula, la suave caída de los párpados, la pequeña cicatriz junto al labio superior, el pelo luminoso, rubio, de color ceniza. Pero su alegría solo duró un momento. Lo que tardaron esos dulces rasgos en revelar, como en un palimpsesto, una capa más antigua, más dura, pintada con franjas negras, el cabello largo, sin cortar, teñido de noche a base de tinta y de sangre, las orejas adornadas con pendientes tubulares y un bezote de obsidiana en el labio inferior.

—Acércate —le dijo con la voz de un alma en pena.

Sobre una mesa que parecía un altar de piedra, yacía extendido un extraño libro que se desplegaba en forma de acordeón. Jamás libro alguno le pareció tan hermoso. Aquella figura, amada y

repulsiva a la vez, realizó una serie de invocaciones, tomó un puñado de granos de maíz y los arrojó sobre las páginas. Luego señaló con un dedo. Jean-Frédéric se inclinó sobre las páginas. Intentó entender lo que veía, pero apenas fijaba la vista en una imagen, la siguiente aparecía compitiendo por su atención. Había una mujer emergiendo de una planta de hojas carnosas con espinas, rodeada de conejos que corrían en círculos a sus pies. Había otra con flores de quetzal en el tocado y mariposas posadas en los brazos extendidos, sumamente hermosa a pesar de su aspecto terrible. Y había una tercera figura, la más grande, con una banda negra en la boca y las manos extendidas sobre lo que parecían semillas. No lo entendió. No sabía entonces, no podía saber, que se trataba de su futuro, de Mayáhuel, Xochiquétzal y Tlazolteotl, encarnaciones de la embriaguez, el amor y la lujuria, respectivamente.

Apenas levantó la vista del texto, la mansión se derrumbó con un estrépito de siglos, enterrándoles a ambos bajo una montaña de calaveras. Se despertó abruptamente, y corrió a buscar sus lápices, a intentar bosquejar en sus apuntes el libro que había visto, sin lograrlo. Las figuras no se dejaban dibujar. Se negaban a quedarse quietas bajo su mano, como si despreciaran el papel y hubiesen decidido que era mejor, para cumplir con lo que los Señores del Día y de la Noche se habían propuesto, quedarse a vivir en su memoria.

El sol todavía no había asomado entre los montes mineros de Tlalpujahua cuando Jean-Frédéric se puso en camino hacia la ciudad de México. Una vez allí, intentó durante semanas que el gobierno reparara en su presencia, pero sin nadie que le apoyara o cartas que

dieran fe de quién era resultaba prácticamente imposible que le consideraran para los cargos que ambicionaba. Con los bolsillos vacíos, le entraron las primeras dudas, y llegó incluso a arrepentirse de haber abandonado Tlalpujahua, hasta que un día, saliendo del ayuntamiento, a donde se había dirigido para ofrecer sus servicios, se tropezó con Claudio Linati.

Fundador de la Sociedad Secreta del Gran Elegido, Perfecto y Sublime Masón, Linati era uno de los más estrafalarios de todos los italianos estrafalarios que habían pasado por la capital del Anáhuac, lo cual no es decir poco. En Parma, había sido condenado a muerte por conspirar contra el gobierno, lo que le hizo emigrar a México, donde instaló el primer taller de litografía que hubo en el país. Waldeck y Linati —artistas ambos— congeniaron de inmediato, y bastó una botella de aguardiente para que, antes de la medianoche fueran ya socios, cómplices y amigos. Entre los dos concibieron el proyecto de crear una fantasmagoría, uno de esos espectáculos en los que, utilizando un juego de luces y espejos, se proyectaban en el interior de una sala oscura imágenes, figuras y quimeras que, unidas a otros efectos teatrales, servían para deleitar o poner los pelos de punta al respetable.

Linati llegó a sugerirle que, si tenían éxito, hicieran después una gira por los Estados Unidos.

—Imagínese, Waldeck —le dijo una tarde mientras revisaban los bocetos—. Nueva York, Filadelfia, Boston. Los americanos nunca han visto nada parecido.

—¿Y cree que nos dejarían entrar? Con mi acento francés y sus ideas políticas...

Linati soltó una carcajada.

—Precisamente por eso. En América todo el mundo huye de algo.

Desafortunadamente, los temores de Waldeck no tardaron en materializarse, pero no fueron los americanos, sino los propios mexicanos quienes echaron al italiano a patadas del país tras publicar este en el semanario femenino *El iris*, una litografía titulada «La Tiranía», que poco tenía que ver con los figurines de moda que la revista había prometido, y mucho con la situación política de la joven nación.

—*Addio e buona fortuna, caro amico* —fue todo lo que Linati tuvo tiempo de decirle.

Ido su socio, resolvió sacar la fantasmagoría adelante con la ayuda de los inversores que Linati había logrado convencer para que financiaran el proyecto. Muchos de ellos, sin embargo, no terminaban de fiarse de él y cambiaban de opinión de la noche a la mañana. Pero Jean-Frédéric no se rindió. Pintó nuevas imágenes, construyó un megascopio —un artefacto que había diseñado él mismo y del que estaba particularmente orgulloso, aunque nunca explicó cómo funcionaba exactamente—, hizo pruebas y, finalmente, el 3 de marzo de 1827 dio su primera función, inspirada en lo que había visto en la exposición que en Londres organizara Bullock sobre México y, sobre todo, en aquel texto que se le aparecía regularmente en sus pesadillas en manos de María.

Los beneficios prometidos se volatilizaron en la primera semana y la fantasmagoría apenas duró un mes en cartel debido a la escasa afluencia de público, que encontró las entradas excesivamente caras y el espectáculo, mucho menos entretenido que las corridas de toros. Sintiéndose estafados, los inversores acusaron a Waldeck de

haber malversado los fondos. Las recriminaciones fueron subiendo de tono hasta que uno de ellos lo acorraló en un café.

—Es usted un auténtico charlatán, Waldeck.

—Los beneficios llegarán. Solo necesito tiempo.

—¿Más tiempo? ¿Para qué? ¿Para que nos robe más dinero?

—Cuidado con lo que dice.

—¿O qué? ¿Cree que a mí me asustan sus ridículos fantasmas?

Waldeck se levantó de golpe, tirando la silla al suelo.

—Pues si se cree tan hombre, tenga la gentileza de ir engrasando sus pistolas. Le espero armado en el descampado detrás del cementerio.

El inversor palideció, viendo que iba en serio.

—Esto... esto es una barbaridad. Yo no...

—¿No qué? ¿No tiene agallas?

Aterrorizado, el hombre no dijo nada. Salió del café con la poca dignidad que le quedaba, dejando olvidado su sombrero.

Bravuconadas aparte, Jean-Frédéric se encontró de nuevo en la calle, aunque, como suele decirse, las serpientes de la falda de Coatlicue aprietan, pero no ahogan. Si a alguien no le pasaron desapercibidos los méritos de la fantasmagoría, fue a un tal Luis Castrejón, coronel retirado que había formado una compañía de ópera italiana recientemente y estaba a la búsqueda de alguien capaz de diseñar los escenarios. Waldeck, que sabía entonar más que pasablemente bien, aceptó no solo encargarse de los decorados, sino también formar parte del elenco en calidad de barítono.

Debutó en el antiguo Teatro de los Gallos interpretando el papel del intrigante cura Don Basilio de *El Barbero de Sevilla*, con un aforo casi completo. La función habría sido un éxito todavía mayor si la

estrella del elenco, un sevillano llamado Manuel García, tenor y compositor que había cosechado numerosos éxitos en Italia, hubiera consentido que la ópera se cantara en español. Pero, aun así, el público quedó satisfecho.

Después de la función Jean-Frédéric corrió a escribir a María, entusiasmado:

—María, tendrías que haberme visto cantando para deleite de los hombres, mujeres y volátiles que se contaban entre el público aquello de «La calumnia es un vientecillo, una brisita muy gentil, que imperceptible, sutil, ligeramente, dulcemente, comienza, comienza a susurrar; bajo, bajo, a ras de tierra, en voz baja, sibilante, va corriendo, va corriendo, va zumbando, va zumbando».

Tras *El Barbero de Sevilla*, Castrejón ofreció a Waldeck un papel en *Semiramide*, ópera en la que encarnó al malvado Assur, y aunque unos bromistas se encargaron de reventar el estreno tirando unos petardos, hasta la mismísima Coatlicue —que no había dejado de seguirle con atención desde que saliera de Londres— sintió que sus serpientes se estremecían cuando entonó con patetismo «Deh! ti ferma»:

—¡Ah!... Detente... Serénate... Perdona... Aparta de mí tu aspecto terrible. Ya siento el acero en el pecho, ya el abismo me colma de horror. Regresa a la paz de las sombras, ¡ah!, ten piedad de mi oprimido corazón.

Enternecida, a punto estuvo la diosa de dejar escapar a su presa y dejar que Jean-Frédéric continuase su insospechada carrera operística. Pero Mayáhuel, la de los cuatrocientos pechos, madre de los cuatrocientos conejos, le recordó a su comadre que se dejara de sentimentalismos, que había cosas importantes que hacer.

Y se pusieron a ello. Pese a sus éxitos, la compañía no tardó en deshacerse por culpa de las desavenencias entre Castrejón y los dueños del teatro, a las que vino a sumarse el decreto de expulsión de los españoles que firmó el gobierno el 20 de diciembre de 1827, tras la fracasada intentona del padre Joaquín Arenas. Ello obligó a Manuel García a abandonar México precipitadamente, pero no sin antes ser asaltado a la altura de Río Frío por unos bandoleros melómanos que, además de desposeerle de todo lo que llevaba, escarnecieron al tenor sevillano obligándole a cantarles una selección de sus mejores arias.

Tras la clausura del teatro, Waldeck empezó a vivir de noche y a frecuentar garitos y cantinas, locales mal ventilados donde el humo de los puros se mezclaba con el olor a sudor y pulque rancio. Allí hombres de la más variada condición apostaban todo lo que tenían a los naipes y las peleas de gallos: dinero, joyas, caballos, incluso las escrituras de sus casas. Comerciante hubo que perdió en unas horas lo que había tardado veinte años en ahorrar vendiendo telas.

—Una mano más, solo una —decían que suplicaba mientras lo sacaban a patadas por la puerta.

A punto estuvo Jean-Frédéric de perderlo todo también, pero Coatlicue se encargó de que no lo hiciera. Es más, no solo le permitió ganar unos pesos, sino que le reveló la pasión que los mexicanos sentían por el trago y el juego y le animó a abrir él mismo un local parecido, aunque dirigido a un público mucho más refinado, en pleno centro de México.

Situado en la antigua calle del Espíritu Santo, el salón no tardó en contar entre sus clientes habituales a algunos de los personajes más notables de la ciudad. Nada allí recordaba a los tugurios donde Jean-Frédéric había aprendido el oficio. Hizo tapizar las paredes de damasco, colgar espejos traídos de Puebla y disponer las mesas a suficiente distancia unas de otras para que los caballeros pudieran arruinarse con discreción. Se servían vinos de importación y un aguardiente que, decían, no se encontraba mejor en toda la capital. Él mismo recibía a los clientes, repartía saludos en tres idiomas y, cuando la ocasión lo merecía, les cantaba una de esas arias de Rossini que tanto le habían gustado a Coatlicue.

Se decía a sí mismo que todo ello lo hacía por María y por Fritz, aunque la realidad distaba mucho de ser así. La mayor parte del dinero lo gastaba apenas entraba o iba a parar a otras manos, pues nadie montaba un negocio así en México que no necesitara sobornar a algunas de las autoridades competentes. El resto —del que su mujer dependía para sobrevivir en Inglaterra— lo dedicó a adquirir antigüedades, tal y como hacían por entonces el comerciante alemán Karl Adolf Ühde y otros extranjeros cuya compañía frecuentaba; todos ellos movidos por el altruista deseo de dar a conocer México al mundo mientras intentaban llenarse los bolsillos.

Así, lo que empezó con una compra ocasional, una figurita de jade con forma de liebre, no tardó en convertirse en una obsesión. Se repetía una y otra vez que aquello era una inversión, que revendería con beneficio lo adquirido y entonces sí, entonces mandaría a su familia el doble de lo prometido; o que volvería a Londres con ello, seguro de que Bullock o el mismísimo lord Kingsborough sabrían recompensar adecuadamente sus esfuerzos. Sin embargo, allí donde

fuera le acompañaba un sentimiento sordo de culpa que continuaba por las noches, en sus pesadillas. En una de ellas vio a María rodeada de flores de cempasúchil y con un vestido de color anaranjado, trayendo la calavera de Fritz entre sus manos.

—Jean, mi querido Jean... —le dijo el fantasma de María, acercándole el despojo a los labios—. Ven a darle un beso de buenas noches a tu hijo.

Finalmente, llegó el día que Coatlicue había estado esperando. Durante uno de sus paseos por el centro de la capital, unos caballeros le ofrecieron unos papeles viejos y arrugados que guardaban sin mucha ceremonia en una especie de carpeta. Al principio, los recibió con indiferencia, pero apenas vio lo que contenían, Jean-Frédéric dio un salto. No lo podía creer. Eran las mismas figuras, los mismos colores e incluso el mismo olor a piedra y moho que le había parecido percibir aquella noche en la que se disponía a abandonar Tlalpujahua para siempre. Era el Tonalamatl. No cabía duda, aunque no le ofrecían más que unas pocas páginas y no el libro completo. Lo lamentó, pero tampoco le extrañó. A principios del siglo XIX era habitual en México que códices y documentos antiguos fueran vendidos por trozos para aumentar su valor.

Waldeck sabía que no podía dejar pasar la oportunidad.

—¿Dónde está el resto?

—No lo sé, señor. Eso es todo lo que tenemos —dijo uno de los vendedores, desenvolviendo el manuscrito sobre una mesa mugrienta.

—¿Y cuánto piden por esto? —preguntó Waldeck, sin apartar la vista de los glifos pintados.

—Quinientos pesos.

—¿Cómo? Nadie sale a pasear llevando quinientos pesos encima.

—Entonces no hay trato.

Waldeck se llevó la mano al bolsillo del chaleco y sacó su reloj.

—¿Y esto? ¿Qué le parece esto? Un Robert Roskell de oro con jabonera. Montado con seis piedras.

El vendedor tomó el reloj, lo sopesó, lo acercó a la luz. Luego, sin ceremonia alguna, le dio un mordisco.

—¿Oro de verdad?

—Por supuesto —mintió Waldeck.

El hombre examinó la marca de sus dientes en el metal, todavía desconfiado.

—No sé...

—Es un reloj inglés. Vale el doble de lo que pide por esos papeles.

—¿El doble?

—Al menos.

El vendedor miró el reloj, luego el manuscrito, luego otra vez el reloj y finalmente a su compañero, que asintió.

—Está bien. Trato hecho.

No era un mal cambio: una máquina del tiempo a cambio de un fragmento del libro de los días o del destino.

—No podía dejarlo pasar. Tú habrías hecho lo mismo, querida —le escribió a María esa misma tarde.

Las fuertes sumas de dinero que, noche tras noche, cambiaban de manos en la casa de juego no tardaron en granjear a Waldeck la animadversión de los perdedores. Algunos, sospechando que en el

local se jugaba con cartas marcadas, comenzaron a acecharlo en las esquinas o a pasarle anónimos por debajo de la puerta. No faltó quien le amenazara con hacerle emparedar, aunque no sin antes romperle las piernas y arrancarle las uñas. Así que, temiendo ser víctima de una venganza a la mexicana, de esas que dejan a los cadáveres tomando el sol en las acequias, decidió vender discretamente su parte del negocio a sus socios, personas más curtidas que él en el trato con ese tipo de alimañas y malas hierbas.

Las cartas de María, siempre escasas, se hicieron cada vez más duras. Le reprochaba la distancia y el haberlos dejado prácticamente en la indigencia.

—Fritz pregunta por ti cada noche. Le digo que su padre volverá pronto, pero ya no me cree.

Jean-Frédéric apenas si hizo caso al reproche de su mujer. El lugar que antaño esta ocupara en su cama lo ocupaban ahora Mariquita y Vicentita, las hijas de su lavandera, a las que no tardó en unírsele también Encarnación, su cocinera, a la que terminaría dejando embarazada, si bien nunca mostró por ese hijo —Federico Augusto Tirso se llamaba— el más mínimo interés.

Lejos de ocultarle a María estas y otras infidelidades, se las contaba con pelos y señales en sus cartas. Quizás buscara vengarse de ella, movido por los celos de imaginarla acostándose con otros hombres para poder sobrevivir; o quizás para que le absolviera, pues a veces le pedía disculpas por su franqueza, diciendo que lo hacía para no volverse loco en ese manicomio de dioses y de piedras que era México.

—¿Cuántos hombres en mi lugar no convendrían en ello y cometerían mil delitos en lugar de uno? —le dijo a Ühde una tarde.

—Sin duda, Herr Waldeck, sin duda; yo, el primero.

Fuera como fuese, sus sueños no tardaron en llenarse de mujeres, y no solo de mujeres vivas, sino de cadáveres de miembros mutilados que se acercaban a besarle vomitando sangre.

Los meses siguientes los dedicó a pintar y comprar antigüedades, visitando todos los lugares que podía en los alrededores de México, excavando en ocasiones con sus propias manos en busca de objetos de otros tiempos. Para evitar que le robaran o copiaran sus dibujos, se preocupó de firmarlos todos, cosa que también hizo con los manuscritos que poseía, dejando constancia de que eran suyos.

La calidad de sus ilustraciones atrajo al fin la atención de Isidro Icaza, miembro de la Soberana Junta Provisional Gubernativa y primer director del Museo Nacional, a cuya instancia produjo una serie de láminas en las que plasmó con exquisito detalle no solo la famosa piedra del sacrificio, sino ruinas, estelas, bajorrelieves, figuras de piedra y de barro, fragmentos de manuscritos, recreaciones históricas y hasta la famosa estatua de Coatlicue, quedando la diosa tan complacida de cómo la había retratado que esa misma noche le obsequió con cinco espantosas pesadillas.

Entre una excursión y otra, fue tomando forma en su cabeza la idea de crear un álbum monumental que representase el pasado de México. Estimaba que cada uno de sus dibujos le reportaría aproximadamente ochenta piastras, pero que tendrían todavía más valor si añadiera a las ilustraciones y documentos que ya poseía otras procedentes de Yucatán y, especialmente, de Palenque. Sin embargo, moverse por aquellas zonas, solo, y sin permiso del gobierno, era no menos peligroso que gestionar una casa de juego en la ciudad de México. Así pues, con su tradicional aplomo, decidió

presentar el proyecto a Icaza y al prominente político, historiador, empresario y naturalista mexicano Lucas Alamán.

—Es un plan ambicioso, señor Waldeck —dijo Alamán en su despacho, sin levantar la vista de los bocetos.

—Y necesario. México debe conocer su propia grandeza.

—¿Y dice usted que, aparte de sus honorarios, necesitaría veinte soldados y veinte mulas?

—Como mínimo. Las ruinas están en zonas peligrosas.

—Y usted sería el único ilustrador, si lo entiendo bien.

—Naturalmente. Nadie en México tiene mi experiencia.

Alamán cerró la carpeta.

—Lo estudiaremos. No le prometo nada.

—¿Cuánto tiempo...?

—Ya le avisaremos.

Jean-Frédéric sabía que eso significaba nunca. Inasequible al desaliento, trató de convencer del éxito de la empresa a otros caballeros, incluyendo al recién llegado vizconde de Chaptal, pero ni siquiera con semejante gigoló, acostumbrado a despilfarrar el dinero de su padre, obtuvo el éxito esperado. Al enterarse de que su competidor y antiguo amigo Karl Adolphe Ühde había partido hacia Palenque con intenciones similares, Waldeck decidió arriesgar el todo por el todo y no esperar más.

Para evitar el destino que había tenido la colección de Boturini, dejó sus códices y documentos doblados y marcados con su firma en casa de un conocido para que los enviara a Europa. Antes de envolverlo, desplegó una última vez su fragmento de Tonalamatl. Era el único objeto en México que le recordaba a María. No pudo mirarlo por más de un momento. Envolvió el texto en papel de estraza, lo

ató con un cordel y lo puso con el resto. Después escribió una breve carta a su mujer, de la que no sabía nada desde hacía meses, para anunciarle que, con el apoyo del gobierno o sin él, también él había decidido partir a Yucatán:

—Lo demás, querida, ya no importa.

El viaje fue una auténtica odisea, plagado de desavenencias y discusiones con sus porteadores, a los que obligaba a llevarle auestas en una silla cubierta que había construido específicamente para esa función. Una vez en Palenque, construyó una cabaña de barro a los pies del Templo de la Cruz con un techo de ramas de árbol y hojas de palma, sin ventanas y con tan solo una puerta, en la que no había más mobiliario que dos camas, una mesa y una repisa que contenía sus medicinas, frascos con ejemplares de reptiles e insectos y un par de libros de historia natural. Del techo colgaban los víveres para ponerlos a salvo de las hormigas y, en un lado, apilados contra la pared, estaban los fusiles y algunos instrumentos. Un gallinero sólidamente apuntalado para evitar que las gallinas sirvieran de merienda a los jaguares, y una cocina que servía además de cuarto para sus domésticos, José López y su esposa María Sánchez, que le sirvieron de modelos de los indios palencanos en sus dibujos, completaban el recinto.

Dedicó el tiempo que estuvo allí a copiar ruinas, estelas y jeroglíficos, convencido de que solo acumulando el mayor número sería posible descifrar lo que decían. En ellos creyó encontrar evidencia de que los mayas eran el vestigio de una antigua civilización asiática con conexiones egipcias, de que habían poseído

y adorado a los elefantes y que habían sido gobernados por una raza de mujeres libertinas descendientes de Votán, el organizador del cosmos y fundador de Palenque, según los cronistas coloniales. Dedujo que el templo conocido como El Palacio —que ya reflejara Armendáriz— había sido la residencia de una poderosa reina que usaba como especie de sofá un tigre de dos cabezas, que algunos de los estucos representaban símbolos fálicos y que las celdas sin ventanas del edificio habían servido para bacanales secretas. Él mismo tampoco dejó pasar cuanta ocasión tuvo para acostarse con las descendientes de esas intrépidas amazonas, al menos hasta que finalmente contrajo gonorrea y tuvo que abandonar las ruinas para buscar remedio en Tabasco.

El médico, un mestizo que no veía la hora de abandonar la región, le examinó sin levantar la vista.

—¿Cuántas mujeres?

—¿Es eso relevante?

—Para el tratamiento, no. Para mi curiosidad, sí.

—No le concierne.

—Ya veo. Pues tendrá que aplicarse mercurio. Dos veces al día. Durante un mes.

—¿Mercurio? ¿No hay otra cosa que pueda recetarme?

—Si gusta, puede probar con oraciones. Dicen que funcionan igual de bien.

Waldeck pagó por el ungüento sin decir palabra. Las pesadillas, que le acompañaban allí donde iba, se hicieron todavía más vívidas tras su enfermedad venérea. A veces soñaba que le perseguían las serpientes, otras que él y su porteador se hundían en las tierras cenagosas, y aun otras que las monstruosas figuras de los dioses

mayas se levantaban de sus tumbas de piedra y cobraban vida mientras dibujaba.

Mandó a lord Kingsborough alguno de sus dibujos y el noble irlandés le respondió agradecido, prometiéndole incluir sus láminas como parte de su colección *Antiquities of Mexico*. Animado por su respuesta, se propuso además obtener la succulenta recompensa que, según le habían dicho, había prometido la *Société de Géographie de Paris* al primero que fuera capaz de proporcionar una reproducción exacta de todos aquellos monumentos. La esperanza de un reconocimiento tangible pareció devolverle los ánimos y dar sentido a sus desvelos.

Entre tanto, le llegaron noticias de que su detestado Rivafinoli había huido de México tras la quiebra de la Compañía Minera de Tlalpujahua. Un tratante de ganado que pasaba por Palenque de camino a Guatemala le contó los detalles.

—Dicen que se llevó toda la plata que quedaba en las arcas.

—¿Y el alcalde y el cura?

—¡Uy, esos! Esos lo buscan para matarlo.

—¿Y sabe a dónde fue?

—A los Estados Unidos. A las minas de Carolina, me dijeron.

Esas y otras cosas le contó aquel inesperado visitante, a las que Jean-Frédéric apenas dio importancia. Toda su obsesión consistía en captar hasta el último detalle de las ruinas que le rodeaban con la exactitud de un geómetra y la devoción de un místico. Se levantaba antes del amanecer para estar listo cuando los primeros rayos de luz iluminaran los relieves, y pasaba horas enteras midiendo proporciones, copiando inscripciones y trazando líneas, siempre pendiente del cielo, no fuera a ser que una súbita tormenta diera al

traste con todo su esfuerzo. Dedicado completamente a sus mediciones y dibujos, su vida antes de Palenque le parecía distante, casi irreal. Pero si él se había olvidado de la ciudad de México y del gobierno mexicano, el gobierno mexicano no se había olvidado de él. Como tampoco lo había hecho Coatlicue, la de la falda de serpientes.

Entre los enemigos que se granjeó durante su estancia en Yucatán estaba el general Francisco de Paula Toro, cuñado de Antonio de Padua López de Santa Anna y gobernador del Estado, que había recibido órdenes de la capital de que vigilase lo que se traía entre manos. Fue este el que, aprovechando que Waldeck se había refugiado en Mérida huyendo de la epidemia de cólera que se decretó en la zona, hizo que el alcalde de la ciudad se presentase en su domicilio y le embargara todas las antigüedades que tuviera en su poder, incluyendo los dibujos, manuscritos y papeles de cualquier clase y condición que portara consigo. Jean-Frédéric, que ya había mandado a Europa parte de ese material, incluyendo el Tonalamatl, se vio así despojado de un buen número de los esbozos y láminas que había realizado desde su llegada, quedándole de todo ello tan solo un recibo de lo que se habían llevado y un pequeño ídolo de jade groseramente esculpido que escapó de la atención del alcalde y sus acólitos.

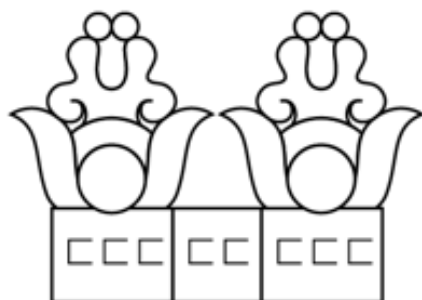
—Un consejo de amigo, Mr. Waldeck —le dijo el alcalde antes de salir—. Váyase. Váyase lo antes posible.

—¿De Yucatán?

—No se haga el pendejo. De México, Mr. Waldeck. De México.

Derrotado, el 24 de marzo de 1836 Jean-Frédéric zarpó de Veracruz. Esa noche, en su camarote, tuvo una última pesadilla. Soñó que caminaba por las salas de un Egyptian Hall vacío de gente.

Docenas de cartas, como las hojas secas de un árbol, estaban desperdigadas por el suelo. Reconoció la letra. Eran las cartas de María. Las había escrito, una por una, durante todos esos años, sin que jamás llegaran a sus manos. Siguió su rastro. Soñó que atravesaba el recinto por el que otrora deambulaba José Cayetano como un tigre encerrado, y que llegaba a la estancia donde Bullock le enseñara la piedra del Sol y los dibujos de Aglio. Allí encontró la última de ellas y, antes de despertarse llorando, vio a María, con el pecho abierto de par en par, desangrándose a los pies de Coatlicue, la de la falda de serpientes, que parecía decirle adiós con su lengua viperina.



5.

Una caja de zapatos

EL COCHE, un Datsun color blanco, estaba estacionado al otro lado de la calle, en un barrio popular de Cancún. Dentro, el conductor, un hombre de tez cobriza y grandes bigotes negros, hacía tamborilear los dedos sobre el volante, siguiendo a través de sus gafas oscuras a las personas que pasaban por la calle.

—Ese es, jefe.

—¿Lo levantamos? —preguntó su compañero.

—No. Todavía no —respondió el comandante Florentino Ventura, de la Interpol mexicana, desde el asiento de atrás.

Ignorante de que estaba siendo vigilado, Castañeda del Valle caminaba tranquilamente por la acera, y se había detenido a saludar a un vecino. Florentino lo escudriñaba de arriba a abajo.

—Míralo. Guayabera blanca. Cara de pendejo. Puso hasta su dirección en el registro de la biblioteca.

—¿Y? —intervino uno de sus dos hombres.

—Para mí que ese güey tiene pinta de *amateur*. Y los *amateurs* cometen errores. Déjenlo moverse.

El que se sentaba en el asiento del conductor dejó de dar golpecitos al volante.

—Muy bien, pero ¿y si se nos escapa?

Florentino sonrió. A él nunca se le escapaba nadie, mucho menos un quedado como ese.

Por aquella época, el comandante Florentino «el Tigre» Ventura era ya una leyenda en México. Su fama no haría más que crecer en los años siguientes, hasta el punto de que el grupo norteño Los invasores de Nuevo León terminarían dedicándole el corrido que lleva su nombre. Natural de Colima, cuna de hombres cabales, se decía que Florentino había intentado ser torero y sacerdote antes de convertirse en agente del orden. Una vez en el cuerpo, no tardó en destacar tanto por su perspicacia como por su falta de escrúpulos. Ambas cualidades le llevaron a convertirse en la cabeza de la Interpol en México y una de las figuras más notables en la lucha contra el narcotráfico, lo que le granjeó algunos amigos y no pocos enemigos. Ni muy alto ni muy bajo, de complexión fuerte, risa fácil y amante del *whisky*, la DEA lo consideraba el mejor, y el peor, policía de México, alguien capaz de torturar a un sospechoso con la misma tranquilidad con la que se liaba un cigarrillo.

El caso que ahora tenía entre manos era posiblemente el más inocuo de toda su vida profesional. José Luis Castañeda del Valle no era un narcotraficante ni uno de los muchos subversivos de

izquierdas a los que Florentino había ajustado las cuentas a lo largo de su carrera, pero a él tanto le daba cuál había sido su crimen. Una vez que las autoridades francesas transmitieron el nombre del ladrón y su descripción física a la Interpol, era solo cuestión de tiempo que el asunto acabara en su escritorio.

No le resultó difícil encontrarle. Para estupefacción de la policía francesa y mexicana, José Luis había apuntado su verdadero nombre y dirección en el registro de la Biblioteca Nacional de Francia y en el hotel en el que se había alojado en París. Ese era un gesto cuando menos inusual en el gremio de los delincuentes con los que Florentino estaba habituado a tratar. Si decidió no detenerlo en ese mismo instante fue porque, como le dijo a su subordinado, le picaba la curiosidad por saber si formaba parte de una red más amplia de traficantes de antigüedades o si había actuado protegido por algún cretino del gobierno. Mejor asegurarse de que no hubiera actuado por orden de algún pez gordo, no fuera a ser que, intentando atrapar a una lagartija, metiera la mano en un avispero.

Los hombres de Florentino, policías curtidos, vestidos de paisano y acostumbrados a mezclarse con el populacho, lo observaron durante días dirigirse a la pista de atletismo cada mañana. Calentaba durante diez minutos con una seriedad digna de un dios olímpico y luego echaba a correr con una zancada larga y algo torpe. Sentados en las gradas, los policías apuntaban todo lo que les llamaba la atención, con quién hablaba cada vez que se detenía a saludar a alguien e, incluso, por puro aburrimiento, cuánto tardaba en darle una vuelta a la pista.

—¡Qué bárbaro! Lleva ya cuarenta minutos sin parar —dijo uno.

—Eso lo explica.

—¿Explica el qué, güey?

—Qué va a ser, pues, que no lo atraparan los franceses. Míralo nomás. Corre como conejo.

Por más que preguntaron, ninguna de las personas con las que hablaron los hombres de Florentino tenía la más mínima conexión con el mundo del arte o de las antigüedades ni dejaban entrever —o podían siquiera imaginar— que José Luis pudiera estar involucrado en algo turbio, y mucho menos en un robo con importantes ramificaciones internacionales.

—Lo adoran, jefe. El güevón sería el esposo ideal de la madre Teresa de Calcuta.

—Sí, y yo una de sus monjas —respondió Florentino—. Sigan. Sigan.

Tampoco en la escuela de fútbol «Quetzalcóatl», a la que iba un par de veces por semana para entrenar a los chavales y jugar él mismo como alero en el equipo de las categorías superiores, tuvieron más suerte. Había grupos de niños corriendo detrás del balón por todas partes, arremolinándose en torno a las porterías con la universal esperanza de marcar gol. En un momento dado, una pelota acabó a los pies de uno de los hombres de Florentino, al que le llamó la atención algo que el mocoso que vino a buscarla llevaba colgado al cuello y que no supo identificar.

—Oye, qué bonito es eso que llevas —le dijo al pasar a su lado.

El niño lo miró con orgullo.

—Me lo trajo José Luis de su viaje. De Egipto, ¿sabe? Llegó hace como dos meses, bien emocionado. Dijo que había ido a ver las pirámides y que eran lo más parecido que había visto a Teotihuacán, pero más grandes y más viejas y sin la selva.

—¿Y qué cosa es?

—Dice que es un amuleto. Un escarabajo. Que en el antiguo Egipto eran sagrados. Me lo regaló porque dice que tengo cara de faraón.

Desde el campo se escuchó un pitido, indicando que el entrenamiento iba a recomenzar.

—Ándale, ándale. Que llegarás tarde, faraón.

Algo más de suerte tuvieron Feliciano y sus hombres durante el registro del despacho, situado en una zona céntrica de Cancún, cerca del parque de las Palapas, en un edificio de dos o tres plantas construido a toda prisa en los años setenta y que ya empezaba a mostrar el desgaste del clima caribeño.

No les costó mucho entrar. Una patada en la puerta y listo. Una vez dentro, lo revolvieron todo en busca del Tonalamatl. No lo encontraron, pero sí hallaron el resguardo de un billete de tren con destino Bruselas y un sobre con fotos: José Luis en El Cairo; José Luis dando un paseo en camello alrededor de las pirámides; José Luis comprando azafrán, comino o cardamomo en el bazar de Jan el-Jalili; José Luis en el Café Riche o en El Fishawy, disfrutando de una *shisha* y de un té de hibisco; José Luis ante la máscara de Tutankamón en el Museo Egipcio; José Luis abrazado al guía local, borrachos los dos como cubas, sosteniendo unas babuchas. En unos cajones aparecieron también notas, números de teléfono, dibujos y varios artículos académicos sobre astrología azteca. No se llevaron nada excepto algo de dinero y unas pocas cosas de valor, de tal forma que Castañeda del Valle no sospechara de que tenía a la policía pisándole los talones y pareciera que el destrozo lo habían causado unos simples rateros.

Con esa información y otras obtenidas de sus propias fuentes, Feliciano regresó al D. F. y consultó con sus superiores sobre los pasos a dar, pues había varios cabos sueltos que no acababan de cuadrar. Había indicios que apuntaban a que Castañeda del Valle podría haber pasado por Madrid, donde habría intentado robar sin éxito el *Códice Trocortesiano*, el más extenso de los códices mayas conocidos y que, como el Tonalamatl, es también un manual de adivinación y rituales religiosos. Por su parte, los servicios de seguridad franceses aseguraban tener pruebas de que José Luis Castañeda del Valle se había detenido en Nueva York antes de volver a México. Allí habría intentado vender el Tonalamatl a varios conocidos anticuarios de la Gran Manzana. Desde luego, no era una posibilidad descabellada. Si alguien quería deshacerse rápidamente de un manuscrito como el Tonalamatl, Nueva York era sin duda el sitio al que dirigirse.

—Pero qué quiere que le diga, jefe —señaló Florentino a su superior—. Los gringos que yo conozco no se fiarían de un *amateur*, sobre todo cuando hay una orden de busca y captura de la Interpol. Con un poco de suerte, quizás el muy cretino todavía tenga en su poder el documento y esté buscando comprador.

Florentino conocía a su jefe desde hacía más de una década. Era un hombre de pocas palabras y muchas precauciones, cualidades que le habían permitido sobrevivir a cuatro sexenios y dos cambios de procurador sin que nadie le hubiera puesto una bala entre los ojos u obligado a que vaciara su escritorio.

—¿Y estás seguro de que no hay nadie detrás? —preguntó finalmente.

—Nadie que hayamos encontrado, licenciado. Lo hemos revisado de arriba abajo. El tipo actúa solo. No tiene conexiones con ninguna red conocida, ni nacional ni internacional. Sus contactos son un abogado de cuarta, dos o tres periodistas de provincia y una escuela de fútbol infantil.

—¿Y políticamente?

—Nada. Es del PRI de toda la vida, como todos, pero sin militancia activa. Nunca ha tenido cargo, nunca ha pedido favores, nunca ha cobrado ninguno.

El jefe de Florentino asintió muy despacio, sin cambiar de postura.

—Tú me estás diciendo que este individuo actuó por su cuenta, pero ¿no podría haber sido una operación encubierta? ¿Alguien del gobierno que quería un golpe de efecto? El presidente López Portillo ha hecho de la recuperación del patrimonio cultural una de sus banderas. Lo ha mencionado en no sé cuántos discursos.

Florentino tardó un segundo antes de responder, el tiempo justo para no parecer desconsiderado.

—¿Una operación encubierta financiada por el INAH, licenciado? Pero si esos no tienen donde caerse muertos. He visto sus instalaciones en Cancún. Tienen un Volkswagen del 71 sin cuarta velocidad y una secretaria que hace las veces de arqueóloga los fines de semana. Es posible encontrar algún comunista entre ellos, pero no creo que esto haya sido una conjura de historiadores.

Bermúdez no sonrió, pero no porque no le hiciera gracia el chiste, sino porque una extraña convulsión de la cara delataba que sus músculos faciales habían olvidado cómo hacerlo.

—En México nunca se sabe, Florentino. Déjame hacer un par de llamadas. No cuesta nada asegurarse.

—Como usted diga, licenciado.

—Y mientras tanto, no lo pierdas de vista. Que no se nos vaya a Egipto otra vez.

—Descuide.

Florentino salió del despacho con la certeza de que las llamadas no revelarían nada que él no supiera ya, pero también sabiendo que habría sido irresponsable por parte de su jefe no hacerlas. Unos pocos días después, con la tranquilidad de quien cree tener todos los triunfos en la mano, el jefe de Florentino firmó la autorización judicial para detener a José Luis Castañeda del Valle y registrar su apartamento en Cancún.

Florentino la leyó dos veces para asegurarse de que todo estaba en orden, la dobló, se la guardó en el bolsillo interior de la chaqueta y encendió un cigarrillo.

—Vámonos —dijo a sus hombres con un tono similar al que Julio César habría empleado para arengar a sus legiones si hubiera sido mexicano.

Los agentes irrumpieron en el apartamento un martes por la mañana, antes de que José Luis saliera a tomar un café en el bar de la esquina, como era su costumbre. Dos de ellos subieron las escaleras exteriores del edificio mientras Florentino esperaba fumando en el coche, como aguardando el momento adecuado para hacer su aparición. La mañana olía a salitre y a tortillas recién hechas, y alguien tenía puesta la radio con las noticias de las siete.

El apartamento estaba en el segundo piso. La puerta era de madera, con una cerradura que no habría sobrevivido ni diez segundos en el D. F., pero que aquí, en el Cancún de los años ochenta, se consideraba más que suficiente. Los agentes dudaron si

echarla abajo a las bravas, pero, por una vez en su carrera y sin que sirviera de precedente, llamaron a la puerta. Nada. Volvieron a llamar. Ya estaban por cargar contra ella cuando escucharon un ruido de pasos. Luego silencio. Finalmente, la puerta se entreabrió hasta donde lo permitía una pequeña cadena de seguridad y Castañeda del Valle se asomó, todavía medio adormilado, por el resquicio.

—¿Quién...?

—Policía federal. Abra la puerta.

Por un instante dudó si cumplir la orden, pero no habría tenido mucho sentido resistirse: hasta un simple empujón habría sacado la cadena de madre. Entornó la puerta, descorrió el cerrojo y abrió.

Los agentes lo encontraron vestido tan solo con una camiseta blanca y unos calzoncillos con estampado de palmeras. La toalla en el hombro indicaba que le habían sorprendido en el momento justo en el que se disponía a darse una ducha. Domínguez le mostró la placa. Castañeda la miró con atención, como intentando verificar que era auténtica, cosa imposible de conseguir en los brevísimos instantes en que la tuvo delante de sus narices.

—Necesito ponerme los zapatos... un pantalón... —dijo.

—Después —respondió Domínguez, mientras su compañero miraba en las habitaciones para asegurarse de que no había nadie más en el departamento.

—Está limpio.

Uno de ellos agarró un *walkie-talkie* y le comunicó la información a Florentino, el cual arrojó por la ventana el cigarrillo que estaba fumando y salió del vehículo ajustándose las gafas de sol, con la

cabellera resplandeciente y ese paso lento pero firme que le había hecho merecedor del apodo el Tigre.

El apartamento era como tantos otros de la zona: pequeño, algo caótico, con los platos de la noche anterior sin recoger y una maquinilla de afeitar usada en el lavabo, señales inconfundibles de un hombre que vive solo y no espera compañía, y mucho menos femenina. Pilas de revistas y periódicos se acumulaban sobre la mesa del comedor, al lado de una Olivetti que tenía todavía una hoja a medio escribir en el carro, como si a la pobre máquina le hubiera dado un síncope y hubiese expirado en mitad de una frase. En el salón, un mapa de México sujeto al muro con chinchetas de colores y un póster promocional de Cancún daban algo de color a una pared en cuyas esquinas se observaba moho y otras marcas de humedad.

Cuando Florentino llegó al apartamento, José Luis estaba sentado en el borde del sillón, con los codos en las rodillas y las manos juntas, dejando hacer a los agentes, que abrían cajones y armarios y esparcían sus contenidos por doquier de mala manera. Podría haber evitado el registro, pues le habían comunicado claramente lo que buscaban, pero él —normalmente locuaz— había optado por no decir nada, todavía en estado de shock. Florentino se limitó a dejar que sus hombres hicieran su trabajo, apoyado en el marco del umbral, observando a su presa detenidamente, aguardando el instante final en el que uno de los suyos decía en voz bien alta, de forma que al sospechoso se le hiciera un nudo en la garganta:

—Aquí hay algo, jefe. Venga.

Efectivamente, encontraron a Tláloc, Tezcatlipoca, Xiuhtecuhtli y el resto de los dioses y Señores del Día y de la Noche que pueblan el Tonalamatl escondidos en un armario del dormitorio, dentro de una

caja de zapatos, indignados de haber pasado casi dos meses en tan impropio aposento.

Florentino regresó al salón llevando el Tonalamatl en una mano y la caja en la otra.

—¿Una caja de zapatos? —le dijo a José Luis—. ¿En serio?

Castañeda no respondió. Apenas si acertó a levantar la mirada y poner cara de conejo asustado. Tuvo el impulso de confesarlo todo ahí mismo, de contarle a ese guerrero temible de gesto fiero y traje impecable: cómo había robado el Tonalamatl de la Biblioteca Nacional de Francia; a dónde había ido después; con quién había hablado; por qué no se había ido derecho al INAH a depositar el documento nada más aterrizar en México; qué le había llevado a guardarlo en su apartamento durante casi tres meses desde entonces; qué pensaba hacer con él; todo, confesarle todo. Y lo habría hecho si sus estudios de leyes y sus años de abogado no se hubieran interpuesto, de tal forma que lo único que acertó a balbucear fue:

—Conozco mis derechos.

Florentino sintió el impulso de darle un par de bofetadas bien dadas. Al fin y al cabo, hacerlo casi formaba parte del procedimiento reglamentario de la policía judicial en estos casos, pero su instinto, que tanto le había servido en otras situaciones, le decía que en esta ocasión era mejor contenerse.

—Levántenlo. Nos lo llevamos.

Uno de los agentes se acercó.

—¿Nada más, jefe?

—Nada más. Ya le romperemos la madre más adelante, si hace falta.

Lo llevaron primero a la comisaría de la Policía Judicial Federal en Cancún. Allí, le tomaron los datos, le fotografiaron de frente y de perfil e hicieron una impresión de sus huellas con una tinta azul que tardó tres días en quitarse de los dedos.

La declaración duró casi nueve horas. Florentino dejó que un agente de bigote escaso y bolígrafo mordisqueado, al que apodaban la Apisonadora, hiciera las preguntas. El apodo no le venía por su brutalidad física —de hecho, era un tipo bajo, de constitución más bien enclenque y gafas de alambre—, sino por su capacidad para aniquilar psicológicamente a quien se le pusiera delante repitiendo sin cesar la misma cantinela. Como todos, José Luis se mantuvo en sus trece al principio, y no soltó ni prenda, pero poco a poco la Apisonadora empezó a hacer mella en él. Reconoció haber estado en París. Reconoció haber consultado los fondos mexicanos de la Biblioteca Nacional de Francia. Pero no reconoció haber sustraído nada. No aclaró si estuvo o no estuvo en Madrid, ni qué había hecho durante su escala en Nueva York.

Los cargos formales se le comunicaron al día siguiente. Estaba detenido por tráfico de bienes culturales, sustracción de patrimonio ajeno y violación de la legislación internacional sobre protección de monumentos y antigüedades. El abogado de oficio que le asignaron era un hombre joven, recién salido de la facultad, con una americana que le quedaba algo grande y un maletín de cuero sintético. Tenía cara de no haber dormido bien las últimas semanas, aunque más por trasnochar con turistas canadienses hasta altas horas de la madrugada que por quedarse en vela preparando las vistas del día siguiente.

—Voy a hacer todo lo que pueda —le dijo en el primer encuentro, con una convicción que, a pesar de todo, sonaba genuina.

—¿Cómo lo ve? ¿Muy mal?

—No. No se crea. Al parecer, las autoridades dudan si es mejor extraditarle a usted a Francia o ahorrarse el pasaje y enviarlo directamente a la Guyana —respondió, intentando quitar hierro al asunto.

José Luis pasó dos noches en los calabozos de la comisaría dedicada a los delincuentes de tercera, es decir, a los que se juzgaba menos peligrosos. La celda era pequeña, con un catre de metal, una bombilla desnuda encendida permanentemente y una ventana con barrotes orientada a un callejón por el que, de vez en cuando, se escuchaba pasar una motocicleta. Compartió espacio durante unas horas con un anciano que había sido detenido por contrabando de tabaco y un muchacho de unos dieciocho años que se pasó los dos días durmiendo.

—Y a usted, ¿de qué lo agarraron? —le preguntó el anciano desde el otro catre.

—Robé un manuscrito de una biblioteca en Francia.

—Híjole. ¿Y valió la pena?

José Luis pensó en el Tonalamatl y consideró un momento la situación en la que se encontraba.

—Pues todo dependerá de los años que me caigan —suspiró.

Al contrario que su otro compañero de celda, Castañeda no durmió mucho esos días. Se quedaba mirando la bombilla desnuda como quien mira un pálido reflejo de Tonatiuh, el que va alumbrando, la deidad de lengua de cuchillo que aparece en el centro de la Piedra del Sol. Y, sin quererlo, sus pensamientos se iban

a los dioses que había tenido secuestrados en su caja de zapatos y que probablemente estarían prestando declaración contra él por las muchas ignominias que les había hecho pasar desde que agarraron el avión de vuelta a México.

—Pero ¿qué otra cosa podía haber hecho yo? —mascullaba en su catre José Luis—. Si no fui yo quien lo eligió, fue él quien me eligió a mí.

Y es que uno cree que es uno el que elige los libros, pero al final son los libros los que le eligen a uno, como el *Códice Calixtino* eligió al papa Calixto II. Había tratado de explicárselo a todos ellos como buenamente pudo muchas veces, pero tan solo Tlazolteotl, la devoradora de inmundicias, la que tiene el poder de perdonar faltas morales, por lo que se la suele representar defecando, estuvo dispuesta a escucharlo.

Contra todo pronóstico, quien también se tomó la molestia de escucharle fue el abogado de oficio, el cual no solo llevó el caso de forma más profesional de lo esperado, sino que, gracias a sus gestiones, Castañeda del Valle logró hacer llegar a sus conocidos una desesperada petición de ayuda. Estos fueron llamándose los unos a los otros hasta que finalmente la noticia de su encarcelamiento llegó a oídos de Lucía Carrillo, corresponsal de Televisa en Cancún y miembro de la Asociación de Periodistas del Norte de Quintana Roo, de la que Castañeda del Valle era asesor jurídico desde su fundación.

Lucía era una mujer de cuarenta y pocos años, menuda y de voz ronca de tanto fumar, que había cubierto huracanes, escándalos urbanísticos y más de un crimen que a punto había estado de costarle el pellejo, y que no se arrugaba a la hora de destapar

negocios turbios, ya fueran del tendero de la esquina o del hijo del gobernador. Ella y José Luis se conocían desde hacía tiempo y compartían las preocupaciones típicas de la profesión: la libertad de prensa, la independencia editorial, lo abultado del riesgo y lo escaso del sueldo. Hubo un momento, allá por los primeros años de la asociación, en la que todos daban por sentado que aquella complicidad terminaría por convertirse en otra cosa. Y no andaban muy desencaminados: una noche, en una marisquería del puerto, faltó muy poco para que la besara. Pero José Luis era hombre de aplazarlo todo, lo importante y lo intrascendente, y cuando quiso darse cuenta Lucía se había casado con un ingeniero de Mérida del que ya estaba, por cierto, oportunamente divorciada.

Los hombres de Florentino la habían investigado junto al resto de los miembros de la asociación y la habían descartado sin más, convencidos de que ninguno de ellos sabía nada del Tonalamatl ni del robo. Nomás supo dónde lo tenían detenido, Lucía se presentó en la comisaría esa misma tarde con ropa limpia para José Luis, una bolsa de tamales que el sargento de guardia inspeccionó detenidamente, quedándose finalmente con uno, y varios nombres y números de teléfono a los que pensaba llamar esa misma noche.

Cuando por fin estuvieron frente a frente, le dio un abrazo y bajó la voz para que el sargento no la oyera.

—Esto va a salir en el noticiero de las diez, José Luis. Ya me encargo yo. Para mañana lo sabe todo México.

—No quiero que te metas en líos por mí.

—Demasiado tarde. Tú dedícate a parecer inocente, que para eso tienes esa cara de angelito que Dios te ha dado.

José Luis esbozó una sonrisa por primera vez en dos días e intentó decirle algo, pero un carraspeo del sargento le recordó dónde estaba, y se calló, como siempre.

A pesar de sus esfuerzos, ni Lucía ni su abogado pudieron hacer nada contra la orden de trasladarlo por avión al D. F. que llegó temprano al día siguiente. De camino al aeropuerto, José Luis apenas si acertó a reconocer las calles que él mismo había recorrido tantas veces, tan escasa era la luz que entraba en el habitáculo. El trayecto se le hizo eterno, aunque probablemente no pasaran más de veinte o veinticinco minutos antes de que lo hicieran descender del vehículo y lo llevaran, a través de corredores reservados a empleados y fuerzas del orden público, hasta la aeronave que lo trasladaría a la capital. Una vez dentro, lo sentaron en el lado de la ventanilla, con Florentino Ventura a su costado, y un par de sus hombres en el asiento de atrás.

Antes de despegar, le quitaron las esposas.

—No se emocione, licenciado. Tan solo es para no tener que cargar con usted al hombro en el caso de que esta vaina tenga un accidente.

Aun así, Castañeda del Valle le agradeció el gesto.

Ya en el aire, el avión giró sobre el mar para tomar rumbo noroeste. De repente, Cancún se le apareció delante de los ojos en todo su esplendor desarrollista: una franja de arena entre el Caribe y la laguna Nichupté, con sus hoteles y sus hamacas, y más allá su característica cuadrícula de supermanzanas extendiéndose hacia el interior como un organismo insaciable. Unos minutos más tarde, el avión sobrevolaba la península de Yucatán. El verde uniforme e infinito de los árboles era interrumpido de vez en cuando por el

destello de un cenote o por el trazo geométrico de alguna carretera. Luego el verde fue haciéndose más claro, más seco, y aparecieron los primeros indicios de la llanura yucateca con sus pueblos blancos, sus plantaciones de henequén y sus solitarios caminos. Y después, durante un largo rato, la nada azulada del Golfo de México, el mismo desierto de agua que atravesaran Waldeck y Boturini en pos del documento que él había traído de vuelta a México.

—Mírelo bien, que igual no vuelve a ver el mar en una temporada —le dijo Florentino.

Castañeda no dijo nada. Florentino pidió un *whisky* a la azafata, que justo en ese momento pasaba a su lado. Saboreó el trago, y volvió a la carga.

—Y dígame, aunque solo sea para matar el aburrimiento, ¿por qué puso su nombre verdadero en el registro de la biblioteca?

—Porque yo no me robé nada —dijo Castañeda sin volverse, con una compostura que si Florentino hubiera estudiado literatura habría calificado de «quijotesca».

—¿Ah, no?

—No, yo recuperé algo que era nuestro. Los ladrones se esconden. Yo no tenía por qué.

Florentino consideró esto mientras le daba un sorbo al *whisky*. La explicación era una imbecilidad, pues José Luis había escondido en Tonalamatl durante meses en su apartamento sin razón aparente, pero hay imbecilidades e imbecilidades, y esta tenía cierta lógica, así que, para saber hasta dónde estaba dispuesto a llevarla, le pinchó un poco más.

—¿Y si le hubiera salido mal?

—Me salió mal —dijo Castañeda—. Fíjese dónde estoy. Sentado al lado de usted.

—Me refiero a si hubieran descubierto lo que llevaba antes de salir de la biblioteca.

—No sé. Habría dicho que iba a tomar un café y que ahoritita regresaba, que me daba no sé qué dejar a tanto dios suelto por la biblioteca no fueran a destruirla.

Florentino fue incapaz de reprimir una breve carcajada.

—Usted está bien loco, licenciado.

—Eso me han dicho.

Dos horas después, el Distrito Federal apareció por la ventanilla como una gigantesca mancha gris y marrón rodeada de montañas que se esfuerzan en vano por contenerla. El avión inició el descenso sobre Iztapalapa y Castañeda del Valle sintió que se le aceleraba el pulso. Le habrían venido bien un par de tequilas y un tranquilizante, como los que se tomó el día del robo. Una vez aterrizados, Florentino le puso las esposas de nuevo antes de que abrieran la puerta, más por costumbre que por miedo a que su prisionero fuera a salir corriendo.

—Disculpe, licenciado, pero usted me entiende... Las ordenanzas son las ordenanzas.

Con lo que no contaba Florentino era con que la prensa estuviera ya esperándoles a la salida de la terminal, intentando captar una instantánea del detenido y conseguir una declaración. El ruido de las cámaras y los *flashes* los rodeó por todas partes.

En la foto que al día siguiente publicara *El Universal* salen los dos. El comandante Florentino Ventura aparece vestido de traje y corbata, perfectamente peinado, con una raya a la izquierda y un

tupé que le cae sobre la frente, bigote y patillas a juego. Se diría que su mano derecha sujeta con fuerza el brazo izquierdo de José Luis, que está ligeramente adelantado, escorado hacia delante, como si estuviera esposado. Al contrario que su captor, mira a la cámara de frente, con una media sonrisa dibujada en el rostro que parece la de un escolar travieso al que el profesor estuviera sacando del aula de clase.

—Y estos pendejos —le preguntó a uno de sus hombres tras dejar atrás a los periodistas— ¿cómo se enteraron de que íbamos a estar aquí?

—No sé, jefe, pero parece que no se habla de otra cosa por la tele.

Efectivamente.

La noticia de que un mexicano se las había arreglado para robar un códice mesoamericano de la Biblioteca Nacional de Francia y traerlo de vuelta al país del que nunca debió salir corrió como la pólvora en los medios de comunicación de la capital y del país entero. Que se difundiera tan deprisa fue en parte gracias a Lucía Carrillo, que se pasó toda la noche colgada al teléfono, cobrándose, uno por uno, los favores que veinte años de profesión le habían ido dejando a deber. Contó, eso sí, con la ayuda inestimable del agregado de prensa de la embajada francesa en México, el cual generó un torrente de indignación a escala nacional al manifestar su «satisfacción» por la captura de José Luis Castañeda del Valle e insistir en que daría los pasos oportunos para recuperar lo que «es nuestro», refiriéndose al Tonalamatl.

El gobierno, que apenas si había prestado atención al caso, se apresuró a cambiar su posición. El país atravesaba un periodo de

profundas turbulencias financieras que habían puesto a la administración del presidente López Portillo contra la pared. Lo último que necesitaba era que además se le viera como un lacayo de Francia, y precisamente en un tema —la recuperación del patrimonio arqueológico mexicano— que había sido una de sus banderas durante los años anteriores. Si las relaciones con Mitterrand y sus secuaces tenían que irse al carajo, que se fueran.

La Procuraduría General de la República anunció la liberación sin cargos de José Luis Castañeda del Valle apenas unas horas más tarde. Aseguraba carecer de argumentos para imputarlo formalmente y contradecía el rumor según el cual las autoridades habrían considerado la posibilidad de extraditarlo a Francia para que rindiera allí cuenta de sus acciones. Hurgando en la herida abierta en las relaciones bilaterales, que ya antes no pasaban por su mejor momento, anunció además que el códice en cuestión, formado por 18 hojas originales de 24 por 27 centímetros, tampoco sería devuelto a la Biblioteca Nacional de Francia, ya que formaba parte del irrenunciable derecho de México a recuperar su patrimonio cultural.

En concierto con su abogado y sus colegas de Quintana Roo, Castañeda del Valle no desaprovechó la oportunidad que le brindaban la atención de la televisión mexicana y distintos medios nacionales e internacionales para convocar una rueda de prensa en la que dar una de las muchas versiones que circularían sobre lo sucedido.

La sala estaba llena a reventar cuando entró en ella vestido de guayabera blanca y pantalón de gabardina. Tomó asiento, colocó las

manos sobre la mesa y miró a los periodistas con su sonrisa característica. Estos empezaron con sus preguntas.

—José Luis, José Luis, ¿cómo se siente?

—Pues como Héctor «Pecho de Águila» Zelaya antes de marcarle el gol a España.

—Le han tratado bien en prisión.

—Tan bien como cabe suponer.

Las preguntas rápidamente se dirigieron a lo ocurrido los días de los hechos.

—¿Por qué lo robó? —preguntó alguien desde el fondo.

Castañeda del Valle respondió lo primero que se le pasó por la cabeza.

—Robé el código porque me indignó la actitud de la empleada de la biblioteca. Cuando solicité ver el manuscrito, se echó a reír y me dijo que había venido tan lejos a verlo porque en México estos documentos los tiramos en cualquier rincón. —Hizo una pausa—. No lo pude tolerar.

La explicación suscitó entre muchos de los presentes un murmullo de desaprobación hacia tan despreciable actitud y una sincera admiración hacia quien de forma tan galante había defendido el honor de la patria.

—Salí de la biblioteca, tomé un taxi al aeropuerto de Orly y abordé un avión con rumbo a Madrid. Tenía intención de ver el *Código Trocortesiano* en el Museo de América, pero estaba en restauración. —Se encogió de hombros con la naturalidad de quien lamenta un contratiempo menor—. De Madrid me fui a Egipto a conocer las pirámides. Regresé a Cancún a través de Nueva York y Nueva Orleans.

A la mención de Nueva York, uno de los periodistas que trabajaban para el diario español *El País* hizo referencia a quienes lo acusaban de ser un vulgar traficante de antigüedades.

—Eso es mentira. Nunca traté de comerciar con el Tonalamatl —respondió indignado—. Siempre tuve la intención de entregarlo a las autoridades mexicanas competentes. Lo que hice fue recuperar algo que nos pertenece.

—¿Y dónde ha estado el Tonalamatl todo ese tiempo?

—En mi escritorio, perfectamente envuelto en papel de seda. Aunque debo aclarar que los agentes del comandante Ventura, al encontrarlo, decidieron transportarlo en una caja de zapatos. No sé lo que habrán pensado los dioses de tan humilde alojamiento, pero yo preferiría no preguntárselo.

Hubo risas y chascarrillos entre los asistentes, que siguieron bombardeándole a preguntas que permitieran a los lectores tener una imagen más exacta de ese hombre alto y algo desgarrado que, con temeridad inusitada, se había atrevido a rectificar una injusticia histórica ante toda una antigua potencia colonial como había sido Francia.

Desde un lateral de la sala, con su credencial de Televisa colgada al cuello, Lucía lo veía crecerse ante las cámaras, y negaba con la cabeza, entre divertida y resignada, las ocurrencias de José Luis. En algún momento sus miradas se cruzaron. Él le guiñó un ojo. Coqueta, ella le mandó un beso. Después, se dio la vuelta y volvió a su libreta, porque —se dijo— tenía una crónica que escribir y hay cosas que es mejor dejar donde están.

Cuando terminó la rueda de prensa, periodistas, camarógrafos y curiosos se arremolinaron alrededor de José Luis y le acompañaron

hasta la salida. Florentino contemplaba la escena desde la puerta del edificio de enfrente fumando un cigarrillo y acompañado, como casi siempre, de dos de sus hombres vestidos de paisano.

—No lo puedo creer. Lo sueltan así nomás —dijo uno.

—¿Y qué esperabas? —le respondió Florentino.

—Esto es una mamada —murmuró el otro.

Castañeda sonreía para las cámaras levantando el puño. Alguien le había dado una bandera mexicana. No era ni un ladrón ni un pícaro. Era un pinche héroe.

—Raro será que *Los invasores de Nuevo León* no le hagan un corrido—, dijo Florentino tirando la colilla y escupiendo al suelo.

Y sin más, los tres policías subieron al coche y desaparecieron en dirección a la Rue Malebranche.



6.

Los cuatrocientos conejos de la Rue Malebranche

HACÍA UN DÍA DE PERROS, como no podía ser de otra manera tratándose de un mes de noviembre en París. Una llovizna fría desafiaba la gravedad con la ayuda del viento y aprovechaba para colarse por debajo de los paraguas y dejar a los transeúntes calados hasta los huesos.

—Lo que faltaba —dijo en voz alta Waldeck levantando las solapas del abrigo y poniendo un pie en la calle.

Había regresado a Europa hacía unos años, pero, como de costumbre, la suerte le había sido adversa. Lord Kingsborough, del que esperaba que se convirtiera en su mecenas, había terminado su

carrera de editor de antigüedades y amante de las artes en la lúgubre prisión de Dublín, a donde fue llevado por no poder pagar la deuda que había contraído con uno de sus impresores. El desagradable episodio no habría pasado de ser una anécdota si no fuera porque lord Kingsborough, poco acostumbrado a tales rigores, contrajo el tifus durante su estancia en tan indigno lugar y falleció tres semanas más tarde, dejando a Agostino Aglio, el pintor italiano que había contratado para que copiara los códices mesoamericanos que estaban desperdigados por Europa, en la más absoluta de las miserias.

La falta de perspectivas económicas no fue, ni mucho menos, la única razón que empujó a Waldeck a dejar atrás Londres y trasladarse a París. Haciendo innumerables sacrificios, María y Fritz habían logrado sobrevivir a las estrecheces que supuso su partida, pero, tras más de seis años sola en Londres, ella se había cansado de su ausencia, sus fantasías, sus infidelidades y sus reproches. No la encontró en brazos de otro, como la imaginara tantas veces en México, pero sí de un humor que habría espantado a la propia Coatlicue si se hubiera tropezado con ella. En vano se esforzó por convencerla de que el esfuerzo había merecido la pena. Incluso trató de que le perdonara ofreciéndole unos pendientes de jade que le aseguró que habían pertenecido a la mismísima Tecuichpo Ichcaxóchitl, hija primogénita de Moctezuma II, viuda de Cuitláhuac, esposa de Cuauhtémoc y amante forzosa de Cortés.

María los miró con desprecio.

—Puedes quedártelos. Dudo que me den más de dos libras esterlinas por ellos en la casa de empeños de la esquina —le espetó.

Y antes de que Jean-Frédéric pudiera responder, le dio con la puerta en las narices.

Al ser todavía su marido, habría podido forzarla legalmente a volver con él, o incluso arrebatarle la custodia de Fritz en los tribunales, pero se contuvo. Al fin y al cabo —pensó—, era una oportunidad para empezar de nuevo. Unas semanas más tarde, le comunicó a María que tenía la intención de trasladarse a Francia y que, una vez asentado allí, les mandaría el dinero que necesitaran. Fue la última vez que la vio.

—Maldita lluvia —exclamó, esquivando a duras penas los charcos que las ruedas de los carruajes hacían saltar por doquier, poniendo perdidos de agua, barro y heces de caballo a los transeúntes.

Mientras se internaba en los jardines de Luxemburgo, echó un vistazo al paquete que llevaba bajo el brazo para asegurarse de que la lluvia no hubiera atravesado el envoltorio. En su interior estaban algunos de los libros y códigos que con tanto esfuerzo había conseguido sacar de México. De poco o nada le servían ya, pues tampoco en Francia había recibido el reconocimiento esperado, o al menos no en el grado que él habría deseado. Sí, había logrado publicar un álbum de litografías en el que narraba sus andanzas por aquellas junglas llenas de ruinas, y la *Société de Géographie de Paris* le había otorgado una medalla por sus pinturas. Ahora bien, de los dos mil cuatrocientos francos de premio que le habían prometido... ni rastro.

Lo más doloroso, sin embargo, fue el escarnio público. En los círculos eruditos de los que formaba parte, comenzaron a alzarse voces autorizadas que se burlaban abiertamente de sus teorías, acusándolo de haber manipulado la realidad según sus propios

caprichos. Afortunadamente para él, no era posible desmentirle rotundamente, o al menos no todavía, pues por aquel entonces no existía la fotografía propiamente hablando. Lo único que había conseguido un tal Joseph Nicéphore Niépce era una especie de vista fantasmagórica y casi irreconocible de lo que se veía desde su ventana en Le Gras. A nadie se le había ocurrido hacer lo mismo en Palenque, no fuera a ser que la instantánea atrapara a un Señor del Día o de la Noche.

Entre quienes habían criticado con mayor dureza sus conclusiones se encontraba, precisamente, el caballero al que se disponía a visitar esa tarde: Joseph Marius Alexis Aubin.

—Sí, Aubin... —masculló entre dientes mientras dejaba atrás el gran estanque octagonal del palacio de Luxemburgo y sus apesadumbrados patos—. Aubin, el soberbio. Aubin, el afortunado. Aubin, el maldito Aubin.

Aubin, al que una década antes había conocido en México, era considerado la máxima autoridad francesa sobre el pasado indígena de ese país. Había llegado allí como enviado científico del gobierno francés, y de las observaciones astronómicas y meteorológicas que debía realizar acabó convirtiéndose, casi sin darse cuenta, en dueño de la mayor parte de los documentos que habían pertenecido al caballero Lorenzo Boturini. Era, pues, de los pocos que comprendía el valor de los textos que Waldeck guardaba con tanto celo dentro del paquete y, quizás más importante aún, el único dispuesto a pagar por ellos.

—Ah, pero no se los venderé barato. No, eso no.

Y, dando vueltas al precio que pediría por ellos, apretó el paso, no fuera a ser que Tláloc hiciera que la lluvia arreciara y lo dejara

calado hasta las vértebras.

No mucho después, con las orejas ateridas de frío y el abrigo chorreando, Jean-Frédéric se presentó frente al número 8 de la Rue Malebranche, por aquel entonces conocida con el nombre de Rue Saint-Hyacinthe-Saint-Michel. A un costado de la enorme puerta de carruajes pendía un cordel, del que tiró con decisión, haciendo sonar la campanilla. El *concierge*, un hombre de mirada estrábica y voz ronca, quizás algo más que medianamente jorobado, asomó el pescuezo desde su garita, con el mismo gesto de disgusto que si le hubieran comunicado que le llevaban al patíbulo.

—A estas horas... Siempre tienen que venir a estas horas —refunfuñó, dejando de lado el plato del que estaba comiendo y accionando el engranaje de poleas que abría el portón.

Mientras esperaba a que dejaran de chirriar los goznes, Jean-Frédéric alzó la mirada, buscando algún presagio escrito en la fachada del edificio. Este no tenía nada de extraordinario. Era una más de esas construcciones de unas cinco plantas con buhardilla que se habían levantado durante la Restauración y en las que la típica piedra caliza parisina de color beige hacía resaltar las elegantes y geométricas líneas de balcones y contraventanas. Con todo, la penumbra de la entrada, el hecho de que estuviera lloviendo y el que hasta las palomas que le miraban aburridas desde la cornisa parecieran una bandada de zopilotes daba al conjunto un aspecto triste, inquietante, como si fuera el palacio de otoño de un Nosferatu racionalista.

Una vez despejado el paso, Jean-Frédéric se internó en el zaguán que daba acceso al patio interior.

—¿Qué se le ofrece? —gruñó el *concierge*.

—Vengo a ver a monsieur Aubin.

El *concierge* lo miró de arriba a abajo, deteniéndose en el abrigo empapado y las botas enlodadas.

—Siga la escalera principal hasta el primer piso. La puerta de la derecha.

—Muy amable —replicó Jean Frédéric, encaminándose en la dirección que indicaba el dedo retorcido de aquel hombre.

La escalera tenía peldaños de piedra finamente pulidos que retumbaban a cada paso. La escasa luz que se colaba por la claraboya daba a la barandilla de hierro forjado un toque grisáceo; y, en los rellanos y descansillos, las juntas de las baldosas dibujaban pequeños rombos negros. Al llegar al primer piso, Jean-Frédéric se encaminó hacia la entrada a la que se refería el *concierge*. Era una puerta de doble hoja con un llamador de bronce de rostro femenino —una diosa, tal vez— cuya expresión parecía a punto de lanzar una advertencia al visitante. Sin darle tiempo a que lo hiciera, Jean-Frédéric levantó la aldaba y, cuando ya iba a soltarla, se abrió la mirilla con un chasquido y dos ojos inquisitivos lo escrutaron de arriba abajo.

—¿En qué puedo ayudarle? —preguntó una voz seca desde el otro lado de la puerta.

—Tengo una cita con monsieur...

La mirilla se cerró de golpe, sin darle tiempo a terminar. Un instante después, escuchó cómo se descorrían un número absurdo de cerrojos y una mujer de mediana estatura y piel pálida, casi traslúcida, abrió la puerta. Jean-Frédéric sintió un escalofrío al verla. Recuperando la compostura, le tendió su tarjeta de visita, en la que, bajo un elaborado escudo heráldico, se leía en letra inglesa «Jean-

Frédéric Maximilien, conde de Waldeck». La había hecho imprimir al poco tiempo de establecerse en Francia, país en el que quién más y quién menos se decía como mínimo barón de algún lugar remoto. La mujer, que solo más tarde supo que se llamaba Sidonie y que hacía las veces de ama de llaves y secretaria de monsieur Aubin, leyó la tarjeta sin inmutarse y le invitó a pasar al vestíbulo mientras notificaba su llegada. Tras una espera que se le hizo interminable y que a un verdadero conde le habría parecido indecorosa, Sidonie regresó y le acompañó al salón de recepción, donde le invitó a tomar asiento.

—Monsieur Aubin se encuentra algo indispuesto hoy, pero estará con usted en unos momentos —le dijo con un tono de amapolas de ultratumba.

Acto seguido desapareció sin ofrecerle ni siquiera un café o un tequila con el que calmar sus nervios o hacerle más llevadera la espera.

A punto estuvo de dar media vuelta y marcharse por donde había venido, pero, recordando las máximas sobre la templanza del emperador Marco Aurelio de las que le hablara su abuelo, se dejó caer en un *fauteuil* cercano. El salón tampoco revelaba en primera instancia nada fuera de lo habitual: unas sillas tapizadas en seda, algunos cuadros con paisajes pastorales y un aparador, sobre el que descansaba un reloj de bronce dorado, daban a la sala un aire más bien convencional, solo roto por unas gruesas cortinas de damasco, empañadas en no dejar entrar la luz que se filtraba por los generosos ventanales. En uno de los lados, la vitrina de un armario de dos cuerpos dejaba ver algunas piezas antiguas que Jean-Frédéric no lograba reconocer, pero que parecían luchar entre ellas

por escapar de su cárcel de cristal. En la pared opuesta, la hoja abatible de un secreter sostenía unos papeles engarabataados. Ya iba a levantarse para observarlos más de cerca cuando hizo su entrada el hombre al que había ido a visitar esa tarde y con el que esperaba concluir un negocio que a buen seguro resultaría provechoso para ambos.

—No esperaba tener el placer de verle hoy, conde —dijo Aubin, haciendo una minúscula inflexión en la palabra «conde» que no le pasó desapercibida a Jean-Frédéric.

Este se levantó con intención de responder al saludo, y a la indirecta, pero su interlocutor le interrumpió:

—Tengo entendido que ha traído usted consigo algo que podría interesarme.

Aubin miró de soslayo el paquete con el que Jean-Frédéric había atravesado los jardines de Luxemburgo esa tarde y que había dejado sobre una pequeña mesa de centro cuando entró en el salón.

—Así es —respondió aquel arrimándose instintivamente al cuerpo, como si el envoltorio contuviera no meros papeles viejos, sino el despojo de su otrora palpitante corazón.

Hubo un silencio, durante el cual los dos hombres se tantearon con la mirada intentando discernir algún signo de duda o debilidad. «El pasado, pasado. No hay por qué reavivar nuestras viejas rencillas», pensó Jean-Frédéric, quien encontró a Aubin envejecido, con los ojos cansados y el pelo algo encanecido. Algo parecía haber apagado un tanto los ánimos de un hombre que no hacía muchos años se codeaba con la flor y nata de la alta sociedad mexicana, y le dio algo de lástima verlo así. Por su parte, Aubin contempló a Jean-Frédéric, al que consideraba un arribista con talento pero sin

escrúpulos, con la misma animadversión de siempre, pero, sabiendo que no estaría lúcido durante mucho más tiempo, hizo un esfuerzo por ocultar su disgusto y concentrarse en lo que este tenía que ofrecerle.

—¿Podemos ver sus famosos documentos?

Jean-Frédéric no se hizo de rogar. Deshizo con presteza el nudo que rodeaba el paquete y, retirando el envoltorio, dejó al descubierto una carpeta. Estaba dispuesto a poner en práctica un antiguo truco de coleccionista: en lugar de mostrar a Aubin desde el principio las piezas que sabía que le interesarían más, comenzó por enseñarle otras de menor valor, de tal forma que tuviera la impresión de que su colección era mayor y mucho más valiosa de lo que realmente era.

Aubin, que había sido entrenado en el arte de adquirir libros viejos por el bibliotecario del mismísimo Satanás, no tardó en darse cuenta de la treta y fue desdeñosamente dejando de lado una hoja tras otra, descartándolas como meras copias o burdas falsificaciones.

—Waldeck, usted sabe que llevo veinte años estudiando antigüedades. Esto es una copia de una copia, ¿me toma por idiota?

No habrían pasado más de diez minutos en este tira y afloja, documento va, documento viene, cuando una mirada fugaz de Aubin, que parecía dirigirse a algún lugar indefinido de la periferia de sus hombros, reveló a Jean-Frédéric que, detrás de él, acechante, siguiendo atentamente todo lo que ocurría, se encontraba la figura pálida y esbelta, casi traslúcida, de Sidonie.

Tuvo la impresión de que la secretaria de Aubin se había aproximado a ellos levitando y no caminando. Giró ligeramente el cuello, intentando determinar si sus pies estaban en contacto con el

suelo, pero el *fauteuil* en el que estaba sentado y la enagua blanca en la que terminaba la parte inferior de su vestido le impidieron resolver el misterio. Justo en ese instante, se le cayó al suelo uno de los documentos. No constaba más que de unas cuantas hojas, pero Aubin enseguida supo de lo que trataban. Eran las hojas que le faltaban para completar una de las joyas de su colección: el Tonalamatl. En México, se lo habían vendido incompleto y siempre se preguntó quién habría comprado el resto. Tenía que haberlo imaginado.

Jean-Frédéric se apresuró a recoger las hojas, y al levantar el rostro, vio brillar en los ojos de Aubin un fulgor casi diabólico.

—Lo siento, pero este... No está en venta —les dijo, sacando fuerzas de flaqueza, como un vendedor de crucifijos en los Cárpatos.

Ante la insistencia de Aubin, que se negó rotundamente a adquirir nada si aquel documento no formaba parte del trato, Jean-Frédéric fingió ceder y le pidió cuatro mil francos. Sintió el aliento de volátil de Sidonie clavársele en la nuca como una estaca, y redujo la oferta a tres mil quinientos. Aubin le ofreció dos mil setecientos, alegando que, en su ignorancia, Jean-Frédéric se había deshecho de unas supuestas plumas de colibrí que se encontraban en la página diez. Esa cantidad era mucho más de lo que le había costado a él el falso Robert Roskell de oro con jabonera que había adquirido en México. Sin ánimo de seguir con la puja, aceptó.

Lejos de saciarlo, la adquisición desató la codicia de Aubin, que no tardó en desembolsar otros dos mil francos por un manuscrito de unos seis metros, elaborado en papel de agave; y antes de dar por concluida la reunión, como quien hubiera obtenido un acceso repentino al tesoro del abate Faria, adquirió por una suma similar,

otros dos documentos por los que Jean-Frédéric había desembolsado en México no más de mil piastras.

—Me gustaría poder ofrecerle la acostumbrada copa de *cognac* con la que se celebran entre caballeros los negocios cerrados con éxito, conde —dijo Aubin, más que satisfecho—, pero mi salud me exige poner fin a este encuentro...

Con un enorme esfuerzo, Jean-Frédéric logró zafarse del *fauteuil*, que parecía empeñado en tragárselo, y se puso de pie.

—No se moleste, monsieur Aubin. Lo entiendo perfectamente. Es tarde y yo también debo retirarme.

Al girarse para observar mejor a Sidonie, la secretaria había desaparecido. El propio Aubin le acompañó a la puerta, y los dos hombres se despidieron con unas breves palabras y un apretón de manos. Cuando salió del edificio era de noche. Aunque ya no llovía, Waldeck abrió el paraguas, aliviado, y se prometió a sí mismo no volver nunca más por aquel lugar. Apoyada contra una ventana, Sidonie lo vio perderse con paso apresurado por las calles de París, apenas un garabato a la luz de las farolas.

Tras echar los cerrojos y apagar las velas del salón, Aubin se dirigió a su estudio, situado en el rincón más apartado de la casa. Fue caminando por los pasillos sin poder disimular su aprensión, intuyendo que algo se movía en las sombras, susurrando su nombre. Llevaba consigo, además de un candelero, los documentos que acababa de comprarle a aquel viejo conocido, al que nunca imaginó que volvería a ver, pues estaba convencido de que, si no le mataban los forajidos que se encontraría por los caminos durante su viaje a

Mérida, serían las propias autoridades mexicanas quienes se encargarían de hacerlo desaparecer o, en su defecto, el cólera que se había declarado en Yucatán y que amenazaba con extenderse por otras partes del país.

Al llegar a su estudio, miró de reojo las tinieblas que acababa de atravesar y suspiró aliviado. No, no había visto a ninguno. De un tiempo a esta parte, le embargaba la certeza de que la casa estaba llena de conejos. En sus momentos de mayor lucidez creía saber incluso cuándo había empezado a verlos: el día de su partida de México, en que, aterrorizado ante la idea de que los baúles fueran registrados en la aduana de Veracruz y su colección terminara requisada, deshizo con sus propias manos los cuadernos que Boturini había ordenado con tanto esmero y mezcló los papeles viejos con los nuevos, para que ningún oficial supiera distinguirlos.

Ahora creía escucharlos moviéndose detrás de las cortinas y afilando sus dientes con las patas de las mesas. Tenía la sospecha de que ocupaban ya partes enteras del enorme edificio, del que él era en realidad el único inquilino, y que, poco a poco, se estaban apoderando del resto. Durante el día, solo se escuchaban los rumores de la calle y el crujir de las maderas al dilatarse con el sol. Era de noche cuando deambulaban de un lado a otro, hablando un idioma incomprensible del que, sin embargo, él creía alcanzar a distinguir algunas palabras. Por miedo a que le tomaran por loco, únicamente le había contado sus visiones a Sidonie, su secretaria, y a Jean-Étienne, un alumno aventajado de Philippe Pinel —el famoso alienista—, que concluyó que su estado tenía todos los síntomas de un agotamiento físico y mental.

—Si no es indiscreción, monsieur Aubin —le había preguntado este durante una de sus primeras visitas—, ¿podría decirme en qué trabaja que demanda tal esfuerzo intelectual?

Desconfiado hasta la médula, Aubin arqueó las cejas.

—No creo que lo comprenda; y si lo comprendiera, dudo mucho que le interesara —respondió con desdén.

Sintió unos pasos que se acercaban a la puerta de su estudio. Alzó la mirada, expectante, temiendo que fuera uno de los horribles conejos de su imaginación. La manija giró lentamente sobre sí misma. Ya estaba por soltar un grito, cuando reconoció aliviado la delgada figura de Sidonie.

—Su té con galletas, monsieur —dijo ella, depositando una bandeja sobre el escritorio en la que sobresalía un frasco con una pequeña cantidad de láudano de Rousseau y un cuentagotas.

A pesar de ser un compuesto del opio, el preparado se compraba en cualquier farmacia sin necesidad de receta. Aubin se había acostumbrado a él desde pequeño, cuando su madre se lo daba para quitarle el dolor de muelas. En México lo utilizó para curarse unas diarreas y, ya de vuelta a Francia, para contrarrestar la «melancolía» —como entonces se llamaba a la depresión— y el número creciente de alucinaciones que, según le contó a Jean-Étienne tumbado en un sofá, había experimentado desde su regreso a París.

Era Sidonie la que se encargaba de calcular las dosis, que había ido aumentando de manera perceptible a lo largo de los años. Él la observaba con atención mientras dejaba caer las gotas en el té. Le gustaba ver el gesto concentrado de su secretaria, sus pómulos de porcelana, los brazos largos, cubiertos por una muselina de algodón ajustada bajo la que se transparentaba una piel alba, nívea, como de

espumas, tan blanca que habría escandalizado a Alfonsina Storni. Terminada la operación, Sidonie le alcanzaba la taza, que él se llevaba a los labios con mano temblorosa, y de la que sorbía lentamente, como si fuera una poción mágica en la que buscara refugio y sosiego.

—¿Los oye, Sidonie? —murmuró, con la mirada perdida en algún lugar del techo—. Esta noche han vuelto pronto.

—No se preocupe, monsieur Aubin. No le harán ningún mal. Descanse —le respondió ella, saliendo del estudio con la bandeja entre las manos y dejándole sumido en su trance.

Su nombre completo era Sidonie Verhagen y procedía de un pequeño pueblo belga. Había llegado a París a mediados de los años treinta. Hablaba francés con acento valón. Sabía leer y escribir, lo cual era raro para una mujer de su clase, y tenía algunas nociones de aritmética que había aprendido ayudando en la tienda de su tío. Entró a trabajar para Aubin tras responder a un anuncio que había aparecido en uno de los periódicos de la época, en el que se buscaba una *gouvernante* discreta para un «académico distinguido».

—Mademoiselle Verhagen —le había dicho Aubin en su primera entrevista, clavando en ella sus ojos cansados por el insomnio—, el trabajo requiere discreción absoluta. ¿Comprende usted lo que eso significa?

—Perfectamente, monsieur —había respondido ella tan seca y rotundamente que Aubin consideró innecesario entrevistar a nadie más.

Los primeros meses pasaron con relativa normalidad. Como era habitual por aquel entonces, Sidonie ocupó al principio un cuarto abuhardillado en la parte alta del edificio, sin calefacción, con un pequeño brasero y con un *œil-de-bœuf* que daba a la calle. Poco a poco se fue ganando la confianza de Aubin. Este dedicaba sus días de pesadumbre y sus noches de insomnio a la promesa de ordenar los documentos que él mismo había deshecho y publicar unas conclusiones que nunca llegaban, o solo lo hacían de forma parcial e incompleta. Le complació enormemente encontrar en Sidonie una joven reservada pero despierta, atenta al más mínimo detalle e implacable con las faltas del resto del servicio. No tardó en confiarle no solo la gestión de las finanzas domésticas, sino también su correspondencia personal.

Al cabo de un año, Sidonie había abandonado las *chambres de bonne* del tejado y se había mudado a una habitación en la planta noble, debido en parte a la creciente paranoia del señor, que veía conejos por todas partes, y a la necesidad de este de tenerla cerca. El resto del personal les había ido abandonando poco a poco, incapaces de soportar los cambios de humor que exhibía el primero y el régimen de terror que había instaurado la segunda. Hasta los inquilinos que residían en otras partes del enorme edificio fueron desapareciendo como por arte de magia o brujería, excepto el del tercero derecha, al que encontraron colgado de una soga. Al final, solo quedaron ellos dos, pero, al contrario de lo que habría sido de esperar, la casa exhibía un orden perfecto. Jamás faltaban provisiones en la despensa ni se alteró en lo más mínimo el régimen de comidas. Las chimeneas tenían leña y parecía que las ventanas las hubieran limpiado todos los días. Qué ejército invisible se

encargaba de tener todo a punto era un misterio, pues Sidonie no hacía personalmente ninguna de esas tareas; pero Aubin o no se daba cuenta o, por aquel entonces, no quiso darle mayor importancia. Solo comenzó a percibir la magnitud de su presencia una mañana en la que encontró sus notas ordenadas sobre el escritorio.

—¿Quién ha tocado mis papeles? —exclamó colérico, haciendo retumbar hasta los cuadros del pasillo.

Sidonie apareció en el umbral casi al instante, impasible, como si hubiera estado esperando ese momento.

—Yo, monsieur. Estaban desordenados.

—¿Desordenados? ¿Desordenados, dice? Estaban exactamente donde yo los había dejado.

—Sí, monsieur. En el suelo, bajo la mesa, dentro de un libro... —respondió ella con firmeza—. Me he tomado la libertad de ayudarle, monsieur.

Aubin se volvió furioso hacia el escritorio, dispuesto a rebatir semejante afirmación, pero el reproche se le quedó atravesado en la garganta. Las hojas estaban dispuestas en un orden cronológico perfecto, formando una narrativa coherente que él había apenas empezado a vislumbrar.

—¿Qué demonios? —Tragó saliva—. ¿Cómo ha sabido...?

—He leído los libros que tiene en su biblioteca, monsieur. Los mismos que usted —replicó, sin asomo de disculpa.

Estupefacto, Aubin se recostó lentamente en su butaca. Sintió como si todo el peso de la Piedra del Sol descansara sobre su espalda.

—¿Quiere que me vaya? —añadió ella.

—No —dijo finalmente, sin fuerzas para despedirla—. Quédese. Pero no vuelva a tocar la colección sin mi permiso.

—Como guste, monsieur.

A partir de entonces, Sidonie se volvió imprescindible para Aubin. Una y otra vez se veía obligado a pedirle que le ayudara a hallar entre ese marasmo de papeles observaciones que ya había escrito y desechado; y una y otra vez, invariablemente, ella le proporcionaba el documento. Los rumores de que Aubin tenía algo más que una criada no tardaron en extenderse entre colegas y conocidos.

Una tarde de julio, se encontró por la calle, no muy lejos del Café Tortoni, ubicado por entonces en el Boulevard des Italiens, a un antiguo compañero de la *École Préparatoire*, que buscó confirmarlos con un pretexto cualquiera.

—He oído que tiene usted una nueva asistente —dijo a propósito de unos libros—. Una belga, según dicen.

—Mademoiselle Sidonie es mi secretaria, sí.

—Ah, secretaria. —Sonrió el otro con malicia—. Qué conveniente. Aubin le devolvió bruscamente el ejemplar que estaba examinando. —¿Qué insinúa exactamente?

—Nada, nada. La gente habla, ya sabe.

—La gente habla, sí —respondió Aubin—, sobre todo la que, como usted, no tiene nada que decir.

Y, sin esperar respuesta, se caló el sombrero y siguió su camino.

Sidonie no solo no era su amante, sino que cualquiera que se encontrara en su presencia experimentaba inmediatamente la sensación de estar, no ante una vulgar meretriz, sino ante una virgen vestal o una sacerdotisa, como las que servían en el templo de Artemisa en Éfeso, o las *cihuatlamacazque* de las que hablaba

Tezozomoc, que eran entregadas por sus familias para servir en los templos de Huitzilopochtli y Tláloc.

Con su ayuda, Aubin se dedicó, durante los meses siguientes, al estudio del Tonalamatl y de los demás manuscritos que obraban en su poder, hasta que estuvo por fin en condiciones de compartir algunas de las conclusiones preliminares a las que había llegado.

—Lo que parecen meros dibujos —señaló en una de las escasas conferencias que dio al respecto ante un auditorio lleno a rebosar— es en realidad un sistema mnemotécnico complejo que puede sistematizarse para establecer una narrativa dotada de un significado sorprendentemente exacto.

Sin embargo, consideraba que sus esfuerzos iban mucho más allá de lo estrictamente antropológico.

—Constituyen —y así se lo dijo al público— el triunfo de la Razón occidental sobre unos textos a los que frailes y teólogos habían considerado obras del Demonio, creyendo ver la sombra de este emerger entre el humo que formaban las hogueras donde los quemaban.

La conclusión era evidente: gracias a la biblioteca de Boturini, ahora en su poder, Francia poseía una nueva piedra de Rosetta, y en él a un nuevo Champollion, que, tarde o temprano, descifraría los secretos de los dioses del Nuevo Mundo.

También podría haberles contado, aunque prefirió no hacerlo, que, por todo, absolutamente por todo, se paga un precio. De Newton se decía que el esfuerzo de transmutar en leyes matemáticas los arcanos de la Naturaleza a punto estuvo de hacerle perder el juicio. Aubin lo perdió. Trabajando hasta dieciséis horas seguidas al día sin parar, se internó en una selva todavía más oscura que ese bosque de

Guam en el que es imposible dar un paso sin enredarse en una telaraña. En ocasiones, le parecía que las paredes se llenaban de glifos, e incluso creía escuchar a las propias pinturas susurrar dentro de sus estuches palabras monótonas que se detenían apenas los abría. Como Acteón, que se convirtió en ciervo, él también tenía la impresión de estar transformándose lenta pero inexorablemente. Notaba que se le alargaban imperceptiblemente las orejas, que se le enrojecía el iris de los ojos, que las manos se le cubrían de un vello extraño y que, en las encías, le crecían en secreto nuevos incisivos.

Por supuesto, nadie que no fuera él se daba cuenta de su metamorfosis, ni puestos en pie, entre parabienes y aplausos, el público que asistía a sus conferencias notó el más mínimo cambio en aquel sabio que no pudiera ser explicado por un exceso de láudano, pero, por si acaso, optó por encerrarse en su apartamento: renunció a las conferencias, despidió a las visitas y cerró puertas y ventanas, buscando olvidarse de México. México, sin embargo, no parecía dispuesto a olvidarse de él.

Una mañana de febrero, mientras observaba horrorizado sus dientes e intentaba sin conseguirlo afeitarse el vello blanquecino, escuchó el familiar tintineo de las campanillas anunciando que alguien deseaba entrar en el edificio. Del individuo en cuestión solo alcanzó a ver, a través de la ventana, su elegante abrigo, unos anteojos de alambre y una lustrosa calva flanqueada por los restos de una cabellera, que en el pasado debió de ser rizada y frondosa. Tuvo la esperanza de que el *concierge* no estuviera en su puesto, pero este salió de su

garita arrastrando su pierna derecha como un alma en el infierno arrastra su condena.

—A estas horas... Siempre tienen que venir a estas horas —refunfuñó, dejando otra vez de lado la comida y accionando el engranaje de poleas que abría el portón.

Instantes después el visitante subía por la escalera. Por el eco que hacían sus zapatos contra el mármol y el suave deslizarse de su guante de cuero sobre el pasamanos, Aubin supo no solo que era mexicano, sino exactamente quién era, y se le encogió el estómago.

Lo había tratado años atrás en México, cuando ambos frecuentaban las tertulias eruditas de la capital, y desde entonces había seguido de lejos su carrera. Se llamaba José Fernando Ramírez: antiguo secretario de gobierno, presidente del Tribunal Mercantil y de la Junta de Instrucción Pública, senador de la República, Ministro de Relaciones Interiores y Exteriores y, recientemente, ilustre exiliado desde que Antonio López de Santa Anna lo designara magistrado del Supremo Tribunal de Justicia de la Nación y él decidiera que mejor se iba a Francia, que no estaba para aguantar por más tiempo al héroe de las cuarenta derrotas, al caudillo de los cangrejos, al quince uñas, al guerrero inmortal de Zempoala. Liberal moderado que con el tiempo se inclinaría hacia la causa conservadora, José Fernando Ramírez había dedicado su vida, además de a la política, a recuperar la historia olvidada de México, así que aprovechó su exilio para intentar recuperar o, al menos copiar, cuanto código pudiera encontrar por las frías tierras de Europa.

Durante su estancia en París, había tenido ocasión de leer la memoria de Aubin sobre la escritura de los aztecas, y se había

informado a conciencia acerca de la fabulosa colección que albergaba en su estudio. También había escuchado rumores sobre la creciente misantropía, su tendencia a desplazarse dando saltos y sus visitas intempestivas al galeno responsable de una conocida institución de salud mental de la ciudad. Convencido de que Aubin no se atrevería a negarle la entrada a un viejo conocido que, exiliado o no, encarnaba al Gobierno de México, la nación a la que todo se lo debía, José Fernando Ramírez tomó la decisión de presentarse directamente en su domicilio.

No se equivocó.

En un ataque de pánico, Aubin le pidió a Sidonie que entretuviera al caballero todo lo posible mientras arreglaba su desaliñado aspecto, tras lo cual, tomando aliento e intentando mantener la compostura, se dirigió al salón donde este le esperaba.

—Estimado señor Ramírez —dijo Aubin, con una amabilidad forzada y voz temblorosa—, qué inesperada sorpresa tenerle por aquí. Dígame, ¿lleva mucho tiempo en París?

—Unos meses ya —respondió Ramírez—. Las circunstancias de mi país, ya sabe usted.

—Lo sé, lo sé. Una lástima. —Aubin se aferraba a la conversación como a un clavo ardiendo—. ¿Y qué ha sido de nuestros viejos conocidos? El general Morán, el Marqués de Vivanco, ¿vive aún?

—Murió hace tres años. En su hacienda de Chapingo, que ya está en otras manos.

—Vaya por Dios. Un gran hombre que me honró con su amistad. ¿Y sus hijos? Yo mismo enseñé a leer a Pancho en francés, ¿sabe usted? Recitaba *la tirade de Thérèse* como un actor de la Comédie-Française.

—El joven Francisco se metió a militar, como su padre. Tengo entendido que anda con los conservadores.

—Ah. —Aubin no supo cómo encajar la noticia y se apresuró a cambiar de asunto—. ¿Y mi colegio?, el que fundé mientras estuve en México, el de la calle del Puente del Correo Mayor. ¿Sigue abierto?

—Lo cerraron. Ahora es una casa de vecindad. —Ramírez dejó que el silencio entre los dos se asentara un instante—. Pero no he venido a hablar del pasado, monsieur Aubin.

Cualquier esperanza de que la presencia de Ramírez se limitara a una simple visita de cortesía se desvaneció de golpe.

—Monsieur Aubin —dijo Ramírez con voz serena pero firme—, vengo a solicitar el acceso a los documentos en los que ha basado sus conclusiones. Y debo decirle, con todo el respeto, que me parece inaudito que un caballero de su talla sacara del país, mediante subterfugios impropios de su condición, un acervo documental de tal importancia. Ese patrimonio pertenece al pueblo mexicano.

Aubin palideció. Con manos temblorosas, se sirvió una copa de *cognac* y ofreció otra a su visitante.

—Créame, señor Ramírez, no fue mi intención causar ofensa alguna. Admito que mis métodos no fueron los más ortodoxos, pero gracias a ellos esos documentos han sido preservados. Han sido estudiados por los más grandes sabios de Europa. ¿No es eso, al fin y al cabo, un servicio a la mayor fama y grandeza de México?

Ramírez no respondió de inmediato. Su mirada, fija y penetrante, bastaba para expresar su desaprobación.

—Además —añadió Aubin, cada vez más nervioso—, Francia también tiene algo de derecho a ese legado. No olvidemos que el

propio Boturini decía ser de ascendencia gala y, sin él, nada se habría logrado en primer lugar...

Nada de ello convenció a José Fernando Ramírez, que, notando que su adversario parecía a punto de ceder, redobló sus esfuerzos.

—Monsieur Aubin —dijo, inclinándose ligeramente hacia él—, no estamos hablando de una curiosidad académica. Se trata de documentos que narran la memoria de un pueblo. Nuestro pueblo.

Extenuado por la falta de sueño y el exceso de opio, Aubin habría terminado por entregar su colección a ese hombre si no hubiera sido por Sidonie, que se interpuso inesperadamente entre ambos. Aduciendo la llegada de un telegrama urgente cuya respuesta no admitía dilación, logró sacar a Aubin de la habitación y conducirlo a su cuarto. Una vez allí, y para asegurarse de que no salía de él hasta que ella no se hubiera desecho del inoportuno visitante, le dobló la dosis de láudano y lo dejó a cargo de Tepoztécatl, dios del pulque, y uno de los más importantes entre los cuatrocientos conejos, que prometió darle un paseo por el inframundo. Tras ello, hecha una furia, volvió al salón.

—Señor Ramírez —dijo Sidonie con la cortesía gélida de una Clitemnestra—, lamento profundamente que monsieur Aubin no pueda continuar con esta conversación. Como muestra de buena voluntad, permítame ofrecerle estas reproducciones litográficas de los documentos más importantes.

Y le hizo entrega de un juego de láminas que Aubin había encargado tiempo atrás al famoso impresor parisino Jules Desportes. Después, de la forma menos ceremoniosa imaginable, poco menos que lo echó de casa.

Todos los esfuerzos de José Fernando Ramírez por volver a ver a Aubin durante las semanas que permaneció en París fueron inútiles. El *concierge* recibió instrucciones precisas de no abrirle el portón y todas sus misivas fueron retornadas a la dirección desde la que las envió sin ni siquiera ser abiertas. A Aubin le llevó casi un mes recuperarse de la crisis nerviosa que sufrió ese día, y solo respiró aliviado cuando tuvo la certeza de que Ramírez había abandonado París, si bien no sería la última vez que sus destinos se cruzaran.

Años después, ambos formarían parte de la Comisión Científica fundada por Napoleón III para dar una pátina de legitimidad intelectual a su proyecto de invadir México e instalar como emperador de México al desdichado Maximiliano de Habsburgo. Como quizás no podía ser de otra forma siendo quienes eran, el sabio francés que había despojado a México de sus documentos y el sabio mexicano que había cruzado el océano para intentar recuperarlos se vieron sentados a la misma mesa.

Aubin vio en aquello una ocasión para ajustar viejas cuentas. En una de las primeras sesiones, cuando Ramírez expuso sus trabajos sobre los códices, Aubin lo interrumpió sin miramientos.

—Si nuestro colega me permite la franqueza —dijo, sin intención alguna de ser cortés—, lo que dice son hipótesis que no están apoyadas en los textos y carecen de la más elemental base científica.

Ramírez no se inmutó.

—Monsieur Aubin, me parece curioso que hable usted de apoyarse en los textos cuando tengo entendido que, para sacar del país los que usted posee, no tuvo reparo en deshacerlos con sus propias

manos. Dígame, ¿qué clase de científico destruye aquello que dice salvar?

A partir de aquel día, Aubin no dio tregua. Fulminaba a diestra y siniestra. A Ramírez lo tildó de aficionado; a unos colegas, de exagerados; a otros, de superficiales; y a casi todos, de patanes. Enfebrecido —hay quien decía que de tularemia— no perdonaba ocasión de recordar que los tesoros de la historia mexicana estaban mejor en manos europeas, pues era una irresponsabilidad supina confiarlos a quienes no sabían valorarlos.

—¡Esto es lo que México no sabe apreciar! —exclamó un día ante una vitrina con las piezas que el abad Brasseur de Bourbourg se había traído de su expedición, como si la frase pudiera absolverlo.

Hasta el coronel Doutrelaine, mando militar y máximo responsable de los trabajos de la comisión, hubo de llamarlo al orden.

—Monsieur Aubin —le dijo un día en privado—, su genio no excusa su grosería.

Pero a Aubin el tacto tanto le daba, y la verdad es que tenía poco que perder. Más allá de denostar el trabajo ajeno, en todos aquellos años no produjo un solo documento propio digno de mención. Uno tras otro, los colegas dejaron de saludarlo, de citarlo, de invitarlo. Para cuando las fuerzas de Juárez recuperaron el control de México y los prusianos humillaron a Napoleón III en Sedán, Aubin era ya un hombre acabado, y no solo intelectualmente, sino también financieramente.

Como su cerebro, el manantial de la fortuna que había acumulado durante sus años en México se estaba secando. Desesperado,

intentó avivarlo otra vez, pero no con un sacrificio de sangre, como él creía que le exigían al unísono los conejos que eran dueños y señores de su casa, sino apostando el todo por el todo a una empresa que le aseguraron que resarciría con creces sus pérdidas, pues estaba encabezada por el Huitzilopochtli de la ciencia y la ingeniería francesas: el vizconde de Lesseps, santo patrono de los canales oceánicos.

Ferdinand Marie, vizconde de Lesseps, era sin duda el hombre del momento. Celebrado como un nuevo rey Midas que había obrado el milagro de convertir el desierto en oro y acortado el viaje entre Marsella y Bombay a la mitad, parecía que no había obstáculo natural que pudiera detenerle.

—Para lograr grandes cosas no basta con actuar, hay que soñar; no es suficiente calcular, hay que creer —había dicho Anatole France refiriéndose a él.

Aun así, cuando anunció que pensaba abrir un canal que uniera el Atlántico con el Pacífico a través del istmo de Panamá, repitiendo en lo esencial la misma fórmula que tanto éxito le había aportado en Suez, la fe dio paso al escepticismo.

La primera emisión de capital de la *Compagnie Universelle du Canal Interocéanique de Panama*, que Lesseps había fundado para este propósito, no logró alcanzar los objetivos previstos. Fue un revés en toda regla que a punto estuvo de dar al traste con todo el proyecto. Para evitarlo, este moderno Prometeo se dejó de poesía y recurrió a una serie de oscuros intermediarios que, sobornando políticos y comprando periodistas, se aseguraron de que tanto el gobierno como los periódicos apoyaran la empresa y animaran a pequeños ahorradores y accionistas a invertir en la compañía.

Fue Sidonie quien primero sacó el asunto a colación. Una tarde de marzo de 1881, mientras Aubin estaba inmerso en la redacción de una de sus interminables notas, entró silenciosamente en el estudio llevando el periódico del día, que en grandes titulares anunciaba unos progresos que en realidad no eran tales.

—Monsieur —dijo interrumpiéndole—, el vizconde de Lesseps busca inversores para su nuevo canal.

Aubin levantó la vista, los ojos enrojecidos por el láudano y el insomnio, el pelo ya completamente cano.

—¿Lesseps? —murmuró como si el nombre le sonara de algo, pero no acertara a identificar de qué.

—El mismo que dobló las arenas de Suez —respondió ella, acercándose hasta quedar de pie junto a él.

Sus dedos, tan finos que se podían ver las cortinas del salón a través de ellos, acariciaron con delicadeza la cabeza de Aubin, enredándose en su pelo.

—Dicen que las acciones se multiplicarán por diez en menos de cinco años —añadió.

Aubin sabía que sus finanzas estaban en un estado deplorable. La pérdida de los ingresos que recibiera de sus inversiones y propiedades en México, unida a los gastos de mantener una casa como aquella, había mermado considerablemente su fortuna. Podría haberse desprendido de su colección para pagar a los acreedores que día y noche le recordaban sus deudas, pues sabía del interés que un anticuario francés asentado en México llamado Eugène Boban había mostrado por adquirir sus manuscritos, pero deshacerse de ella, deshacerse del Tonalamatl... No, eso era impensable. Antes de hacerlo habría sacrificado una pierna, como

Santa Anna. Aquellos documentos eran su vida, su obsesión, su condena y el único árbol que le proporcionaba al menos una tenue sombra de felicidad.

Sidonie pareció leer sus pensamientos.

—No sería necesario vender nada —le susurró—. Bastaría con hipotecar la casa. Temporalmente. Cuando las acciones rindan sus frutos, podrá recuperarlo todo y más.

Temeroso, Aubin se resistió a dar semejante paso durante semanas, pero los conejos de su imaginación, cada vez más numerosos, le instaban a hacerlo. Ometochtli, su líder, se le aparecía en sueños, no ya con su tocado de quetzal, sino con un sombrero de copa como los que usaban los banqueros, gritándole cifras y porcentajes. Papaztac, conejo dios de la espuma, danzaba ante él con las manos llenas de títulos bursátiles. Colhuatzincatl, el de la colina torcida, le daba a beber un pulque asqueroso hecho de tipos de interés. Hasta Jean-Etienne, su analista, parecía lanzarle mensajes subliminales al respecto, a buen seguro con el fin de mantener viva la esperanza, cada vez más remota, de poder cobrar sus honorarios atrasados. Al final, exhausto y atormentado, Aubin cedió. En julio de 1882, hipotecó todo lo que poseía con excepción de su biblioteca para comprar cinco mil acciones de la compañía de Lesseps.

Los primeros años parecieron darle la razón a Sidonie. Las noticias que llegaban de Panamá hablaban de progresos constantes en la lucha del hombre y la máquina contra la selva y las enfermedades. Lesseps mismo visitó las obras y declaró que todo marchaba según lo previsto, lo que hizo que las acciones subieran como si Papaztac las llevara en sus hombros. Por primera vez en años, Aubin se permitió soñar con recuperar su antigua prosperidad, e incluso tuvo

la sensación de que había menos conejos deambulando por toda la casa, como si estos presintieran que algo había cambiado y había llegado el momento de partir o que se había terminado el trébol que Sidonie guardaba en la cocina. Esperanzado, hizo descorrer las cortinas y abrir las ventanas y el sol entró en aquellos cuartos en los que hasta los espejos olían a tristeza y a penumbra. Sacó del armario su traje y su corbata. Se puso el sombrero y salió a la calle. Paseó por los grandes bulevares. Tomó un café, e incluso le hizo una broma al *concierge*, a la que este, que jamás había visto a Aubin de buen humor, no supo qué responder.

—A estas horas... Siempre tienen que interrumpirme a estas horas —fue lo único que acertó a decir.

Confundiendo con un día despejado lo que no era sino el ojo de la tormenta, creyó que lo peor ya había pasado, pero a partir de 1885 comenzaron a circular rumores inquietantes. Las condiciones en el istmo eran infernales, muchísimo peores que las que se habían visto en Egipto. La fiebre amarilla y la malaria diezmaban a los trabajadores por millares. Las montañas oponían una resistencia granítica al avance de las máquinas. Los ingenieros se veían obligados a revisar sus planes y los costos se disparaban a niveles estratosféricos. Imperturbable, Lesseps pedía más y más dinero, como si la Naturaleza pudiera ser vencida a fuerza de los derivados, préstamos y divisas que se negociaban en las bolsas de Londres y París. Se emitieron nuevas acciones. Aubin, aconsejado por Sidonie, apostó el todo por el todo. Para 1888, la situación era desesperada.

Los periódicos hablaban de suicidios, chantajes y sobornos, de un escándalo de proporciones monumentales. Un año más tarde, el 4

de febrero de 1889, la *Compagnie Universelle du Canal Interocéanique de Panama* se declaró en bancarota.

Aubin recibió la noticia aposentado en el mismo *fauteuil* en el que años atrás se había dejado caer Waldeck. Los conejos, ahora visibles hasta para el *concierge*, que se negaba a salir de su garita a menos que le permitieran llevar al hombro un fusil, ocupaban cada rincón del salón. Eran unos cuatrocientos. Algunos llevaban bandas negras de luto. Otros se divertían leyendo la *Divina Comedia*, y se daban los nombres de los demonios que Dante y Virgilio encontraran en el octavo círculo del infierno: uno se hacía pasar por Malacoda (cola malvada) y otro por Scarmiglione (despeinado) mientras que el más gamberro de ellos disfrutaba llamándose Graffiacane (araña perros). Entre todos, trataban de confundir a Aubin, diciéndole que la cena estaba lista cuando era la hora del desayuno o que sus libros estaban en el estudio cuando lo cierto es que los tenía Sidonie en el suyo, a donde los había llevado anticipando que se aproximaba el final y que, como la mansión de los Usher, no pasaría mucho tiempo antes de que la fachada del edificio se llenara de grietas y se hundiera incapaz de aguantar su propio peso.

Como hiciera tantas otras veces en los años anteriores, Aubin volvió a abrir el Tonalamatl y repasó sus dibujos con la punta de sus dedos. Sentía por ese códice un amor especial, inexplicable, como si este hubiera echado raíces en su vientre y se estuviera alimentando de su sangre. Aun así, con el último resquicio de razón que le quedaba, tomó la única decisión que podía salvarle de la ruina personal y financiera que le acechaba y escribió él mismo una nota a Eugène Boban, el tratante de antigüedades, informándole de que deseaba poner en venta su colección, y emplazándole a él y a un

industrial llamado Eugène Goupil a visitarle. Una vez enviada sintió el deseo irrefrenable de comer un poco de trébol. Se miró en uno de los espejos del salón y ya no se reconoció. Ese no era su rostro ni sus manos ni su cuerpo. Trató de llorar, pero no pudo.

—Los conejos no lloran —le dijo Sidonie.



7.

Idas y avenidas

A JOSÉ LUIS CASTAÑEDA DEL VALLE se le permitió regresar a Cancún, pero por más que se hubieran retirado los cargos, nadie le había dicho que el asunto estuviera definitivamente cerrado, y él conocía lo suficientemente bien su país como para no fiarse de las autoridades. No en vano *Diles que no me maten* era uno de sus relatos preferidos. El silencio, en México, podía significar el olvido o podía significar que alguien, en algún rincón del D. F., estaba aún barruntando qué hacer, y más en un caso como el suyo, en el que andaban entremezclados dioses y franceses, combinación que nunca ha terminado bien.

Tampoco tuvo su llegada a Cancún el lado romántico que había imaginado. Pensó que Lucía le acompañaría durante el viaje de vuelta, que le iría dando mordisquitos en la oreja en el avión y que

cenarían juntos en aquella marisquería en la que años atrás casi se atrevió a besarla. Se dijo, entusiasmado, que quizás estaba escrito en el revés de alguna hoja del Tonalamatl que a la tercera —¿o era ya la cuarta?— iría la vencida. Pero Lucía alegó motivos de trabajo para quedarse en la capital y poco o nada más había escuchado de ella desde la conferencia de prensa. Dada su escasa educación sentimental, y su íntima repulsa por las telenovelas, José Luis ni siquiera se planteó lo que cualquier charro de Jalisco habría hecho en semejante ocasión: ir a buscarla y decirle, en medio de uno de esos enormes aguaceros que a veces caen en la antigua Tenochtitlan, todo lo que sentía por ella.

Hubo, eso sí, un congreso-homenaje organizado por sus colegas de la asociación de periodistas, en el que académicos, arqueólogos y otros miembros de la sociedad civil debatieron sobre la práctica y la política de la repatriación de antigüedades, materia sobre la que todos tenían mucho que opinar y ninguno, salvo el propio José Luis, la menor experiencia práctica. Él volvió a exponer su versión de los hechos y defender sus actos. Se debatió calurosamente sobre si infiltrar historiadores mexicanos en las principales bibliotecas y museos del mundo —como parte de una organización secreta dedicada a la recuperación de códices— era el camino a seguir para lograr repatriar otros tesoros arqueológicos. Pero no todos los asistentes estuvieron de acuerdo con el principio de que ladrón que roba a ladrón tiene cien años de perdón.

—Un robo es un robo, señor Castañeda del Valle, no importa quién lo cometa ni cuáles sean los antecedentes —le dijo con dignidad un viejo profesor, de esos que abandonaron una carrera universitaria

para trabajar en las escuelas rurales de Quintana Roo por un sueldo de miseria.

Los que sí se alegraron sinceramente de verle, y celebraron su vuelta como si tratara de la de un torero, fueron sus amigos deportistas. La escuela de fútbol Quetzalcóatl le eximió del pago de las siguientes tres cuotas y montó una liquilla en la que él volvió a ocupar su tradicional posición de extremo, corriendo por el ala detrás del balón como alma que lleva el diablo. Y la misma afabilidad mostraron quienes, de una forma u otra, frecuentaban la pista de atletismo: sus compañeros de carreras, los jubilados que se sentaban a mirarlos, la señora bajita del puesto de bebidas, y en general hasta las ceibas y palmeras que engalanaban el parque.

—¡Ahí viene el bandido de París! —gritó al verle uno de los maratonistas.

—¡Qué bueno verle por aquí, licenciado! —dijo otro.

—Un agua de Jamaica para José Luis... —se oyó exclamar.

—¿Ahora? ¡Pero si vamos a empezar! Ándale, ándale. Bibliotecario el último...

Y salieron todos corriendo, entre parabienes y abrazos.

Sin embargo, no fueron pocos los que notaron que las horas pasadas en los calabozos y en compañía de Florentino «el Tigre» Ventura habían dejado un poso amargo en el estado de ánimo de José Luis. Cada vez que un coche de color blanco se detenía a su lado, escudriñaba inquieto el interior, incapaz de decidir si eran turistas en un taxi o el vehículo al que lo habían subido el día de su detención. La misma ansiedad le asaltaba si un desconocido de andares felinos le pedía la hora en la calle o si los Testigos de Jehová llamaban a su puerta, sobre todo si lo hacían mientras salía de la

ducha. Hasta cuando entrenaba con sus amigos, ya fuera por la zona hotelera o sobre el concreto ardiente de la pista de atletismo, no podía evitar la sospecha de que unas presencias invisibles lo seguían, acechándole, aguardando el momento propicio para echarle el guante y ponerle de camino a una bartolina del D. F. o a la Guyana francesa.

Su paranoia se vio acrecentada por un creciente sentimiento de injusticia, de haber sido ninguneado por las autoridades. Le parecía incomprensible que nadie del gobierno se hubiera dirigido a él para agradecerle el haber devuelto a México nada menos que el Tonalamatl de Aubin, el libro de los días o del destino, uno de sus grandes tesoros documentales.

—Lo mínimo sería recibir una carta de agradecimiento del pinche León-Portilla, ¿no crees, güey? —le dijo a su hermano, con el que se había reunido a tomar unas chelas cerca de la playa, en un bar de la zona hotelera.

Puede que no le faltara algo de razón. Sin embargo, León-Portilla, autor de *Visión de los vencidos*, representante de México ante la UNESCO y director del Instituto de Investigaciones Históricas, no tenía la más mínima intención de hacer tal cosa. El Tonalamatl era el tipo de documento que él había dedicado su vida a estudiar y reivindicar, pero en los círculos y espacios que León-Portilla se movía, entre los que se incluía, como no podía ser de otra forma, la Biblioteca Nacional de Francia, amparar las acciones de un vulgar ratero como Castañeda del Valle habría sido considerado de pésimo gusto. Lo que León-Portilla sí hizo fue proponer que el texto dejara de llamarse el Tonalamatl de Aubin, como se conocía hasta la fecha,

y pasara a denominarse con el más mexicano apelativo de Tonalamatl de los Pochtecas.

—Ya puestos, digo yo que lo podrían haber llamado el Tonalamatl de José Luis —dijo el propio José Luis, dolido por la forma en la que su nombre estaba siendo borrado de la historia.

—Mira, cabrón, agradece que no te hayan hecho pagar el viajecito en avión —respondió su hermano, mientras pedía otras dos cervezas.

José Luis no contestó. Cerca del mar, los cocoteros se enredaban en el viento, ajenos a sus cuitas, y él se quedó un rato mirándolos mecerse.

—Me pregunto qué será de ellos —suspiró al fin, casi mareado de tanto vaivén.

—Qué será, ¿de quién?

Los rayos del sol se reflejaron sobre su tatuaje.

—¿Pues de quién va a ser, menso? De los Señores del Día y de la Noche.

En el número 279 del Paseo de la Reforma, sede de la embajada francesa, el embajador Bernard Bochet se ajustaba los gemelos. El traje de Pierre Cardin y la corbata de Hermès a duras penas lograban disimular su hastío y su cansancio. En un par de horas estaría en la Secretaría de Relaciones Exteriores transmitiéndole al canciller Jorge Castañeda lo que opinaba el Quai d'Orsay sobre la liberación de José Luis Castañeda del Valle y la entrega del Tonalamatl al INAH, la institución mexicana encargada de la conservación del patrimonio histórico.

Había recibido dos telegramas esa mañana, uno por la vía oficial y el otro por la reservada, dándole instrucciones sobre cómo ejercer la máxima presión sobre el gobierno mexicano para conseguir la repatriación del manuscrito, cuyo robo había dejado en ridículo a toda una institución como la Biblioteca Nacional de Francia y, por consiguiente, al gobierno francés.

En el despacho, con el pelo cuidadosamente peinado hacia atrás y ese aire de superioridad que distingue a los funcionarios del Quai d'Orsay formados en la *École nationale d'administration*, le esperaba su *premier conseiller*. Era la única persona en todo el edificio cuya opinión Bochet tenía algún interés en escuchar antes de la reunión.

—¿Ha leído los telegramas? —le preguntó Bochet.

—Los dos, señor embajador.

—¿Y qué le parecen?

El consejero consideró la pregunta con la cautela de un Talleyrand, aquel famoso ministro de asuntos exteriores a quien Napoleón definiera, con su particular sutileza, «como mierda en una media de seda».

—Me parece que reflejan el estado de ánimo en París mejor de lo que reflejan la situación aquí.

Bochet asintió. Era exactamente lo que pensaba él, pero le resultaba reconfortante escucharlo de otros labios. Sus colegas atribuían a esa innata inseguridad suya el que le hubieran designado embajador en México y no en un destino de más copete, como Roma, Madrid o Tokio, no digamos ya Washington, Londres o Moscú, aunque, por carácter, y porque odiaba el sol con toda su alma, él habría preferido ser embajador en Suecia.

Se acercó a la ventana. El Paseo de la Reforma estaba ya animado a esa hora, con sus camiones y sus taxis y sus vendedores ambulantes instalados en las esquinas desafiando como cada día cualquier intento de regulación urbana. Ese caos de rojos, amarillos, verdes y azules chillones, y sus arrabales de servilletas usadas, palillos de dientes y latas aplastadas era una de las muchas cosas del país que Bochet no terminaba de entender. Tampoco entendía cómo un simple manuscrito había podido envenenar de tal modo las relaciones entre dos países amigos.

—Explíqueme cómo hemos llegado hasta aquí. Esto, —y agitó en el aire los dos telegramas— esto no puede ser solo el resultado de la sustracción de un manuscrito.

—No, señor embajador —respondió el consejero—. Está usted en lo cierto. Como se suele decir aquí, llueve sobre mojado.

Una reproducción de Tláloc, dios de la lluvia, que había en la estantería dio un pequeño salto, feliz de escuchar la referencia.

—En México, señor embajador, los agravios no se olvidan jamás por muchos acuerdos que se alcancen. Un mexicano ofendido no responde necesariamente de inmediato. Puede guardar silencio durante años, pero no olvida, y no perdona fácilmente. Y menos si ese mexicano es el presidente de México. Ya sé que suena a tópico, pero... Algo de cierto hay.

El consejero se refería al conflicto entre Francia y México a cuenta del precio del petróleo que había tenido lugar un año antes, en julio de 1981, y que López Portillo se tomó como un intento de humillar a su gobierno en la esfera nacional e internacional, no como un desacuerdo comercial.

—Y de ahí...

—Y de ahí que aproveche este asunto del Tonalamatl para ajustar cuentas.

Bochet se apartó de la ventana y regresó a su escritorio, donde había dejado los telegramas. El primero, el oficial, era relativamente moderado: expresión de malestar, solicitud de devolución del manuscrito, invocación de los tratados internacionales pertinentes. Lo típico. El segundo, el de los canales reservados, era otra cosa. Era una lista de instrumentos de presión que el Quai d'Orsay ponía a su disposición para el caso de que la vía diplomática ordinaria no diera resultados. Bochet la había leído con una mezcla de comprensión profesional y malestar personal.

—Todo este problema del manuscrito... —dijo con melancolía.

—Llega en el peor momento posible —terminó la frase su subordinado—. La deuda, el peso, el petróleo...

—Y usted es de la opinión de que no hay forma de reconducir este tema... ¿Cómo decirlo? De manera más... discreta.

De tanto mirar por la ventana los tenderetes, Bochet se había formado la opinión de que en México todo se compra y se vende.

—Me temo que no —señaló su subordinado—. La narrativa del patrimonio robado es muy poderosa aquí. Muy poderosa. Los mexicanos, ya sean de clase alta o baja, se lo toman de forma visceral. Y cuando el agregado de prensa de la embajada declaró que el Tonalamatl era «nuestro»... —hizo un gesto cubriéndose con la mano los ojos para resumir la catástrofe de esas dos palabras—. Eso lo empeoró todo.

Bochet hizo una mueca de fastidio. Ese había sido su primer error grave en este asunto: no haber atajado las declaraciones públicas de la embajada con suficiente rapidez. Pero era difícil anticipar que un

comunicado de prensa de tercer orden escrito por un imbécil iba a desencadenar semejante tormenta.

—¿Y qué hay del ladrón? Ese tal... ese tal...

—¿Se refiere al «héroe»? ¿A Castañeda del Valle?

—Sí, al mismo.

—Todos los informes que tenemos indican que es un traficante de antigüedades aficionado. Si hubiera sido menos patoso, le habrían pagado un buen dinero por ese texto en Nueva York. Sabemos de forma aproximada lo que hizo en esos días y con qué marchantes habló. Al fin y al cabo, a la mitad de ellos se les permite que continúen con sus trapicheos en París a cambio de pistas que nos ayuden a resolver casos como este.

—¿Y si hiciéramos público todo lo que sabemos?

—Pues tampoco resolveríamos nada. Confíe en mí, señor embajador. Nadie creerá que es un pícaro ni aunque bajara del cielo San Pedro a dar fe de ello en la Plaza de Toros Monumental de México. Y menos cuando se rumorea que la BnF está considerando restringir el acceso a investigadores mexicanos hasta que el manuscrito sea devuelto.

—¿Eso es legal?

—Quién sabe. Pero es lo que Gourdon ha sugerido y es posible que él o su sucesor intenten llevarlo a cabo. En la práctica nadie va a impedirselo.

El embajador pensó en Gourdon, a quien había conocido brevemente en una recepción en París antes de venir a México. La medida, de tomarse, le parecía tan equivocada como la declaración del agregado de prensa.

—Eso solo servirá para arrojar más leña al fuego y alargar este embrollo—dijo Bochet, al que por algo apodaban Jacques el Fatalista.

—Efectivamente —replicó el consejero.

El embajador se puso en pie, se ajustó la chaqueta y miró una última vez los telegramas. El primero lo guardaría en la carpeta que llevaría a la reunión. El segundo se quedaría en la caja fuerte del despacho, ya sabría él cómo transmitir su contenido al canciller Castañeda. Cogió su carpeta y se dirigió a la puerta. Ya se disponía a salir del despacho con el paso cansado pero firme de un galo que parte a enfrentarse con las legiones de Julio César, cuando le interrumpió su consejero.

—Una última cuestión antes de que se marche, señor embajador.

—Dígame.

—El manuscrito... El Tonalamatl ese...

—Sí, ¿qué ocurre?

—Yo me andaré con ojo.

—¿Por qué?

—Dicen que está embrujado.

El embajador francés llegó a la Secretaría de Relaciones Exteriores, situada en la Torre de Tlatelolco, a un costado de la Plaza de las Tres Culturas pasada la una de la tarde. Era un edificio de veintitantas plantas, funcional y moderno, que contrastaba con las ruinas del antiguo convento colonial, el cual, a su vez, se asentaba sobre los cimientos de un gran templo azteca que en su día fue uno de los centros ceremoniales más importantes de Mesoamérica, y que los

frailes franciscanos, tan dados ellos a conservar el patrimonio, utilizaron como cantera. Una vez dentro, Bochet se enteró, para su disgusto, que el canciller Castañeda no lo estaba esperando allí, sino en el restaurante Versailles del Hotel del Prado.

—Por supuesto... Muy conveniente.

No es que el hotel estuviera muy lejos, a unos tres kilómetros en línea recta, pero para llegar a él tenía que deshacer el camino andado y volver básicamente por donde había venido. Al embajador no le pasó desapercibido lo simbólico del agravio, por mucho que el asistente del canciller se disculpara profusamente por la confusión causada y echara las culpas del malentendido a una secretaria recién contratada que tenía órdenes tajantes de no decir palabra.

—Al Hotel del Prado —le dijo Bochet a su chófer intentando ocultar su enfado.

Dejando tras de sí una cortina de humo, el Peugeot 604 de la embajada enfiló la avenida Manuel González y giró poco después hacia el Paseo de la Reforma en dirección a la Avenida Juárez. La entrada principal del Hotel del Prado se ubicaba justo frente a la Alameda Central, en la esquina de la avenida Juárez y la calle Revillagigedo. Presentaba una fachada de bordes redondeados y una estética de modernidad racionalista que hacían de él uno de los lugares más sofisticados de todo el Distrito Federal.

—El señor canciller le espera en el restaurante —le informó nada más atravesar el lobby un funcionario de la cancillería que se ofreció a acompañarle hasta allí.

A esa hora el restaurante Versailles estaba habitualmente cerrado, pero el canciller Castañeda había pedido que lo abrieran para él y le acomodaran una mesa justo en el lugar donde antaño había estado

el mural de Diego Rivera *Sueño de una tarde dominical en la Alameda Central*, pintado específicamente para ser expuesto en ese espacio hasta que en los años sesenta fue trasladado al vestíbulo principal del hotel. Pero ese día era como si el tiempo no hubiera pasado, como si el mural estuviera allí todavía presente, y el canciller y el embajador fueran dos figuras sacadas directamente del gigantesco cuadro.

—Excelencia, bienvenido —dijo el canciller levantándose de la silla y tendiendo su mano al embajador francés.

Se sentaron. En el ambiente flotaba el verde de los ahuehuetes de la Alameda, el rojo de los uniformes militares del siglo XIX y el azul del cielo que Rivera había desplegado sobre cuatrocientos años de historia mexicana. Un mesero depositó sobre la mesa una cesta de pan y dos copas de vino blanco. En una mesa aledaña, con sus primeras hojas desplegadas, reposaba el Tonalamatl, que el canciller había hecho traer del INAH para la ocasión, como si fuera un comensal más.

El gesto de estupefacción del embajador francés al ver el libro hizo que el canciller sonriera para sus adentros.

—Excelencia, quiero que sepa que el gobierno mexicano comprende perfectamente la situación que este desafortunado incidente ha creado para Francia y lamentamos profundamente las circunstancias en que todo esto ha ocurrido. Me he tomado la libertad de traer el libro con la esperanza de que, al verlo, comprenda mejor lo que significa para México.

La Catrina de Rivera, con su elegante boa de Quetzalcóatl, observaba la escena desde lo alto, divertida con la aparente seriedad con la que aquellos dos señores discutían sobre un libro que ni ella

ni nadie de su entorno de blanquecinas osamentas se había tomado nunca en serio.

—Se lo agradezco, canciller —respondió el embajador, contrariado—. No era necesario que se tomara la molestia. París desea resolver esto con discreción y prontitud. No quisiéramos que un incidente así dañara una relación bilateral de tan larga y fructífera historia.

Jorge Castañeda, un hombre de unos sesenta años, al que tan solo le faltaba el bombín o el sombrero de copa para no desentonar en el cuadro de Ribera, se mesó el mostacho.

—Comparto ese deseo. Sin embargo —dijo, haciendo girar su copa de vino—, debo ser honesto sobre los límites de nuestra posición. México no puede devolver un documento que, según nuestra legislación, no ha sido objeto de delito alguno en territorio nacional. El señor del Valle —no se le escapó a Bochet que el canciller evitaba el apellido compartido— actuó en Francia, no en México. Y ese documento salió de México en el siglo XIX en circunstancias que, con todo respeto a la Biblioteca Nacional, difícilmente podrían considerarse legales.

El *maître* anunció los primeros: cóctel de camarones de entrante, muy rico, seguido de crema de elote, la respuesta mexicana a la *vichyssoise* francesa. Los comensales le escucharon sin inmutarse. Tras ensalzar las virtudes de ambos platos y comprobar que a esos dos hombres su explicación les importaba un bledo, el *maître* optó por retirarse, no sin antes hacer una exagerada reverencia, que por eso el restaurante se llamaba Versalles.

—Señor canciller —señaló Bochet sin perder de vista el Tonalamatl—, si la posición de México se mantiene en esos términos, París se verá obligada a revisar el marco de nuestra cooperación cultural.

Hay tres exposiciones programadas para el año próximo, intercambios académicos en marcha y una cooperación técnica que podría resentirse.

El canciller no se inmutó, acostumbrado a recibir amenazas con la misma cara con la que jugaba al póker. Pero en el cuadro hasta los generales más emperifollados habían detenido su paseo para ver cómo terminaba aquello.

—Lo lamentaríamos profundamente —dijo al fin, chasqueando la lengua—. México valora enormemente su relación cultural con Francia. Aunque debo advertirle —añadió, cambiando ligerísimamente de tono— que una decisión de esa naturaleza tendría consecuencias para su país en otros foros.

Bochet asintió sin escandalizarse. Era perro viejo. Pero no podía quitarse de encima la sensación, absurda en un hombre de su formación, de que el verdadero interlocutor de aquella comida no era el canciller, sino aquella tira de piel pintada que lo miraba desde la mesa de al lado con cuatrocientos ojos. «Dicen que está embrujado», recordó, y apartó la idea con un sorbo de vino.

Había llegado el punto en que cada uno había mostrado sus cartas visibles y ahora correspondía decidir si se jugaban también las que estaban boca abajo. Detrás de ellos, Hernán Cortés, con sus manos de asesino alargadas, y Benito Juárez sosteniendo la Constitución, contenían la respiración.

—Huachinango a la veracruzana —anunció intempestivamente el canciller mientras unos meseros cambiaban los cubiertos.

—¿Cómo?

—El plato principal, Excelencia. Me he tomado la libertad de pedirlo por usted. Tiene que probarlo. Le va a encantar.

Súbitamente descolocado, Bochet dudó un momento. Tenía delante de los ojos, metafóricamente hablando, el segundo telegrama. El de los canales reservados. Lo que el Quai d'Orsay llamaba con eufemismo administrativo los *instruments de pression complémentaires*.

—Señor canciller —dijo, intentando no prestar atención ni al Huachinango ni al Tonalamatl, que parecían estar confabulados—, quiero que sepa que el gobierno francés tiene un interés genuino en facilitar las relaciones entre nuestros dos países en todos los ámbitos. Incluyendo algunos que van más allá de lo estrictamente cultural o diplomático. Hay ciudadanos mexicanos, algunos de ellos en posiciones relevantes, que tienen intereses en Francia que nuestro gobierno podría, en un clima de mayor cooperación bilateral, ayudar a gestionar con mayor... fluidez. Las administraciones son complejas, y los procedimientos pueden acelerarse o ralentizarse según las circunstancias. Estoy seguro de que usted me entiende.

El canciller se limpió los labios con la servilleta y lo miró fríamente. El Quetzalcóatl que Rivera había pintado enroscado al cuello de la Catrina estaba ahí, paseando con sus escamas verdes y su lengua bífida por encima del plato de pescado, susurrando algo que ninguno de los dos hombres habría querido escuchar claramente.

—Le entiendo perfectamente, Excelencia. Lo que puedo ofrecerle —dijo finalmente el canciller, doblando la servilleta sobre la mesa—, es llevar su posición directamente al señor presidente. Es una decisión que excede mi autoridad y que requiere su consideración personal. Le haré saber su respuesta en el plazo más breve posible.

Para irritación del chef y de los Señores del Día y de la Noche, ninguno de los dos tocó el postre: budín de pan de conejo con

ganache de chocolate, una delicia de Oaxaca. El mesero lo retiró sin preguntar. Se había hecho tarde y, de común acuerdo, declinaron la tradicional copa que sigue al café en tales ocasiones. Se levantaron, se estrecharon la mano con la misma firmeza de antes y, tras hacer un gesto a un funcionario para que retirara el Tonalamatl, el canciller acompañó al embajador hasta la entrada del hotel.

Allí, les estaban esperando los conquistadores, campesinos, curas, liberales, dictadores y revolucionarios que tan expresivamente pintara Rivera. Todos ellos sonriendo con esa ecuanimidad que tienen los muertos.

—Le agradezco la comida, canciller —dijo Bochet tendiéndole la mano—. El huachinango, sobre todo.

—Vuelva cuando quiera, Excelencia. Y no se preocupe: pronto tendrá noticias nuestras.

—Eso espero.

—Aunque ya le adelanto que no creo que sean las que a usted le gustaría llevarse a París.

Bochet sonrió fríamente, se subió al coche y se perdió en el tráfico de vuelta a la embajada francesa. Atrás quedaron el canciller Castañeda y el funcionario que había guardado el Tonalamatl en su cofre.

—No se dio cuenta, Manolo —le dijo el canciller.

—Tenía usted razón, señor canciller —respondió el otro.

—Ya te dije que era un buen facsímil.

Tal y como era de esperar, el canciller se reunió con el presidente en la biblioteca del palacio presidencial de Los Pinos, en el Bosque de

Chapultepec, esa misma noche. Sobre la gran mesa de caoba, entre los volúmenes encuadernados en cuero y los recuerdos de Estado, había desplegado el verdadero Tonalamatl para que el presidente pudiera observarlo en todo su esplendor.

López Portillo se inclinó sobre él largo rato, sin tocarlo, recorriendo con los ojos las hileras de dioses y de números.

—Así que este es el famoso libro —murmuró—. El que tiene a los franceses con el alma en vilo.

—El mismo, señor presidente. Bochet me lo ha pedido hoy de todas las maneras posibles, y de alguna que otra no tan amable.

—¿Y qué le has dicho?

—Que la decisión le correspondía a usted, naturalmente.

El presidente se enderezó. Una de las figuras del manuscrito, un personaje de rostro rojo y negro montado sobre lo que parecía una liebre, parecía devolverle la mirada.

—Están locos si creen que yo voy a devolver un tesoro nacional —espetó.

Castañeda, diplomático de carrera y abogado de profesión, podía tener un retorcido sentido del humor, pero era ante todo un hombre pragmático. Veía venir el conflicto con Francia y sabía que era mejor evitarlo:

—El embajador Bochet dice que Mitterrand consideraría no hacerlo poco menos que un insulto.

—¿Mitterrand? ¿El socialista? Vamos. No me jodas, Jorge.

—Quizás podríamos negociar. Decir que se lo llevó por despiste. Devolverlo discretamente...

López Portillo se levantó del sillón, visiblemente molesto.

—¿Sabes qué me dijo mi hijo esta mañana? Que el tal Castañeda del Valle debería ser condecorado. Mi hijo, Jorge. El subsecretario.

El canciller suspiró. Al menos lo había intentado. Conocía bien al presidente. Hombre del aparato del PRI, su mandato coincidió con un auge en el precio del petróleo que llevó a un *boom* económico y una inversión faraónica en infraestructuras algo más que cuestionables, como los veinte reactores nucleares que se pensaba instalar en el país, y de los cuales finalmente se terminó solo uno, el de Laguna Verde.

—¿Te acuerdas de cuando vino Giscard a Yucatán hace tres años a firmar acuerdos, Jorge? Todo sonrisas. Champagne. Abrazos.

—Me acuerdo, señor presidente.

—Aquellos eran otros tiempos.

Y vaya si lo eran. Para 1982, la política expansiva de su gobierno, la corrupción y la caída del precio del petróleo dejaron ese y otros proyectos en ruinas y al país al borde de la quiebra.

López Portillo cogió uno de los periódicos que reposaban sobre la mesa de reuniones del despacho y fijó su atención en la foto en la que Castañeda del Valle salía en compañía de Florentino Ventura poco después de ser detenido.

Puede que no fuera sino un vulgar ladrón, pero ese hombre alto y seco de carnes, de rostro enjuto y facciones marcadas, que tenía algo de Quijote y mucho de don Pablos, no dejaba de caerle bien al presidente. Miró la foto, luego el Tonalamatl abierto sobre la mesa y, cual la Esfinge a Edipo, le planteó a su canciller un acertijo.

—¿Sabes cuál es la diferencia entre un bibliófilo francés y un bibliófilo mexicano? —le preguntó.

—No, señor.

—El francés te cuenta de dónde sacó cada libro. El mexicano a quién se los vendió.

Jorge Castañeda fingió que le hacía gracia el chiste y se apresuró a servirle un *whisky*.

Aunque no era ajeno a los rumores de que Castañeda del Valle había intentado vender el documento en Nueva York, López Portillo compartía con el presunto ladrón la pasión por el pasado de México. Esa pasión le había impulsado en 1965 a escribir una novelita dedicada a Quetzalcóatl que la prestigiosa editorial Gallimard tradujo oportunamente al francés en 1978, quizás para facilitar el acuerdo sobre las nucleares.

—«Yo soy el Quetzalcóatl» —había escrito en un arrebató poético el joven López Portillo, hay quien dice que en referencia a sí mismo—. «Yo soy la serpiente emplumada. Repto y vuelo. Tierra y aire. Lodo y cielo. He caído y me levantaré. Así me conocerán. Así me recordarán».

Dadas las simpatías del mandatario hacia Quetzalcóatl, no es de extrañar que se extendiera el rumor de que José Luis Castañeda del Valle no había actuado solo, sino que había contado con el apoyo tácito, o incluso directo, de las más altas autoridades mexicanas, y que su disparatada idea de formar una organización secreta dedicada a la recuperación de códigos prehispánicos había surgido en los pasillos del Palacio Nacional.

Los que argumentaban que la operación podía haber contado con el tácito apoyo de Los Pinos apuntaban además a la espectacular biblioteca que había mandado construir en su mansión de la avenida Paseo de los Laureles, en Cuajimalpa, una enorme sala espiral de varios niveles de la que Carlos Monsiváis señalaría que estaba

«escenográficamente concebida para concitar el estupor», y en la que López Portillo planeaba refugiarse tras abandonar el poder para dedicarse en cuerpo y alma a sus libros, a la literatura y el pensamiento, como un moderno Nezahualcóyotl. Ya llegaría el momento de hacerlo, pero, por ahora, el poder era aún lo suyo. Y con él, la responsabilidad de decidir qué hacer con aquel libro que le había traído su canciller.

Dejó el periódico de lado y hojeó los documentos que el INAH le había preparado sobre el códice que había robado Castañeda del Valle. En realidad, no necesitaba leerlos. Conocía perfectamente la historia de ese documento que estaba enfrente suyo, pues, además de haberse empapado de mitología y filosofía azteca para escribir sus novelas, las malas lenguas sostenían que sus padres habían consultado a un *tonalpouhqui* el día de su nacimiento, y este les había predicho que el chaval volaría alto. Y lo hizo: cual águila o zopilote.

Qué carajo, pensó. Si iba a salir de Los Pinos, lo mejor era despedirse sin agachar la cerviz ante Francia.

—No, Jorge, no vamos a devolver nada. Si acaso, vamos a exigir que nos devuelvan el resto. Que cancelen lo que quieran. Tanto me dan las pinches exposiciones.

—Cómo usted guste, presidente. Y con Del Valle, ¿qué hacemos? Su hijo no es el único que aplaudiría que lo recibiera aquí, en Los Pinos o, al menos, que se organizase un acto de reconocimiento en el INAH.

—No te pases, Jorge. Suficiente con que hayamos retirado los cargos. Por ahora, simplemente vigílenlo y que se quede tranquilo.

No vaya a ser que le dé por irse a Roma a robar otro códice y nos meta en un problema con el Vaticano.

—Sí, sería una pena, con la buena onda que hubo con Wojtyła...
—respondió el canciller.

López Portillo sintió que, desde las hojas abiertas del Tonalamatl, Mayáhuel le susurraba algo al oído.

—Eso me da una idea, Jorge —dijo—. ¿Sabes lo que podemos pedirle al papa que nos traiga de regalo la próxima vez que venga a visitarnos y que dejará en evidencia a los franceses?

El canciller lo miró expectante.

—Un códice.

—¿Un códice, señor presidente?

—Sí, un códice, Jorge, un códice. Ya verás.

El canciller arqueó ligeramente las cejas, pero intentó lo mejor que pudo disimular su escepticismo.

—Muy bien, ¿eso es todo?

—Sí, Jorge, y no me vuelvas a molestar con este tema. No quiero volver a oír hablar de Castañeda del Valle.

Y con la conciencia tranquila de quien ha cumplido con su deber, se recostó en su butaca de lectura preferida a leer *Una familia lejana* de Carlos Fuentes, la última novela que le había regalado su mujer y que, al parecer, había comprado en Barcelona el día de Sant Jordi.

Mientras tanto, en Cancún, José Luis intentaba superar por todos los medios el vacío que le había dejado la pérdida del Tonalamatl. Lo echaba de menos físicamente. Había dormido a su lado, le había hablado en duermevela, lo había sentido enraizar en sus entrañas. Y

ahora el libro estaba en una vitrina climatizada, custodiado por guardias que desconocían su nombre, contemplado por turistas que pasaban de largo camino de la Piedra del Sol. Lo había recuperado para México, sí, pero México se lo había arrebatado a él.

—Hay que joderse —musitó.

Quizás si hubiera vuelto a Cancún con Lucía las cosas habrían sido distintas. Un clavo saca otro clavo, y nada mejor que el amor para olvidar un libro. Pero no pudo ser. La única dispuesta a consolarlo era la vecina del sexto derecha, que estaba coladita por sus huesos, pero a él le recordaba demasiado a Coatlicue, la de la lengua de serpiente. Así que, para olvidar a una e intentar no tropezarse con la otra, y quitarse de la cabeza el Tonalamatl, salía a correr de madrugada. Volvía empapado en sudor, se duchaba y se tumbaba en la cama. Pero tan pronto cerraba los ojos, el resto de sus sentidos se aguzaban, intentando distinguir, bajo el silbido del ventilador, el ronroneo infernal de los ronquidos de Tláloc o el roce con las lámparas de algún volátil al aletear por el salón.

Una vez más fue su hermano el que le dio una idea. Había leído en un libro de autoayuda que escribir sobre las propias experiencias y las de otros permitía combatir el estrés y el desánimo, y pensó que era justamente lo que José Luis necesitaba.

—¿Yo? ¿Escribir yo?

—Sí, güey, ¿acaso no eres periodista?

—Sí, pero...

—No hay peros que valgan.

—¿Y qué hago con ello?

—Pues si te sale del huevo se lo mandas por carta al presidente de México, que él también ha escrito de estas cosas, o al que le

suceda, pues a Portillo ya no le queda mucho en Los Pinos.

—Estás pedo... ¿Al presidente de México?

—Claro, ¿y por qué no?

Y por qué no. La crónica literaria estaba muy de moda en México, especialmente desde que Monsiváis publicara *A ustedes les consta*. Claro que él no podía compararse con Monsiváis, Leñero o Poniatowska, pero ¿acaso no tenía derecho a contar la historia de cómo el Tonalamatl salió y volvió a México? ¿Quién mejor que él para contarlo, aunque el resultado fuera una historia delirante?

—A mí lo que me parece inverosímil es que le hayan dado el Rómulo Gallegos a Del Paso por *Palinuro de México* —remachó su hermano—. Eso sí que es delirante.

—¿Pues qué quieres que te diga? Ya me gustaría a mí escribir: «Ella fue al baño y dio un portazo en ruso... Acabamos haciendo el amor en esperanto».

Rieron como cuando eran niños, los dos hermanos.

Con la conversación todavía fresca, al día siguiente se puso una guayabera, agarró un bus y se plantó en el pueblo de Mani, a unos cuatrocientos kilómetros de Cancún. Quería ver con sus propios ojos el lugar donde Diego de Landa organizó su famoso auto de fe y había mandado quemar los códices en 1562. Aparcó frente al convento de San Miguel Arcángel. Tras mucho escarbar por un lado y por otro, creyó encontrar en el atrio de aquella iglesia las cenizas de aquel fuego, y empezó por ahí su historia.

—Quemar lo que se ama. ¡Qué bárbaro! —se dijo, imaginándose la hoguera.

Durante un viaje al D. F., recuperó todo cuanto pudo encontrar sobre la extraordinaria vida del caballero Lorenzo Boturini, Señor de

la Torre y Hono. En su honor, se compró él también una muela de gigante —o por tal se la vendieron— que colocó al lado de su destartada Olivetti, como antaño los escritores barrocos colocaban en su escritorio una calavera.

—Hablando de calaveras, tenemos una de cristal, muy bonita. Se lo digo por si le interesa —le dijeron en la tienda.

Se la llevó de pisapapeles.

Fin de semana, sí, y fin de semana, no, los turistas le veían paseando entre las ruinas que Waldeck había retratado ciento cincuenta años antes, y que él nunca había visitado a pesar de llevar años viviendo en Quintana Roo. Por mucho que se esforzó, sin embargo, no encontró elefantes ni exuberantes amazonas por ninguna parte.

—Quizás se le subiera la sífilis a la cabeza, al pobre —concluyó delante de una estela pensando en el pintor.

Y ya de vuelta en Cancún, leyó tumbado en una hamaca los tratados que Aubin había compilado durante décadas de trabajo solitario y obsesivo en París; y se compadeció de su suerte. Puede que fuera un ladrón, pero también lo era él, y Aubin, al menos, era un ladrón sabio que ayudó a sus víctimas a entender lo que les había robado.

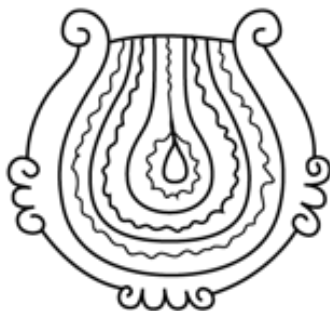
—Que digan lo que quieran, pero algo es algo.

Todo ello lo fue consignando en cartas. Una, y otra, y otra, y otra. La mayor parte las dirigió al presidente De la Madrid, que había llegado al poder en diciembre de 1982 con la misión imposible de poner orden y concierto en el desastre que había dejado tras de sí el mandato de López Portillo; y, cuando terminó el sexenio de De la Madrid, se las mandó a Salinas de Gortari.

La terapia tuvo el resultado que anhelaba su hermano, pero no exactamente del modo que este había anticipado.

Poco a poco, a medida que escribía, los dioses y señores del Tonalamatl fueron retornando a su apartamento, llenando sus días y sus noches de una inenarrable felicidad. Tlazolteotl, la devoradora de inmundicias, le susurraba cosas al oído mientras entrenaba a los chavales, que iban y venían detrás de los balones como pequeños jaguares. Itzpapálotl, la Mariposa de Obsidiana, la de alas bordeadas de cuchillos, revoloteaba alrededor de la bombilla de su despacho, hablándole de otros códigos, poblados de otras deidades, todavía más extrañas y temibles, que aguardaban su rescate. Paynal, el mensajero veloz de Huitzilopochtli, le traía a la mente imágenes que él iba transcribiendo sin detenerse a preguntar cómo un dios podía saber cosas tan diversas; y mientras tanto, unas veces subiendo de su escritorio, y otras bajando, saltaban alrededor de la falsa muela de gigante, alegres, cientos de conejos.

La última carta que escribió llegó a Los Pinos a principios de 1990, unos meses antes de la segunda visita a México del papa Juan Pablo II. Tenía la caligrafía de un niño de cinco años y los márgenes llenos de floridas calaveras de cristal que él mismo había dibujado.



8.

Calaveras de cristal

AUGUSTINE LOUISE MATHILDE ÉLIE, mejor conocida como madame Goupil, última propietaria del Tonalamatl, tenía el sueño profundo y el carácter firme, cualidades imprescindibles en una casa como la suya. Su suegra, María Ana Benita Meléndez, a la que todos llamaban cariñosamente Maman Nita, aseguraba descender por línea directa de una princesa azteca, de aquellas que se casaron a la fuerza con los conquistadores y, cuando podían, les echaban veneno en el chile. Entre ella y su hijo, Charles Eugène Espidon Goupil, se dedicaron durante años a llenarle la casa de ídolos, urnas funerarias, amuletos, piedras diversas, cerámicas pintadas, máscaras y un retrato de cuerpo entero del emperador Moctezuma que colgaron en el salón, y en el que se le veía tan al natural que parecía que el mismísimo Leonardo hubiera pintado su diadema de plumas y que Miguel Ángel

hubiera esculpido sus labios delgados y su cara tatuada, si no fuera porque ese David mexicana, esa Gioconda azteca, no estaba inmóvil, sino que había quien juraba que sus manos salían del marco del cuadro para retorcer el cuello de quien tuviera el atrevimiento de mirarle a los ojos.

Como le contara muchos años después a Léopold Delisle, director de la Biblioteca Nacional de Francia, durante el acto de donación del manuscrito, nada en su más tierna infancia presagiaba un destino tan singular ni podía ella imaginarse siendo una niña que un día se vería convertida en dueña y señora de un libro de los días azteca y de lo que restaba de la colección de códices que otrora atesorara el señor Lorenzo Boturini, caballero del Sacro Imperio Romano, Señor de la Torre y Hono, pariente lejano del conde Wigfredo de Borge, de los de Poitou y de los de Aubernia, y del duque de Aquitania.

Había nacido en París un frío 13 de diciembre de 1844, en el seno de una familia procedente de Normandía que había hecho fortuna en la Francia de finales de la Monarquía de Julio, lo que le había permitido establecerse en la Rue de Valois 9, una de las calles más acomodadas de la ciudad. Su padre, Emmanuel Auguste Elie, ferviente católico, tenía ya setenta y tres años cuando ella vino al mundo, lo que explica que una de sus principales obsesiones fuera darle a su hija una educación esmerada que le permitiera encontrar un pretendiente lo antes posible que asegurara su futuro. Su madre, que tenía cincuenta y cuatro, no podía estar más de acuerdo con aquel anciano al que llamaba su marido. Juntos habían levantado de la nada, tan solo con su esfuerzo, un taller de bisutería que contaba ya con varios empleados, y en el que creaban y daban forma a joyas

reales y de fantasía, haciendo broches, enganches, pasadores, flores artificiales con cristales y hasta horquillas y hebillas para coletas.

Aficionada a la lectura desde niña, Augustine sentía predilección por la clase de historias que escandalizaban a su confesor. Podía pasar horas enteras absorta en la lectura de las obras de Gautier, especialmente *La Cafetière*, donde un joven llamado Théodore participa en un baile de fantasmas, y *Onuphrius*, en la que el protagonista se ve atrapado en una inquietante confusión entre la realidad y sus propias fantasías. También le fascinaba *Smarra*, de Charles Nodier, con su sucesión de visiones infernales marcadas por la pasión, la culpa y la muerte, así como los poemas en prosa de *Gaspard de la Nuit*, de Aloysius Bertrand —en particular aquel en que una docena de brujos comían sopa de cerveza, y cada uno de ellos manejaba el hueso de un muerto a modo de cuchara—. Pero su favorito, sin duda, era *La Vénus d'Ile*, donde Prosper Mérimée narra la misteriosa muerte de un joven esposo a manos de una antigua estatua romana durante su noche de bodas. Le gustaban tanto esos libros que su madre llegó a escondérselos, temiendo por su salud. No podía sospechar la buena señora que no había volumen en aquellos estantes, por siniestro que fuera, capaz de competir con el que la Providencia, u otra instancia mucho menos piadosa, tenía ya reservado para su hija.

En los raros momentos en los que no estaba ocupada con un libro, Augustine disfrutaba sacando de su cajón la estupenda colección de joyas falsas de su madre. Admiraba la perfección de los engastes, especialmente el *sertissage en serti clos* (engaste cerrado) o el delicado *serti griffes* (engaste de garras), la soldadura de los *chatons* (las cajas que sostienen las piedras) y el *martelé* con el que su padre

había creado sus texturas. Los sábados por la mañana solía acompañarle a su taller de la Cité Riverin para observar de primera mano cómo se hacían todos aquellos objetos, costumbre a la que su progenitor accedía de mala gana, pues la llegada de la hija del dueño, con su cara llena de pecas y sus rizos apenas retenidos por una coleta, generaba un cierto revuelo entre los operarios que más de una vez rompieron un broche por mirarle los tobillos.

—No puedes venir vestida así —le susurraba su padre, sin mirarla—. Aquí se trabaja con fuego, y estos caballeros ya tienen suficiente lumbre con sus fantasías.

Fue durante una de esas visitas al taller donde conoció a Eugène Goupil, su futuro marido. Era dueño de un pequeño local de exportación de telas y vestidos al otro lado de la calle y se había ganado la confianza del padre de Augustine, con quien no tardaría en asociarse, gracias a los orígenes normandos de su familia y un notable olfato para los negocios. La primera vez que se cruzaron, él estaba examinando unas hebillas recién terminadas, mientras ella se inclinaba sobre una bandeja de broches de cristal. Al notar su presencia, Eugène carraspeó y se acercó, buscando algo que decir.

—¿Le interesan las piedras? —preguntó, señalando el broche que Augustine sostenía entre los dedos.

—Solo los secretos que esconden —respondió ella, sin apartar la vista del objeto—. Aunque sean mentira.

Delisle, que escuchaba a madame Goupil desde el otro lado de su enorme escritorio de caoba, se sorprendió a sí mismo inclinado hacia delante, pendiente del relato de aquella viuda a la que, una hora

antes, había recibido por puro compromiso. Consultó su reloj de bolsillo: aún faltaba más de una hora para que el acto de donación comenzara formalmente, así que invitó a madame Goupil a pasar a un salón aledaño a su despacho, movido no solo por la cortesía que solía mostrar con los benefactores de la Biblioteca, sino también por la curiosidad de saber cómo había conocido a su marido, cuya colección había heredado, pues llevaba tres años bajo tierra.

Como era habitual en la época, aquel encuentro fortuito en el taller de la Cité Riverin dio lugar a otros más formales en la casa que los padres de Augustine tenían en el centro de París. Eugène era unos diez años mayor que Augustine, no muy alto, con una frente larga y estrecha en la que se asomaban ya dos pronunciadas entradas, los ojos muy juntos, de un color claro, las cejas pobladas, aunque no excesivamente grandes, y una barba muy cuidada que se extendía por el cuello y la mandíbula hasta la parte inferior de la oreja. Su piel, de un ligerísimo tono cobrizo, refulgía al atardecer o en presencia de su madre. Era francés, pero no había nacido en Francia, sino en México, y hablaba con un ligero acento de mexicano normando o normando mexicano que llamaba poderosamente la atención. Una vez formalizado el noviazgo, comenzaron a dar largos paseos, siempre vigilados a cierta distancia por la madre de Augustine, durante los cuales —entre risas y alguna que otra caricia furtiva— Eugène fue desgranando la historia de su familia.

Su abuelo, Pierre Nicolas Goupil, se había embarcado en 1820 rumbo a Veracruz, llevándose consigo a su hijo, Joseph Víctor Goupil, futuro padre de Eugène, que por aquel entonces tenía apenas catorce años. Los vástagos de los lugareños martirizaron al joven poniéndole todo tipo de mote que hacían burla de su frente

despejada y su deficiente uso del español. Quizás por llevarles la contraria y demostrarles que, a pesar de ser francés, era más mexicano que cualquiera de ellos, terminó casándose unos años más tarde con una mestiza de tez morena, pelo lacio y oscuro, nariz ancha y labios carnosos, llamada María Ana Benita Meléndez.

—¿Una mestiza? Pero Víctor, ¿lo has pensado bien? —había objetado el abuelo Nicolás cuando su hijo le presentó a la que sería su mujer.

El abuelo no se opuso al matrimonio con la *indienne*, como la llamaba, mientras el enlace no perjudicara a los negocios, y estos, con Víctor al frente, marcharon viento en popa.

La pareja no tardó en tener hijos. Además de a Eugène, el primogénito y favorito del abuelo, tuvieron al menos otro vástago: Louis Ciriaco, un hombre extraordinariamente guapo y fornido que se convirtió en toda una leyenda en la familia.

—No sé si presentártelo —le dijo Eugène a Augustine, fingiendo celos—. Allá en México no hay mujer que no esté enamorada de él.

Delisle notó que el rostro de aquella mujer vestida completamente de luto se iluminaba al recordar el día de la boda, que tuvo lugar el 14 de mayo de 1864 en el Pabellón de Sully. Era este un edificio de enormes ventanales que formaba parte del Château-Neuf que Enrique IV hizo construir en Saint-Germain-en-Laye, no muy lejos de la capital, y que Papa Nito, que es como Augustine llamaba a su suegro Víctor, había comprado cuando regresó a París. Reconstruirlo fue una excentricidad típica de indiano, en la que su suegro no reparó en gastos, y a la que no tardó en sumar otra.

Papa Nito hizo traer de los alrededores de Tacuba —la antigua Tlacopán, que en tiempos prehispánicos formara parte de la Triple

Alianza junto con Tenochtitlan y Texcoco— unas cuantas docenas de agaves con el propósito de plantarlos en los extensos jardines que rodeaban al pabellón. La mayoría murieron durante la travesía, y los que sobrevivieron tardaron en agarrar, pero, cuando lo hicieron, se convirtieron en todo un espectáculo. La gente venía de diez leguas a la redonda solo para verlos.

—Los vecinos dicen que son plantas del diablo —le dijo Augustine a Maman Nita una mañana en la que sorprendió a su suegra arrancando hojas secas de uno de los agaves.

—Quizás no vayan del todo desencaminados —respondió su suegra, sin ni siquiera levantar la vista.

Por las tardes, cuando salía a pasear por los jardines, Maman Nita contemplaba las hileras de maguey que se levantaban ante ella, sin decir nada, pero con un gesto de profunda satisfacción, como si todas esas plantas que había traído su marido fueran soldados de un ejército del que ella se consideraba generala y estuvieran esperando sus órdenes para lanzarse a la invasión. Como Napoleón a sus húsares, conocía a cada una de ellas por su nombre y sonreía al ver cómo las bayonetas de sus hojas, alargadas, verdes y puntiagudas, adquirirían una tonalidad todavía más verde y puntiaguda cuando ella las tocaba.

La felicidad conyugal de la joven pareja no tardó en verse interrumpida por el súbito fallecimiento del padre de Augustine. Su muerte hizo que Eugène asumiera las riendas del negocio familiar. Haciendo gala de una determinación rayana en la obcecación, apostó todo lo que tenía al que había sido hasta entonces el más humilde de los objetos que los padres de Augustine producían en su

taller: unas pequeñas pero brillantes perlas de colores hechas de metal.

Una noche, después de cenar, Eugène dejó caer sobre la mesa un buen puñado de ellas. Brillaban como si se hubieran tragado un arcoíris, cada una reflejando a su manera la luz de las velas en un caleidoscopio de verdes, azules y rojos.

—Tu padre se reía de mí cuando le hablaba de estas bagatelas. Decía que eran cosa de niñas, que no había futuro en ellas.

Augustine cogió una entre los dedos y la observó con atención.

—Son bonitas, pero... ¿de verdad crees que la gente las comprará?

—No solo las comprará. Nos harán ricos, Augustine. Más ricos de lo que tu padre jamás soñó con sus esmeraldas falsas y sus rubíes de cristal.

La presencia de un ujier en la puerta del salón obligó a Delisle a levantarse. Intercambió algunas palabras con él, firmó unos documentos y volvió a sentarse al lado de madame Goupil. Reparó entonces en el pequeño broche que la viuda llevaba prendido en el cuello del vestido: una liebre de plata, tan diminuta y discreta que era fácil no verla, sentada sobre las patas traseras, con dos minúsculas esquirlas de azabache por ojos, una de las muchas prendas de las que habían salido a docenas de los talleres de la Cité Riverin antes de que se dedicaran casi en exclusiva a las perlas metálicas de colores.

La demanda de las mencionadas perlas creció de forma tan abrumadora que su marido no tardó en verse obligado a ampliar el

negocio y abrir una fábrica en Chaumontel, una localidad a las afueras de París, conocida hasta entonces únicamente por un pequeño castillo que el príncipe de Condé, Henri Jules de Borbón, había hecho reformar a principios del siglo XVIII. Gracias a ella, y a las novedosas técnicas de galvanoplastia desarrolladas por Eugène, las perlas metálicas Goupil pronto se hicieron conocidas en toda Europa, poniendo los cimientos de la considerable fortuna de la que llegaría a disfrutar el matrimonio y permitiendo a su esposo entregarse a su verdadera pasión: las antigüedades.

Augustine todavía recordaba con exactitud su primera visita a una tienda de anticuario: un pequeño local situado enfrente del Museo de Cluny, no muy lejos de la Sorbona, en el que sobresalía un cartel que anunciaba «Antigüedades Mexicanas». Tenía unos grandes ventanales a través de los que se divisaban varios estantes. En la vitrina izquierda, detrás de un letrero que decía «Se habla español», se exponía un hueso enorme que parecía el fémur de un gigante o de algún animal de tamaño colosal. En el lado opuesto, sostenidos por cuatro estantes, había una infinidad de otros objetos que parecían mirar con cierto aburrimiento los árboles ya sin hojas de las frías calles de París: figuritas sonrientes de Veracruz —de las llamadas «remojadas»—, venaditos con ruedas, silbatos, ocarinas, e incluso la talla de un hombre envuelto en una serpiente emplumada representando a Quetzalcóatl. En muchas de ellas, todavía podía observarse, medio borrado, el sello del Museo Nacional.

Tras saludarles educadamente, el dueño les dejó curiosear, fingiendo no prestarles atención, pero en realidad sin quitarles la vista de encima. Se llamaba Eugène Boban, y era un hombre alto, con un cuidado mostacho y de pelo moreno, que peinaba con una

raya en medio. Vestía de forma algo estrafalaria y tenía un rostro cuadrado y un aire de confianza infinita en sí mismo y en lo que decía, mucho de lo cual era cierto, aunque no del todo.

—¿De dónde proviene esto? —preguntó Eugène, tomando una figurita y girándola con los dedos para observarla mejor desde diferentes ángulos.

Boban se le acercó desde detrás del mostrador.

—De Cuernavaca. Del antiguo convento de Nuestra Señora de la Asunción.

—¿Y cuánto vale?

—Me temo que no está en venta.

Sorprendido, Eugène lo miró preguntándose si aquel hombre singular hablaba en serio.

—Todo está en venta, monsieur.

—No para cualquiera. —Boban se acercó—. Pero usted no es cualquiera, ¿verdad? Habla español como mexicano, pero viste como parisino. ¿Qué es usted?

—Las dos cosas. O ninguna. Depende del día.

Boban soltó una carcajada.

—Entonces ya somos dos. Yo tampoco sé qué demonios soy.

Augustine hizo una pausa y, antes de continuar, se aseguró con una mirada furtiva de que el director de la Biblioteca —que tenía previstas para esa jornada otras cuatro donaciones, un recuento de obras orientales y una charla con el primo del ministro— le estuviera prestando atención. Era obvio que consideraba a ese oscuro anticuario el principal responsable de su desgracia, y no quería que ese detalle le pasara desapercibido.

Como muchos otros jóvenes de su generación, Boban había abandonado Francia en 1857, decidido a escapar del reclutamiento obligatorio impuesto por Napoleón III para sostener sus ambiciosos proyectos militares.

—No tenía los medios para hacer que alguien fuera en mi lugar y no me veía muriendo por gloria ajena —le confesó a Eugène una tarde, mientras servía café en su gabinete—. No nací para soldado.

Su primer destino, sin embargo, no fue México, sino California. Allí se había dedicado a la minería en plena fiebre del oro, esperando, como tantos otros, convertirse en millonario de la noche a la mañana, mas sin lograrlo. Boban, que en California había aprendido español, no tardó en darse cuenta de que México ofrecía mejores perspectivas, y se instaló en la capital, abriendo una tienda de antigüedades a escasas dos cuadras del convento de San Francisco.

Fue una decisión providencial, pues, en su afán por socavar el poder de la Iglesia y recaudar fondos con los que implementar su programa de gobierno, el gobierno de Benito Juárez no solo había expropiado muchos de los bienes de aquella, sino que los vendía a precios de saldo. Boban no dejó pasar la oportunidad de hacerse con libros, imágenes, cuadros, crucifijos, cálices y reliquias.

—Imagínese, monsieur Goupil —le contaría en otra ocasión Boban, señalando una vitrina repleta de cálices y relicarios—, todo esto, por menos de lo que cuesta un traje en la Rue de la Paix.

La invasión francesa y la llegada al poder de Maximiliano de Habsburgo le ofreció la oportunidad de ampliar el negocio. De la noche a la mañana se autoproclamó Anticuario del emperador, y añadió a su ya de por sí sustancial colección de antigüedades coloniales, muchos otros objetos curiosos: urnas, cerámicas, figuras,

máscaras, metates, collares, cráneos y pinturas. Llegó a tener en su poder la calavera del famoso forajido mexicano Antonio Rojas, jefe de la banda de los Galeanos que aterrorizó el estado de Jalisco y héroe de la guerra contra los franceses, al que dispararon por la espalda en 1864.

—¿La calavera de Rojas? —dijo Eugène, sorprendido.

—Como lo escucha. Con su nombre grabado en la frente y una leyenda en francés que decía «abatido por un soldado de la compañía del capitán Berthelin del 81.º regimiento». Me la ofreció un coronel que necesitaba dinero para volver a Europa. No pregunté demasiado.

En los meses siguientes, los Goupil volvieron una y otra vez a la tienda de Boban, al que el marido de Augustine llamaba ya, con afecto, «mi querido tocayo». Los dos podían pasarse horas charlando sobre tal o cual calle de la ciudad de México, de la comida, de los conocidos que ambos tenían. A Augustine, sin embargo, aquel hombre de modales refinados y conocimiento enciclopédico —que había dejado en México a su mujer, con la que, según decía con una media sonrisa, estaba «medio casado», y de la que solo reveló que procedía de Chiapas— le intrigaba y repelía al mismo tiempo. Era como si algo en él no terminara de encajar.

Poco tiempo después estalló la guerra contra los prusianos y los Goupil decidieron prudentemente abandonar la ciudad. Cuando, al finalizar el conflicto, quisieron volver a visitar la tienda de Boban, la encontraron cerrada. El panadero de la esquina les contó que el anticuario había vendido todo apresuradamente y regresado a México. La mayor parte de los objetos de la colección acabaron en el recién inaugurado Museo de Etnografía del Trocadero. Entre ellos

destacaban dos pequeñas calaveras de cristal, una del tamaño de una uva y la otra tan grande como una toronja. Viéndolas expuestas en una sala del museo, Maman Nita, que de calaveras y sacrificios sabía más que el sumo sacerdote de Teotihuacán, dijo que eran más falsas que la donación de Constantino:

—Estas calaveras nunca han visto un templo azteca. Las ha hecho algún pendejo europeo con demasiado tiempo libre.

Todo el mundo le rio la ocurrencia, pero nadie le hizo caso.

Llegada a este punto, y convencida de estar abusando del tiempo y la paciencia de aquel alto funcionario del Estado, madame Goupil juzgó prudente poner fin a la conversación con Delisle, pero el director de la Biblioteca Nacional no quiso ni oír hablar de ello. Le aseguro que de ninguna forma era una molestia, que, por favor, continuara. En realidad, le fascinaba conocer los detalles escabrosos de los libros que pasarían a integrar las colecciones de la Biblioteca Nacional, detalles que —sin revelar nada que pudiera considerarse indecente— a veces compartía con sus amistades más íntimas; y por nada del mundo habría dejado de enterarse de las circunstancias que llevaban a madame Goupil a deshacerse del Tonalamatl y del excepcional conjunto de manuscritos mexicanos que poseía.

El caso es que ni ella ni su marido volvieron a saber nada de aquel misterioso personaje hasta años más tarde, cuando, ya dueños de una fabulosa fortuna gracias a su negocio de perlas de colores, se enteraron de que había regresado a París. Feliz de encontrarse —aparentemente por casualidad— con su querido tocayo, Eugène no

tardó un instante en invitarlo a cenar a la mansión que habían construido en Chaumontel, cerca de la fábrica.

—Adivina quién viene a cenar mañana, querida —le dijo a Augustine.

—¿Tu hermano Ciriaco?

—No, tonta —exclamó cariñosamente—. ¡Monsieur Boban, el anticuario!

La cena fue exquisita y regada con un burdeos que Eugène guardaba para las grandes ocasiones. Entre plato y plato, Boban fue devanando lo que había sido de él en aquellos años. Al parecer, había abandonado París precipitadamente, no como resultado del avance del ejército alemán y de la instauración de la Comuna, sino al recibir noticias del fallecimiento de su primera mujer.

—No es que mantuviéramos una relación muy estrecha —dijo, sirviéndose más vino y sin mostrar la más mínima pesadumbre—, pero le había dejado a su cargo algunos objetos de importancia y, no estando ella ya presente, no podía permitirme el lujo de que corrieran el riesgo de perderse...

Una vez en México, y con los francos que obtuviera de la venta de su colección en París, abrió un local al que bautizó como el Museo Científico. «Un templo a la Razón», lo llamó; en realidad, un guiño nada sutil al general Porfirio Díaz y sus políticas modernizadoras.

El lugar, más que un museo, era un gabinete de curiosidades que albergaba una biblioteca y tres salas: una dedicada a etnografía, otra a colecciones arqueológicas y la última a la craneometría.

—Pero la sala que más impresionaba a los visitantes —les confió Boban, como un niño travieso— era la última.

Y no era para menos. Allí, para mayor impacto teatral, hizo instalar un catafalco churrigueresco —«barroco mexicano auténtico, queridos amigos»— en el que se exhibían cuatro momias que había conseguido sacar del monasterio de Santo Domingo. De ellas decía, con tono solemne y voz baja, que habían sido enterradas tras sufrir horribles torturas a manos de la Inquisición.

—Al parecer estos mártires de la fe se levantaban por las noches y deambulaban por los pasillos del museo, arrastrando sus vendajes; o al menos eso me contaba el vigilante.

La sala de las momias —añadió Boban con dramatismo— albergaba además todo tipo de cráneos: naturales y artificiales, deformados y prístinos, antiguos y recientes. Entre ellos destacaba otra de sus famosas calaveras de cristal, esta vez a escala real, que brillaba al acercarle un candil con un resplandor casi sobrenatural. Boban aseguraba que los antiguos mexicas la habían tallado sin más herramienta que la arena y la paciencia de siglos.

—Magnífica, era magnífica —suspiró Boban—. Una pieza única.

Sin embargo, la fortuna no sonrió al anticuario en esta ocasión. Cuando intentó vender la pieza al Museo Nacional de México, convencido de que pagarían una fortuna por semejante tesoro, surgieron las primeras dudas.

—Me acusaron de fraude, los muy... —confesó, apretando los dientes—. ¡A mí! ¡Con toda mi experiencia y conocimiento!

El escándalo le obligó a abandonar México precipitadamente, aunque no sin antes llevarse la sustancial colección de piezas arqueológicas y antigüedades que había amasado en parte —y aquí bajó la voz, mirando alrededor como si alguien pudiera escucharlos

— con el consentimiento y la complicidad de Leopoldo Batres, el inspector general de monumentos arqueológicos.

—Un hombre... «práctico». Ya me entienden —dijo con una mirada cómplice.

Antes de regresar a Europa, el anticuario decidió detenerse en Nueva York. Los americanos se mostraron mucho más receptivos que los mexicanos y, sobre todo, mucho más *generosos*. La famosa calavera de cristal que rechazara el Museo Nacional fue adquirida por la joyería Tiffany's —«¡Imagínense, Tiffany's!», exclamó— y posteriormente vendida por esta al British Museum por una suma considerable.

—Así que la calavera terminó en Londres —comentó Augustine dando a sus palabras un toque de ironía.

—Sí, lamentablemente así es —respondió Boban—. Al lado de tantas otras cosas que los británicos han ido saqueando por el mundo.

La conversación se extendió hasta altas horas de la noche. Augustine notó con preocupación que su marido seguía con inusitada atención cada detalle que Boban daba sobre las piezas que había traído consigo como muestra, preguntando por procedencias, precios, contactos, como si estuviera calculando, sopesando posibilidades.

Unos días más tarde Eugène realizó una visita de negocios al nuevo establecimiento que su querido tocayo había inaugurado en París cerca del Hôtel Drouot. Augustine supo a qué iba incluso antes de que él se lo dijera: había salido de casa con la determinación característica de quien ha tomado una decisión. Una vez allí, no se

anduvo con rodeos: ofreció comprarle toda su colección y lo contrató *in situ* para que adquiriera más piezas y las catalogara para él.

Cuando regresó a casa y le contó a su esposa lo que había hecho, esta hizo lo que pudo para ocultar su disgusto:

—¿Se puede saber cuánto has pagado por ella?

—Eso no importa —dijo él, quitándose el abrigo.

Y era verdad. El dinero no importaba. Las chimeneas de la fábrica de perlas de colores funcionaban a pleno rendimiento.

Desde que fueran interrumpidos por el ujier, Delisle solo había abandonado su sillón para servirse un *cognac* y traer un vaso de agua a madame Goupil. El nombre Boban no le sonaba de nada, pero recordó que algo había escuchado sobre las famosas calaveras de cristal aztecas en los círculos que él frecuentaba. Habiéndose él mismo dedicado a rastrear falsificaciones y robos, prefirió no decir nada hasta ver dónde acababa todo aquello, y solo hacerlo si afectaba directamente a la donación que estaba a punto de recibir de esa mujer en tanto que director de la Biblioteca Nacional. Dado que sus propios expertos habían certificado el valor de la colección que pasaría a integrar sus anaqueles, se tranquilizó pensando que no había nada que temer y la dejó continuar.

Tras la firma del contrato entre Boban y su marido, la mansión de Chaumontel —que hasta entonces había sido principalmente una residencia familiar— se convirtió en una réplica a pequeña escala del Xanadú de Charles Foster Kane, aunque, a diferencia de aquel, las obras de arte, estatuas y objetos que llenaban las salas y pasillos provenían exclusivamente de México. Augustine asistió con

resignación al espectáculo de ver a su marido y su suegra abrir caja tras caja, desenvolviendo ídolos, máscaras y vasijas, pero a punto estuvo de desmayarse al ver llegar las que transportaban a las cuatro momias y su catafalco. Habrían depositado las piezas en el salón, no muy lejos del retrato de Moctezuma, que observaba lo que ocurría no menos alarmado que ella, si no fuera porque se mantuvo firme.

—No, a mí no me ponéis esto dentro de casa.

—Pero Augustine... Son piezas únicas, mujer. Testimonio vivo...

—Muerto, querrás decir. Testimonio muerto. Son cadáveres, Eugène.

—Reliquias históricas.

—Cadáveres, Eugène —replicó, mirando a su marido y a su suegra—. Ya podéis sacar ahora mismo este catafalco de aquí y montarlo en el cobertizo del jardín.

Por primera vez desde que entrara en el despacho del director de la Biblioteca, madame Goupil se rio, evocando lo absurdo de la situación.

—Si ahí hubiera acabado todo, señor Delisle, probablemente no estaríamos hoy sentados aquí y yo no estaría contándole mis secretos —le había dicho.

Pero no. Se ve que estaba escrito en alguna parte del Tonalamatl, el manuscrito del que iba a hacerle entrega y del que hasta entonces ella nunca había oído hablar, que aquello era solo el principio de lo que estaba por llegar.

Una mañana, mientras se arreglaba ante el tocador, oyó los pasos de su marido en el vestíbulo y le escuchó subir apresuradamente la

escalera. Algo lo traía fuera de sí, y ella tuvo un vago presentimiento de lo que se trataba. No tardó en enterarse.

Al parecer, monsieur Aubin había accedido a abandonar su famosa reclusión y mostrar su colección de manuscritos a un pequeño grupo de personas, entre las que se contaban su marido, Boban, un profesor del Museo de París llamado monsieur de Quatrefages y el doctor Antonio Peñafiel, un mexicano que había sido nombrado responsable por su gobierno de preparar el pabellón que representaría a su nación en la Exposición Universal de 1889.

Unos días más tarde, estos cuatro caballeros se encontraron ante la gran puerta de madera que daba acceso al edificio de la Rue Malebranche, en el que todavía por aquel entonces residía Aubin.

—¿Está seguro de que nos espera? —preguntó Quatrefages.

—Me envió una nota apenas legible, pero sí. En eso quedamos —respondió Boban tirando del llamador del portón.

Desde el interior del patio, se escuchó al *concierge* dando grandes voces, quejándose de algo que no llegaron a entender. Unos instantes más tarde, el mamotreto de madera se abrió con estrépito y los cuatro hombres pasaron al interior.

El famoso americanista les recibió en bata y sin afeitar, les invitó a pasar al estudio en el que guardaba sus principales documentos y les ofreció un té con galletas que tenía un sabor espantoso.

—¿Es té de alguna planta... mexicana? —preguntó Peñafiel educadamente, intentando encontrar una explicación al mejunje que acababa de probar.

—Es té de la despensa —respondió Aubin—. Para serle honesto, no sé ni de dónde viene ni cuánto tiempo lleva ahí.

El estudio y los manuscritos se encontraban en un estado de confusión indescriptible. Les confesó que varios de ellos habían sido sustraídos por su secretaria, a la que recientemente había despedido tras una serie de desencuentros, cuyos detalles prefirió no compartir.

—En fin. Vean lo que queda. Todavía es considerable —dijo, reclinándose en un sillón.

En total, estarían dos o tres horas comentando los textos. Aubin pasaba de uno a otro, explicando procedencias, señalando detalles, clarificando términos. Pero al llegar a cierta tira de piel plegada como un biombo, se detuvo. La desplegó con un cuidado que no había tenido con los demás documentos, y durante un momento pareció olvidarse de sus visitantes.

—Este... Este, señores, es el Tonalamatl —dijo.

Quatrefages esperó una de aquellas doctas explicaciones con las que Aubin los había abrumado toda la tarde, pero esta no llegó. Aubin contemplaba el libro con una expresión difícil de descifrar, en la que Eugène acertó a vislumbrar la avidez del erudito y el fanatismo del misionero. Acarició el borde de las hojas, y algo se le ensombreció en el rostro. Al cabo lo plegó y lo apartó de sí, con más brusquedad de la que el gesto requería.

—Si algún día quemara todo esto —dijo entonces el anciano investigador con el rostro completamente transfigurado—, este sería el primero que mandaría a la hoguera, aunque también por el que más lloraría.

Nadie supo qué responder a aquello, y Aubin, como si él mismo se sorprendiera de lo que acababa de decir, cambió de tema y siguió con el resto de los papeles. Al final, visiblemente cansado, señaló que deseaba retirarse, lo que puso fin a la reunión.

Una vez en el exterior del edificio, y para asombro de todos, el doctor Peñafiel hizo patente su profunda decepción:

—Caballeros, debo serles franco. Esta colección no tiene prácticamente valor alguno. Ni siquiera ese ridículo... ¿Cómo lo ha llamado? ¿Tonalamatl?

Boban lo miró con suspicacia.

—¿Disculpe usted?

—El Museo de México cuenta con un sinfín de documentos similares, y mucho mejor conservados. Además, es obvio que monsieur Aubin tiene una infestación de ratas. Me pareció ver una del tamaño de un conejo detrás de las cortinas. Si me lo permiten, creo que atiende a sus manuscritos con la misma dejadez que a su persona.

Tras pronunciar tan rotundo dictamen, el buen doctor se despidió y puso rumbo a su hotel. Boban encendió una pipa, observando la figura de Peñafiel perdiéndose entre la niebla que envolvía las calles de París a esa hora.

—Tomen nota de lo que les digo: ese malnacido va a volver mañana.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Quatrefages.

—Porque conozco a los de su calaña... Y porque sé muy bien lo que hay en el Museo de México y no hay nada parecido al Tonalamatl.

Efectivamente, al día siguiente, el doctor Peñafiel regresó, esta vez solo, a la casa de la Rue Malebranche. Se presentó ante Aubin con una oferta que juzgó irrechazable para aquel anciano solitario y en bancarrota que estaba al borde del desahucio.

—¿Doctor Peñafiel? Pase. Pase. No esperaba volver a verlo tan pronto.

—Monsieur Aubin —saludó el mexicano, quitándose el sombrero—. Disculpe la intrusión, pero hay un asunto que no puede esperar.

Aubin lo condujo al mismo salón desordenado del día anterior, disculpándose por no poder ofrecerle más te, pues se le había acabado el día anterior.

—Monsieur Aubin —comenzó Peñafiel, tomando asiento—, seré franco con usted. He venido a hacerle una oferta.

—¿Una oferta?

—Sí, una oferta que creo que es... irrechazable.

Aubin enarcó una ceja, pero no dijo nada. Simplemente esperó a que aquel distinguido caballero expusiera lo que tenía que decir.

—Sé que su situación es delicada. Un hombre de su edad, solo, sin familia que lo asista. Estos edificios antiguos son caros de mantener. Y, claro, el desastre de Panamá...

—Vaya al grano, doctor.

—Muy bien. —Peñafiel se enderezó—. Le propongo lo siguiente: a cambio de que me venda sus manuscritos en este mismo momento, incluido el Tonalamatl, le garantizo una renta vitalicia a cargo del Gobierno mexicano. Una suma mensual que le permitirá vivir sin estrecheces lo que le quede de vida. Sin preocupaciones, sin deudas, sin amenazas de desahucio.

Aubin se rascó la cabeza y se mesó las barbas, como si no terminara de creerse lo que había oído.

—¿Cuánto? —dijo, mirando a Peñafiel fijamente a los ojos.

Peñafiel nombró una cifra. Aubin guardó silencio, y a punto estuvo de decir que sí.

Peñafiel se permitió una imperceptible sonrisa de victoria. Ya se veía como el tribuno que llevaría de vuelta a México la colección del célebre italiano Boturini, o lo que quedaba de ella, y quiso asegurarse de que el triunfo no se le escapaba.

—Por supuesto, esto debe quedar entre nosotros por el momento. Absoluto silencio. Le ruego que no diga nada a nadie, ¿comprende? En especial...

Miró a un lado y a otro, como temiendo ser escuchado, y luego, bajando la voz y adoptando un tono confidencial, añadió:

—En especial a monsieur Boban.

Toda la desconfianza que Aubin había ido amasando hacia el género humano a fuerza de desengaños se despertó en ese instante.

—Es por su propio bien —se apresuró a explicar Peñafiel—. Ya sabe cómo son estos comerciantes de antigüedades. Tienen sus propios intereses, sus propias redes. Podrían complicar la transacción, crear problemas innecesarios...

—Entiendo —replicó Aubin, sin dejarle entrever en lo más mínimo sus pensamientos—. Deme unos días para meditarlo.

Aubin despidió al doctor Peñafiel con un apretón de manos. Apenas estuvo seguro de que la figura de Peñafiel se había perdido en dirección al parque de Luxemburgo, Aubin se quitó la bata, se puso el primer abrigo que encontró y, calándose el sombrero, se marchó a ver a Boban, al que reveló la oferta que acababa de hacerle el caballero mexicano. Boban pidió a Aubin que le diera cuarenta y ocho horas, ni una más, y se dirigió a la fábrica de perlas de colores que los Goupil tenían en Chaumontel.

—¡A Chaumontel! —le gritó al cochero—. ¡Y rápido!

Llegó a la fábrica de perlas de colores de Chaumontel con el aliento entrecortado, como si hubiera sido él el que tiraba del carromato y no los caballos.

—¿Monsieur Goupil? —preguntó al primer trabajador que vio.

—En su oficina, pero está en una reunión...

Boban no se detuvo. Entró en la oficina sin siquiera llamar a la puerta. Eugène estaba en su escritorio, revisando unos libros de contabilidad con uno de sus empleados.

Ambos levantaron la vista, sorprendidos por la interrupción.

—¿Boban? ¿Qué demonios...?

—Voy sin duda a sorprenderle, señor Goupil —dijo, apoyándose en el escritorio—. El Tonalamatl y el resto de la colección Aubin está en venta y, si usted no lo evita, saldrán de Francia para siempre.

Eugène hizo un gesto al contador, indicándole que abandonara la sala.

—¿Y cuánto pide? —le preguntó, una vez que estuvieron solos.

Boban le dijo la cifra. Eugène palideció, pero no vaciló.

—Prepare los papeles. Hablaré con mi mujer.

El ujier asomó nuevamente la cabeza: todo estaba dispuesto. Era la hora de proceder al salón de actos. Delisle se puso en pie, se alisó la levita y ofreció su brazo con una cortesía algo anticuada, pero no por ello menos galante. Ella se apoyó en él y echaron a andar despacio, sin mediar palabra. A pesar de su turbación, Delisle rogó a Augustine que continuara contándole lo que pasó después mientras caminaban hacia allí.

—¿De verdad quiere saberlo, señor director?

—Solo si a usted no le importuna.

Una lágrima recorrió el rostro de la viuda. Ella lo recordaba como si fuera ayer.

Llovía a mares cuando Eugène irrumpió con el sombrero todavía puesto en el salón con un catálogo bajo el brazo. Sin quitarse siquiera el abrigo mojado, empezó a hablarle de Aubin, de sus manuscritos, de que Boban decía que era la oportunidad de una vida. Al escuchar el nombre del anticuario ella sintió una repulsa instintiva e intentó negarse. Suficiente tenía con el cuadro de Moctezuma colgado en el salón. Eugène, que estaba sinceramente enamorado de su esposa, tomó sus manos entre las suyas y las besó.

—Por favor, querida... Es una colección única, irrepetible, fascinante.

Augustine apartó la mirada para no caer en las redes de aquel tierno gesto y se negó de nuevo.

—¿Y si te dijera que entre esos papeles hay un libro, un libro especial, un libro como no hay otro en el mundo? Los aztecas lo llamaban Tonalamatl o libro de los días. Boban dice que quien lo posee puede ver lo que ha de venir. ¿No te gustaría saber lo que nos aguarda?

Augustine sintió un escalofrío. Todo eso le recordaba las historias que había leído en sus novelas de juventud y habría querido decirle a su marido que hay cosas que es mejor no saber, que un libro capaz de mostrar el porvenir es un libro capaz de arruinarlo, pero al final los besos, caricias y súplicas de Eugène vencieron su resistencia. Aceptó, con el vago presentimiento de que aquella decisión les costaría más de lo que imaginaban.

Delisle vio entonces a madame Goupil vacilar, como si dudara si seguir adelante con la historia o no. Se sentaron en un banco, a unos pocos metros de la sala de actos. El público había entrado ya y la galería estaba desierta.

—Tome el tiempo que necesite, madame Goupil. En realidad, no hay prisa. Todo el mundo sabe que estas cosas siempre empiezan con retraso.

Pasaron unos breves minutos. Cuando finalmente se repuso, madame Goupil le explicó a Delisle que, unas semanas después de la adquisición de la colección Aubin, como si los dioses del Tonalamatl no hubiesen encontrado otra forma de expresar su desaprobación por el hecho de quedarse en Francia en lugar de regresar a México, un espantoso incendio devastó su querida fábrica de perlas de colores.

Los criados acababan de servir la cena cuando notaron el resplandor de las llamas en la ventana. Al principio, Eugène pensó que se trataba de una tormenta, o quizás un relámpago inusualmente brillante, pero el fulgor no desaparecía, sino que, al contrario, crecía en intensidad, tiñendo el cielo de color naranja.

—¿Qué demonios...? —murmuró, acercándose.

Vio entonces un humo negro elevarse sobre los árboles y brillar, a lo lejos, el incendio.

—¡Augustine! —gritó, corriendo hacia las escaleras—. ¡Augustine, la fábrica!

El incendio había empezado en uno de los almacenes. Cómo puede incendiarse una nave que solo contenía pequeñas bolitas hechas de metal es difícil de explicar, pero un borracho que dormía por allí contó al gendarme del lugar que vio a dos personas entrar

en el almacén con una tea. Los Goupil inmediatamente sospecharon de esas acciones violentas que los obreros de las fábricas llevaban contra sus patrones, que tan de moda habían estado últimamente en Francia tras la celebración de la Segunda Internacional. Varios de sus trabajadores, infectados de la peste del socialismo y el anarquismo, habían amenazado en el pasado con prender fuego a su mansión de Chaumontel si no accedían a sus pretensiones. Sin embargo, el borracho no reconoció a ninguno de ellos. Dijo que los culpables eran dos ancianos, hombre y mujer, de apariencia indescriptible.

—Este hombre está delirando —dijo un gendarme que intentaba averiguar qué había ocurrido.

—¡No! —insistió el borracho—. Yo los vi. Los vi. El hombre tenía dos orejas enormes y unos surcos profundos en la cara. Y la mujer... Dios santo, la mujer. Tenía dientes gigantescos, como colmillos. Y algo en la cara que brillaba...

El gendarme escuchó su declaración con un gesto de fastidio.

—Siempre es lo mismo con estos malnacidos —suspiró, y para curarle la borrachera le dio un pescozón con la mano que, de haberlo hecho con la porra, lo habría desnucado.

Eugène, que había seguido a una distancia respetable toda la conversación, palideció de repente como si le hubieran mentado a un demonio del inframundo.

Augustine, que había venido con él, notó su turbación y le preguntó qué le ocurría:

—¿Reconoces a esos ancianos, verdad?

Eugène se apartó bruscamente.

—No, no... No digas tonterías.

—Eugène...

—Tengo que irme —dijo él, evitando su mirada.

Augustine lo miró con incredulidad.

—¿Ahora? ¡Eugène, tu fábrica está ardiendo!

Dispuesta a llegar al fondo de la cuestión, Augustine regresó a casa. Revolió las cajas que encontró en el sótano, buscó dentro de las vasijas de la cocina y finalmente se dirigió al salón, con una vela en la mano, pues los criados habían recogido ya los platos y esa parte de la casa estaba a oscuras.

Al principio no supo qué era lo que la hizo detenerse en el umbral. Todo estaba en su sitio: los ídolos, las máscaras, el retrato de Moctezuma, pero algo había cambiado. Alzó la vela y la acercó al cuadro para verlo mejor. La sangre se le heló en las venas. La cabeza seguía erguida, la mirada altiva, pero el brazo derecho, que reposaba sobre el pecho, se extendía ahora fuera del marco, rígido, con el índice tendido hacia la mesa del estudio contiguo con toda la dignidad de un emperador encerrado en un cuadro.

Allí, al lado del Tonalamatl, Boban había dejado unas notas en las que describía a uno de los ancianos que había descrito el borracho, y concretamente a Xihtecuhtli, el Señor del Año, dios del fuego, el día y el calor, señor de los volcanes, esposo de Chalchiuhtlicue, la de la falda de jade, que un día se comió al sol y la luna, nada menos.

Delisle observó a madame Goupil con compasión. Lo que acababa de escuchar era prueba irrefutable de que el sufrimiento y las desgracias habían trastornado a aquella pobre mujer que, a pesar de todo, conservaba todavía intacta esa belleza de antaño que tantas

miradas atrajera en el taller de bisutería que su padre poseyera en la Cité Riverin. Y, en parte, no se equivocaba.

La pérdida de la fábrica fue un duro golpe para los Goupil, pero sobre todo para Eugène, cuya salud, ya de por sí delicada desde la guerra contra los prusianos, pareció resentirse todavía más.

Fue Augustine quien, con firmeza y determinación, se puso al frente del negocio familiar. A ella no había anarquista ni espanto que la impresionara, y se habría encarado con el mismísimo Baal si se hubiese atrevido a poner su corona de cuernos dentro de su casa. Hizo instalar alrededor de la fábrica toda una serie de cepos para cazar osos con la esperanza de pillar *in flagranti delicto* a los responsables del incendio, fueran quienes fueran: sindicalistas, anarquistas o los susodichos Xiuhtecuhtli y su mujer. Luego, sin perder tiempo, se encargó personalmente de la reconstrucción de la fábrica, negoció con proveedores y discutió con el banco las condiciones de un préstamo que les permitiera volver a poner en marcha la producción.

Eugène no volvió nunca a los negocios, que juzgó a salvo en las manos de su mujer, sino que, tan pronto como recuperó algo de fuerzas, se dedicó a rastrear junto a su querido tocayo los manuscritos de la colección de monsieur Aubin que habían desaparecido en los años previos a la adquisición de la colección y que consideraban fundamentales para poder descifrar apropiadamente el Tonalamatl. Algunos aparecieron en el sótano; otros, en el ático; varios estaban guardados en cajas; muchos, en baúles; e incluso uno lo encontraron en un saquito de arroz de la cocina.

—¿Quién guarda un manuscrito en arroz? —preguntó Eugène, sacudiendo los granos con una mezcla de asombro y resignación.

—Alguien que teme más a la humedad que al olvido —respondió Boban, sin levantar la vista.

También había documentos que estaban en posesión de amigos, a quienes Aubin había olvidado habérselos prestado; y de conocidos, que habían olvidado devolvérselos con la esperanza de que el olvido fuera definitivo. Con todo, los más importantes estaban en posesión de Sidonie, su secretaria a la que Boban persiguió por doquier utilizando para ello todo tipo de ruegos, sobornos, conjuros, crucifijos, órdenes de búsqueda y captura, requisiciones judiciales, hampones, matones, presidiarios y una larga lista de indeseables que hicieron que aquella pobre mujer, que no había hecho más que servir a monsieur Aubin toda su vida, y que, si se había llevado alguno de los manuscritos, había sido como pago de sus desvelos y muchos sueldos atrasados al servicio de ese anciano, no tuviera más remedio que entregarlos.

Tanta pena le dio a Augustine la suerte de aquella desgraciada, abocada a la mendicidad en los bajos fondos de París, cuando no a algo peor, que la contrató como secretaria de la fábrica, donde floreció como una planta de cempasúchil en un cementerio. Sidonie no solo hizo un trabajo excepcional poniendo en orden los archivos y las cuentas, ajustando los márgenes de los proveedores y manteniendo a raya a los acreedores, sino que se las ingenió para atrapar a los responsables del incendio una noche en la que se disponían a quemar lo que quedaba de la fábrica. Augustine no sabía exactamente qué fue lo que les dijo, o con qué les amenazó. Solo que, a partir de ese momento, los veía entrar en la nave cada

mañana, sin rechistar, vestidos de operarios, para hacer perlas de colores junto al resto de los obreros.

—¿Y no se quejan? —preguntó Augustine.

—Ni una palabra —respondió Sidonie, mientras anotaba algo en su libreta—. Creo que les gusta el azul celeste.

Una vez recuperada casi al completo la colección, Eugène y Boban se dedicaron a catalogar y ordenar los documentos, pues Aubin se los había vendido tal y como los tenía en su estudio, es decir, en un estado semejante al del caos primordial del que habla Hesíodo. A menudo, Maman Nita se sumaba a las largas horas que pasaban estudiando el Tonalamatl. Esta, con su conocimiento enciclopédico de todo lo que tenía que ver con la historia de sus ancestros, les ayudó a aclarar el significado de más de una figura. En ocasiones, se escuchaba a los tres reírse sin parar, como si lo que descifraban no fueran oscuras profecías y eventos de sangre, sino algunos de los juegos de palabras que circulaban por Tenochtitlan los días de mercado y que, dichos durante los sacrificios, hacían que hasta el Gran Sacerdote tuviera que reprimir una carcajada en el momento más inoportuno. Sin embargo, durante la mayor parte del tiempo reinaba en la sala en la que trabajaban un silencio completo, tan solo roto por algunas palabras que parecían dichas por esos seres que, según cuentan, pululan en las mazmorras de algunos manicomios.

—¿Qué dice ese pasaje del libro, mamá? —escuchó Augustine decir a su marido.

—Nada bueno, hijo, nada bueno —llegó a entender que respondía Maman Nita.

Fuera lo que fuese que estuvieran haciendo, en los meses siguientes la mansión de los Goupil se llenó de conejos —los mismos que el señor Peñafiel dijera haber visto en la del señor Aubin—, unos conejos que parecían salir de los cajones y de los armarios y que saltaban por todas partes comiéndose los tapices. Dos meses los llevó deshacerse de la mayoría de ellos, aunque a algunos los guardaron, como curiosidad, en el gallinero, donde se dedicaron a matar del susto a las gallinas.

Delisle sacó de nuevo su reloj del bolsillo. Llevaban ya treinta minutos de retraso. Llamó al ujier y le pidió que anunciara a los asistentes que todavía tardarían quince minutos más. Había oído hablar de una famosa plaga de conejos que había asolado algunas localidades de los alrededores de París justo en el momento en el que la ciudad se preparaba para la exposición universal de 1889, y conjeturó que en la imaginación enferma de madame Goupil el evento había quedado registrado con esos tintes tan *peculiares*. También sabía que, a pesar de sus problemas económicos, los Goupil habían accedido a que algunos de los manuscritos más valiosos de la colección, incluido el Tonalamatl, se exhibieran en uno de los pabellones, pero curiosamente no en el que la República de México había montado para la ocasión. No le extrañó, por tanto, que madame Goupil lo sacara a colación en el transcurso de la conversación.

Augustine, que había acudido a ver expuestas las piezas que su marido había prestado, lo perdió de vista entre la multitud que visitaba la exposición universal. Supuso que habría ido a ver el

pabellón mexicano que, inspirado en la arquitectura de los templos mesoamericanos, había recibido muchos de los encomios que le eran negados a la Torre Eiffel. En la entrada del edificio, rodeado de un grupo de dignatarios, y explicando sus detalles arquitectónicos a un periodista francés, Augustine reconoció al doctor Peñafiel. Este, percatándose también de su presencia, se excusó educadamente con el periodista y se dirigió hacia ella.

—Señora Goupil —saludó, quitándose el sombrero.

—Doctor Peñafiel —respondió ella con una inclinación de cabeza.

—Es un placer verla aquí.

—El placer es mío. Su pabellón es extraordinario.

—Gracias —dijo él fríamente—. Me alegra que lo aprecie.

Hubo un silencio incómodo. Peñafiel miraba fijamente a Augustine, intentando evaluar cuánto sabía, hasta qué punto había participado en la decisión de su marido.

—Entiendo que su esposo también está exhibiendo en la exposición... —continuó Peñafiel al cabo de unos instantes— su colección de manuscritos.

—Así es.

—Los manuscritos de Aubin —el tono de Peñafiel, sin dejar de ser educado, se volvió más duro—. Fue... ¿Cómo decirlo? Muy afortunado en adquirirlos.

—Mi esposo hizo una oferta justa.

—Su esposo —Peñafiel eligió sus palabras cuidadosamente— evitó que un patrimonio de valor histórico incalculable retornara al país del que fue extraído con engaños y subterfugios.

Augustine sostuvo el embate sin vacilar.

—Mi esposo compró esos manuscritos para que la grandeza de México pudiera ser admirada y conocida en el mundo entero, doctor Peñafiel. Cosa que solo puede ocurrir si permanecen en París.

—¿París? —Peñafiel casi se atragantó con la palabra—. ¿Y por qué París en particular?

—Mire alrededor suyo, doctor. ¿Acaso no lo ve? —dijo Augustine—. En París es donde confluyen los sabios de los cinco continentes. Es aquí donde se preservan, se estudian, se comparten las creaciones de todos los pueblos de la Tierra. Estará de acuerdo conmigo, querido señor, en que más han hecho los franceses por desentrañar los misterios de esas pinturas que todos los mexicanos y españoles que hayan existido hasta ahora.

—El conocimiento sobre México debería estar en México.

—El conocimiento no tiene nacionalidad, doctor.

Peñafiel la miró largamente, y en sus ojos Augustine vio el esfuerzo que hacía por contenerse.

—Qué conveniente que piense así, señora Goupil —dijo finalmente—. Le ruego que me disculpe. Tengo que atender a estos caballeros. —Señaló al grupo con el que había estado hasta hacía un momento—. Por favor, dé mis recuerdos a su distinguido marido.

No hizo falta que el ujier reapareciera por tercera o cuarta vez para que Delisle comprendiera que ya no era posible demorar más su presencia, y madame Goupil y él echaron a andar hacia el salón donde les aguardaban las autoridades, la mesa cubierta de terciopelo y el acta de donación. Caminaban despacio, y ella aprovechó aquellos últimos pasos para arreglarse el vestido y llegar

al final de su historia sin una sola vacilación, con la voz serena y el gesto compuesto de quien sabe que dentro de unos instantes va a ser el objeto de las miradas de todo el mundo. Se sentaron a la mesa en el preciso instante en que terminaba de contarla.

Preocupada por el cariz que tomaba el mal de su marido, Augustine hizo llamar a su suegra, que hasta entonces solo venía a visitarles los fines de semana. Esta decidió mudarse de forma permanente con ellos y ponerse al frente de la recuperación de su vástago.

—No te preocupes, *ma petite* —le dijo a Augustine el día que llegó con tres baúles y una maceta con un cactus—. Yo me encargo de mi hijo.

—¿Y cómo piensa hacerlo, Maman Nita? —preguntó Augustine, mirando con recelo el cactus, que ya había pinchado a dos criados en el trayecto desde el coche.

—A mi manera, naturalmente —respondió su suegra.

Hizo venir de México a un curandero indígena especializado en la *ticiotl*, o arte de curar, que lo puso todo perdido de hierbas y brebajes, y que le recomendó a Eugène una serie de baños de vapor que, la verdad sea dicha, no provocaron un cambio observable en su estado de salud. Pero tampoco los médicos franceses fueron más afortunados con sus prescripciones y tratamientos.

Al final, Eugène Goupil no resistió más y falleció el 24 de octubre de 1895. A su madre le dio un disgusto cuando supo que sería enterrado en lugar de cremado, como era costumbre entre los nobles mexicas, pero se consoló preparando un ajuar con armas, joyas de oro y jade, textiles finos y otros bienes que consideraba que necesitaría en su viaje al Mictlán o inframundo. El cortejo fúnebre

salió de la mansión de Chaumontel, donde Augustine le estuvo velando toda la noche. El alcalde, los trabajadores de la fábrica y otros vecinos y curiosos se unieron a la procesión que lo llevó al cementerio. Su querido tocayo también quiso unirse, pero Augustine se lo prohibió terminantemente, pues en su fuero interno le consideraba responsable de haber alimentado la malsana obsesión de su marido por las antigüedades. No fue difícil disuadirlo, ocupado como estaba intentando expandir su negocio de calaveras de cristal. En secreto, sin embargo, el hábil anticuario maniobraba para comprar de la viuda la colección de manuscritos por una fracción de lo que había pagado su marido.

Nadie había vuelto a saber nada de madame Goupil hasta ese 24 de junio de 1898, cuando —de acuerdo con los deseos que su marido había expresado en su testamento— hizo entrega formal de los documentos y libros que habían pertenecido previamente a monsieur Aubin, incluyendo el Tonalamatl, a Léopold Delisle, director de la Biblioteca Nacional, quien, tras un edificante discurso, aceptó la donación en nombre del Estado francés. Madame Goupil fue condecorada con las Palmas Académicas de oficial, distinción instituida por Napoleón en 1808 y reformada por su sobrino Napoleón III en 1866 con objeto de honrar a las personas que se hubieran caracterizado por sus excepcionales contribuciones a la cultura francesa.

Una vez concluida la ceremonia, la sala se disolvió en corrillos. Un murmullo de felicitaciones y frases de compromiso llenó el salón, presidido por los retratos de los difuntos administradores de la Biblioteca. Delisle dejó pasar un rato, cumplió con los saludos de rigor, y cuando pudo, se acercó a despedirse de madame Goupil. Le

sorprendió encontrarla más risueña de lo que esperaba, muy distinta de la viuda apesadumbrada que había entrado en su despacho unas horas antes.

—Madame Goupil —dijo, intentando ocultar lo mejor que podía su contrariedad—, tengo asuntos urgentes que atender y debo marcharme, pero no quisiera dejar de agradecerle una vez más su generosidad.

—Es usted muy amable, monsieur Delisle.

—En absoluto, su piedad conyugal y su patriotismo son un ejemplo para todos.

Augustine sonrió.

—Usted se equivoca, monsieur Delisle. No lo hice por eso, o, al menos, no solo por eso.

—¿Ah no? —respondió Delisle, confundido—. Pero si usted misma...

—No, mi querido Delisle, lo hice por despecho.

—¿Despecho?

—Hacia monsieur Boban, que, tras el fiasco de sus calaveras de cristal, ha intentado por todos los medios quedarse con los manuscritos de mi marido.

—Ya veo —respondió Delisle con tono serio—. ¿Y alguna otra razón?

Augustine pensó un momento, y como si estuviera dirigiéndose a uno de los criados de su padre de la Cité Riverin, respondió:

—Sí, por librarme de una vez por todas de ese maldito libro. —Extendió su brazo derecho, y con el índice tendido, señaló el Tonalamatl con toda la dignidad de una emperatriz encerrada en un cuadro.

El libro brillaba en la mesa como si también él estuviera hecho de cristal. Al verlo, Delisle no pudo evitar un ligero estremecimiento seguido de la certeza de que habría sido mejor para todos, incluido él mismo, que ese y el resto de libros que otrora pertenecieran a Aubin nunca hubieran abandonado México.

—Ahora es todo suyo —le dijo al despedirse Augustine.



9.

El regalo del papa

ERA UNA TARDE GRIS de 1990 y caía una lluvia menuda sobre la ciudad de México. Como muchos de sus compatriotas, José Luis Castañeda del Valle encendió el televisor para ver la llegada del papa Juan Pablo II en directo. Apretujados en el sofá alrededor suyo estaban Tláloc, Mayáhuel, Ometochtli y Tezcatlipoca, y desperdigados por las habitaciones, el baño, la entrada y la cocina se encontraban además Mictecacíhuatl, señora de los difuntos, guardiana de los huesos, Xiuhtecuhtli, dios del hogar, que pensaba que la pantalla era un brasero parlante, Centéotl, que había traído tamales para todos, y Nezahualcóyotl, el rey poeta de Texcoco, que había llegado con unos cuantos libros bajo el brazo por si el aterrizaje y posterior ceremonia de descenso del avión del papa no estaba a la altura de sus expectativas.

—Vamos, vamos. Apúrense. Apúrense. Que ya viene —dijo Castañeda del Valle en voz alta, congregándoles a todos para ver juntos el espectáculo.

—Ya va, ya va —respondió una voz de ultratumba que José Luis prefirió no identificar.

—¡Qué prisas! ¡Ni que regresara el virrey Mendoza! —resopló otra.

Era la segunda vez que el papa visitaba el país. La primera había tenido lugar en 1979, once años antes, y José Luis —que entonces no hacía mucho que había fundado el periódico *El Informador del Caribe*, o que estaba a punto de hacerlo— todavía se acordaba, pero por si acaso lo había olvidado, ahí estaba Televisa, reponiendo las imágenes originales con el tono cálido y desvaído, de un naranja envejecido, que tenían las grabaciones de la época.

En aquella ocasión, el avión había aterrizado en la Ciudad de México a la una de la tarde hora local. En los alrededores del aeropuerto, miles de personas esperaban enfervorizadas la salida del santo padre. Cuando finalmente lo hizo, rodeado de una nube de fotógrafos y periodistas, los ciento doce músicos del Mariachi Monumental Alma de México se lanzaron a tocar las notas de Zacatecas y Cielito Lindo, con un estruendo festivo. A lo largo del trayecto que le condujo a la Catedral metropolitana, hombres y mujeres se acercaban a las vallas con sus hijos enfermos en los brazos o en sillas de ruedas para que fueran bendecidos por el soberano pontífice, postrándose de rodillas sobre aceras y bordillos. Una vez en el templo, el papa pronunció aquello de *Mexico semper fidelis* (México siempre fiel) ante el delirio de los fieles que se congregaron en el Zócalo.

—¡Es un santo, un santo en vida! —repetía una anciana envuelta en un rebozo, llorando de emoción.

—Santo o no —masculó a su lado un hombre con una cicatriz en la cara que le corría del labio hasta la oreja—, lo que es seguro es que de esto saca tajada.

—Cállese, blasfemo, que le va a oír el señor.

—Que me oiga. A ver si así baja a arreglar el precio del frijol.

Al día siguiente, después de que un coro infantil se acercara a su residencia para despertarle cantándole Las mañanitas, Juan Pablo II se dirigió a la explanada de la Basílica de Guadalupe, llena a rebosar de chilangos, oaxaqueños, norteros, nayaritas, duranguenses y morelenses, entre otros muchos mexicanos que se habían acercado hasta allí para contemplar de cerca y desear larga vida al Tata Juanatzin, que llegó montado no en un caballo blanco, como Santiago, sino en un improvisado papamóvil descapotable que, como asegurara el futuro cardenal Alfonso López Trujillo, a punto estuvo de causarle una insolación durante el viaje a Puebla.

—¡Qué tiempos aquellos! Lo que ha llovido desde entonces, ¿verdad, Tláloc? —recalcó Castañeda del Valle apoltronado en el sillón.

—Ni que lo jures, José Luis, ni que lo jures —respondió el dios de la lluvia, agarrando de una bandejita uno de los tamales que había traído Centéotl.

José Luis nunca había sido muy religioso, pero tener amigos, ya fueran del más allá o del más acá, no le venía mal a nadie, máxime si uno se dedica al periodismo y termina con sus huesos en una

cárcel del Distrito Federal, como había sido su caso ocho años antes. La irrupción de Florentino Ventura y sus hombres en su apartamento, justo en el momento en el que salía de la ducha, le dio un susto de muerte, aunque también supuso un alivio. Llevaba meses con el manuscrito a cuestas sin saber exactamente qué hacer con él. Venderlo era toda una tentación. Él no era un hombre rico, ni mucho menos, y no le habría venido mal el dinero, pero no tenía ni experiencia ni contactos en los bajos fondos del mundo del arte. En Nueva York, donde había intentado tasar el manuscrito, le habían ofrecido una cifra irrisoria, que no sabía si creerse:

—Bonito. Muy bonito.

—¿Cuánto?

—Depende. ¿De dónde salió?

—Eso no es relevante para...

—Todo es relevante, amigo. —El tipo encendió un puro—. ¿Ve ese sello? Es el de la *Bibliothèque nationale*. Esto huele a franceses cabreados. Huele a Interpol tocándome los cojones un martes por la mañana... Mire: cinco mil dólares. *Cash*. Ahora mismo.

—Pero... Si se trata de un manuscrito auténtico. Único.

—Cinco mil o la puerta —dijo el marchante dejando escapar una bocanada de humo—. Y yo que usted no estaría paseando esto por Manhattan como si fuera *The New York Post*.

Al final eligió la puerta.

Ya de vuelta en México, tuvo la oportunidad de declarar que tenía en su posesión el manuscrito al pasar la aduana, pero no lo hizo.

—¿Por qué se calló, José Luis? ¿Por qué no dijo nada? —le preguntó una y otra vez la Apisonadora sin dejar de mordisquear el

bolígrafo con el que tomaba notas durante las nueve horas de interrogatorio al que fue sometido tras ser detenido.

—No lo sé. No lo sé. Le juro que no lo sé —repetía desconsolado Castañeda del Valle.

Pero sí lo sabía, sí. Lo que no sabía era cómo explicarlo.

¿Cómo explicarle a un agente de aduanas de amplio mostacho y cara somnolienta que se había ido de turismo a Francia, había entrado en la BnF y se había llevado por las bravas un documento considerado poco menos que un tesoro nacional? ¿Y quién le garantizaba que el susodicho agente de aduanas no requisaría el documento sin más e intentaría venderlo él mismo? No es que el cuerpo se caracterizara por su fama de incorruptible, precisamente.

Así pues, lo único que afirmó tener en su poder al entrar al país fueron unas babuchas usadas que había comprado en un bazar de El Cairo, y que fueron manipuladas con un asco infinito por el funcionario de turno.

—¿Y para qué trae usted unas babuchas usadas de Egipto?

José Luis lo pensó un momento.

—Son un regalo...

El funcionario lo miró, miró las babuchas, y volvió a mirarle a él.

—Pase. Pase. Y quíteme esta porquería de aquí.

Una vez en su apartamento, guardó el Tonalamatl en una caja de zapatos, sin saber cuál sería su siguiente paso. Una opción habría sido ponerse en contacto con el INAH, pero eso era más fácil decirlo que hacerlo. Él era abogado, periodista y maratonista aficionado, no un intelectual o un arqueólogo. No conocía a nadie de quién pudiera fiarse, y nada le aseguraba que los funcionarios de ese instituto fueran más honestos que los agentes de aduana ni que, tras obtener

el manuscrito, no le denunciaran a la policía por lo que era, un ladrón.

Pero los escrúpulos de carácter práctico no fueron lo único que le impidió deshacerse del Tonalamatl. Desde el primer día en que lo vio, se sintió fascinado por él. El rojo de las figuras, que se extraía de la grana de cochinilla, le hablaba de guerra, sangre y sacrificios; el amarillo, obtenido del polvo de xochipalli y otros pigmentos vegetales, del maíz, el sol y la riqueza del Anahuac; el azul, con sus toques de añil y arcilla, del cielo y la divinidad; y el negro, ese negro profundo como una tumba, de la noche y de la magia. No era solo la fascinación por las antiguas deidades mexicas lo que le embargaba como a los niños de antaño los soldaditos de plomo; era la voluptuosidad que le provocaba el saber que ese texto único era suyo, solo suyo.

En vano buscó en la prensa indicaciones de que la Biblioteca Nacional de Francia hubiera denunciado el robo o de que alguien estuviera buscándolo. Llegó a fantasear con la posibilidad de que todavía no se hubieran dado cuenta o de que el mundo se hubiera olvidado de él y del Tonalamatl. Al fin y al cabo, el país se estaba hundiendo y parecía inverosímil que alguien fuera a preocuparse de algo tan insignificante como un manuscrito. Todo se derrumbó el día en el que se encontró mojado y medio desnudo frente a frente con Florentino:

—Relájese, licenciado. No venimos a matarlo. Todavía. ¿Dónde está?

Carajo, había que verlo para creerlo. Eso era un macho. No era de extrañar que *Los Invasores de Nuevo León* terminaran dedicándole un corrido. El mismísimo Verdi, si hubiera conocido a Florentino, no

habría dudado en darle un papel en *Otello*. Era un hombre nacido para cantar aquello de *Credo in un Dio crudel* («Creo en un Dios cruel»).

«Creo en un Dios cruel que me creó a su semejanza y que nombro con ira», parecía decirle Florentino con la mirada.

«Creo que el justo es un farsante burlón, en su rostro y en su corazón, y que todo en él es mentira: lágrima, beso, mirada, sacrificio y honor», se figuró que le decía en la camioneta en la que le trasladaron al aeropuerto de camino al D. F.

«Creo que el hombre es un juguete del destino mentiroso, desde el germen de la cuna hasta el gusano del sepulcro», pensó muerto de miedo una vez en la cárcel, mientras intentaba en vano invocar a Tezcatlipoca, señor del destino, la guerra y el poder, para darse ánimos.

En el último segundo, cuando ya estaba a punto de derrumbarse, se le apareció Mayáhuel y le susurró al oído que la única forma de salir del embrollo en el que se había metido era defender que sus acciones habían respondido al muy noble y justo empeño de recuperar para México algo que le había sido sustraído injustamente más de un siglo atrás. No estaba muy convencido de que nadie creyera semejante cuento, pero Xólotl, hermano gemelo de Quetzalcóatl y encargado de guiar las almas de los muertos, le dijo que esa era su única oportunidad. Y José Castañeda del Valle la aceptó sin rechistar, pues uno no le discute a un ser que tiene la forma de un perro monstruoso con rasgos deformes.

La primera señal de que los Señores del Día y de la Noche estaban de su lado vino cuando se vio en la calle al cabo tan solo de setenta y dos horas. Su puesta en libertad sin cargos, unida a la negativa del

gobierno mexicano a devolver el Tonalamatl, desencadenó un conflicto diplomático. Un portavoz de Francia ante la ONU llegó a comparar el robo del manuscrito en la Biblioteca Nacional con la invasión argentina de las Islas Malvinas.

—Nuestra reacción es la misma que la de la Gran Bretaña con las islas Falkland. Ha habido un robo y eso es algo que no podemos tolerar —declaró en inglés con inequívoco acento parisino.

Al contrario que Inglaterra, Francia no envió fuerza expedicionaria alguna para vengar la afrenta, pero el eminente historiador Emmanuel Le Roy Ladurie, que asumiera la dirección de la Biblioteca Nacional de Francia en 1987, dejó claro que ningún mexicano volvería a poner los pies en el recinto hasta que el códice no fuera devuelto.

Tres años más tarde, el asunto del Tonalamatl seguía sin resolverse y las relaciones culturales entre los dos países continuaban en el limbo. Fue entonces cuando el Vaticano anunció que Juan Pablo II visitaría México de nuevo, invitado esta vez por el presidente Carlos Salinas de Gortari. El mundo había cambiado mucho desde la última vez que estuvo. Pasado el fervor de la teología de la liberación, la mayor amenaza ahora para la Iglesia Católica la constituían las iglesias evangélicas, que se reproducían como champiñones, por lo que la Santa Sede buscaba formas de impulsar la reconquista espiritual del continente. El papa Juan Pablo II consideró que ampliar el santoral constituía la mejor forma de hacerlo, y se anunció que, durante su segunda visita, beatificaría a Juan Diego, el indígena al que se le apareció la Virgen de Guadalupe, y a los niños mártires

de Tlaxcala, que pagaron con su vida el haberse convertido al cristianismo. Pero no fueron nuevos santos lo único que Juan Pablo II trajo bajo su *cappa magna*.

En un guiño al robo del Tonalamatl de la Biblioteca Nacional de Francia ocho años antes, Wojtyła había decidido devolver al pueblo de México uno de los muchos manuscritos provenientes de ese país que, desde hacía siglos, se guardaban en la Biblioteca Vaticana. Castañeda del Valle y los Señores del Día y de la Noche, que esa tarde gris de 1990 seguían el evento con él, quedaron estupefactos ante las imágenes que salían por la televisión y las informaciones que proporcionaban los comentaristas de Televisa.

—No puede ser, güey —dijo Nezahualcóyotl sin poder contener la emoción.

—Ya era hora de que nos devolvieran algo en lugar de venir a quitárnoslo —secundó Xiuhtecuhtli, haciendo sonar sus cascabeles de oro.

—¿Tanto relajo por un libro? Yo lo que de verdad echo de menos son las cuatro momias que se llevó Boban y mi calavera de cristal —apuntaló Mictecacíhuatl.

—¡Ya cállense! Déjenme escuchar —exclamó José Luis, intentando poner orden.

Al parecer, la idea había partido de la administración de Carlos Salinas de Gortari. De complexión delgada y mediana estatura, con facciones afiladas, ojos pequeños y astutos y una calvicie prematura, titulado en economía por la UNAM y en Administración Pública por la Universidad de Harvard, Carlos Salinas de Gortari, hombre pragmático y calculador donde los haya, carecía del temperamento grandilocuente y la personalidad histriónica de López Portillo y de la

pasión de este por la literatura y el pasado prehispánico de México. Tampoco había tratado nunca con un papa. Fue así que, cuando el Vaticano le preguntó al Gobierno mexicano qué es lo que le gustaría recibir cuando llegara el protocolario momento del intercambio de regalos, su primer impulso fue descolgar el teléfono y llamar a su predecesor.

—Un código —respondió López Portillo—. Pídeles un código, Carlos. Uno de los nuestros, de esos que tienen guardados en el Vaticano criando polvo.

—¿Un código?

—Sí, y así, de paso, le metes el dedo en el ojo a los franceses, que siguen erre que erre con el asunto del Tonalamatl.

—¿Y no se molestará el papa?

—¿Molestarse? ¡Qué va, hombre! Le estás dando la ocasión de quedar como un santo devolviendo lo robado y, de paso, dejar en evidencia a un socialista como Mitterrand. Tú pídelo, y a ver qué pasa.

No era una mala idea. El dilema era cuál pedir: una posibilidad era el *Código Borgia*, pero el Vaticano probablemente no habría considerado muy apropiado que el papa viajara en avión en compañía de un documento repleto de conejos, lagartijas, zopilotes, monos y deidades aztecas que habían sido idolátricamente extirpadas de sus templos por orden de sus predecesores. Así que el presidente descolgó de nuevo el teléfono y pidió a su secretaria que le comunicara con Jesús Kumate, su Secretario de Salud, hombre al que tenía en particular estima y a quien consideraba pasablemente culto.

El doctor Jesús Kumate le recomendó que se dejara de códices poblados de númenes sanguinarios de los que era mejor no fiarse, y pidieran un librito llamado *Libellus de Medicinalibus Indorum Herbis*. O dicho en román paladino: *Opúsculo sobre las hierbas medicinales de los indios*.

—Ciento ochenta y cinco ilustraciones botánicas a todo color. Una maravilla, señor presidente. Lo crearon en 1552, en el colegio de Santa Cruz de Tlatelolco, dos hombres a los que habría que levantarles una estatua: Martín de la Cruz, médico indígena nahua, y Juan Badiano, que lo tradujo al latín.

—Ajá —dijo Salinas, mirando el reloj.

—Pero espere, espere, señor presidente, que la historia de cómo llegó a Roma no tiene desperdicio.

—Doctor, yo...

Y, durante los siguientes treinta minutos, como un torrente incapaz de detenerse, le fue contando cómo había sido encargado por Francisco de Mendoza quien se lo mandó a Carlos V, el cual no supo qué hacer con semejante libro y se lo pasó a su hijo Felipe II, que lo guardó en El Escorial por si algún día sacaba tiempo para leerlo. O quizás se lo regaló a su hermana, la infanta doña Juana, para las Descalzas Reales, por si alguna monja necesitaba un emplasto. Y que pasando los años, acabó en manos del boticario de Felipe IV, hombre culto, más taimado, que, en lugar de devolverlo a la biblioteca de donde lo había sacado, se lo vendió a un sobrino del papa Urbano VIII.

—Toda una vaina, señor presidente —terminó diciendo Kumate, sin saber si el presidente Carlos Salinas de Gortari estaba todavía escuchándole.

Unas semanas más tarde, el rostro de Leonard Boyle, Prefecto de la Biblioteca Vaticana, palideció de repente, como si la noticia de que tenía que deshacerse de uno de sus tesoros se la hubiera dado no su superior directo, sino uno de esos demonios estelares que descendían a la tierra durante los eclipses, y a los que los aztecas llamaban *tzitzimitl*.

Sacerdote dominico de origen irlandés, experto en paleografía y teología medieval, Leonard Boyle había sido nombrado Prefecto de la Biblioteca Vaticana por el mismísimo Juan Pablo II en 1984. La colección que tenía a su cargo se remontaba al papa Nicolás V, que antes de sentarse en la silla de San Pedro había sido bibliotecario en Florencia y que, entre rezos y alguna que otra botella de Chianti, concibió la descabellada idea de reunir una biblioteca capaz de rivalizar con las de la Antigüedad. Un siglo más tarde la colección tenía ya sede propia donde albergar tales tesoros, pero el miedo a perderlos, o a que contribuyeran a azuzar las herejías, hizo que la biblioteca acabara convertida en una fortaleza, vedada a todo el mundo.

—Más un cementerio de libros que una biblioteca —recalcó el abate español Juan Andrés cuando la visitó en 1785.

Sacar a la Biblioteca Vaticana de ese mundo de tinieblas y prepararla para el siglo XXI era lo que se propuso hacer el padre Boyle al ser designado como prefecto. Ahora bien, una cosa era modernizar la biblioteca y otra muy diferente dejar que le arrebataran sus manuscritos, y, en esto, Leonard Boyle era a los

fondos de la Biblioteca lo que los caballeros templarios al Santo Sepulcro.

—Que le den una reliquia —sugirió a su asistente—. Un hueso, una falange, un trocito de lengua, o un eslabón de las cadenas de San Pedro. Y si eso falla, que le prometan una silla en el colegio cardenalicio. Quién sabe. Quizás el próximo papa sea mexicano. ¿Acaso no hay una fotografía de Juan Pablo II tocado con un sombrero de charro? Que se lo vendan al tal Gortari como un augurio.

En la Secretaría de Estado —la oficina encargada de las relaciones internacionales del Vaticano—, la dilación del Prefecto en cumplir la orden del papa no sentó nada bien.

—Padre Boyle, deje usted de hacerse el cisterciense y entregue el manuscrito de una santísima vez —le dijeron sin ambages.

El padre Boyle, haciendo acopio de todo su valor, respondió con la misma fórmula que usaban los funcionarios españoles destacados en Indias cuando recibían una orden de su majestad que no les daba la gana acatar:

—*Oboedio sed non exequor* (obedezco, pero no cumplo).

Obviamente, eso es más fácil decirlo cuando el rey de España está a miles de kilómetros que cuando uno tiene al representante de Cristo en la Tierra a escasos quinientos metros. Además, la insubordinación no era una cualidad que el papa Juan Pablo II apreciara demasiado.

—Primero lo del Banco Ambrosiano y ahora esto. Pero ¿dónde vamos a ir a parar? —se le oyó exclamar a Wojtyła, entre muchas otras cosas que dijo en polaco que hicieron sonrojar a las monjas que le cuidaban.

Qué pasó después nadie lo sabe con exactitud, pero algunas fuentes, no particularmente fiables, cuentan que, a altas horas de la noche, el padre Boyle se internó en la biblioteca y salió del Vaticano por una de sus muchas puertas secretas llevando consigo el *Libellus*. Durante horas deambuló por las calles de Roma sin que nadie osara abrirle la puerta, hasta que finalmente encontró refugio en una casa de jesuitas argentinos que se apiadaron de él y le convencieron de no incurrir en la ira papal.

—No seas boludo, mirá que el papa se va a enojar con vos —le dijo el más viejo mientras le servía un mate.

Resignándose a lo inevitable, el padre Boyle regresó al Vaticano y, cabizbajo, cumplió con lo que su santidad había ordenado. Poco después, el código quedó listo para ser entregado como parte del intercambio de regalos entre el papa Juan Pablo II y Carlos Salinas de Gortari. No estaba forrado con la piel del padre Boyle, pero casi.

Tras una jornada entera frente al televisor, José Luis fue incapaz de conciliar el sueño y pasó toda la noche aguardando el momento en el que Televisa volviera a retomar la retransmisión de la visita papal. La espera se le hizo eterna, aliviada tan solo por el tintinear de una botella de tequila al chocar con el vaso.

—José Luis, deja el trago e intenta dormir un poco, que se te van a secar las neuronas —le aconsejó Tezcatlipoca, dios de la noche, el destino y la guerra, el que da y quita las riquezas caprichosamente.

—Dime cómo. Con todos estos ronquidos es imposible dormir —le respondió.

Y efectivamente, aquello era un horripilante concierto de resuellos que habrían puesto los pelos de punta al mismísimo Edgar Allan Poe. Roncaba Tláloc con un fragor de tormenta que hacía que vibraran los cristales. Roncaba Mictecacíhuatl con un silbido de ultratumba, como el viento cuando pasa entre las lápidas. Y roncaba, sobre todos, Ometochtli, que se había quedado dormido con el cántaro de pulque entre las patas y resoplaba pequeñas burbujas por la nariz.

—¿Lo ves? —dijo Castañeda, señalándolos con el vaso—. Y luego resulta que el de las neuronas secas soy yo.

Tezcatlipoca se encogió de hombros, y dejando sus flechas a un lado, le dio la espalda dispuesto a unirse al coro.

—Allá tú, José Luis. Pero luego no me vengas con que no te lo advertí.

A la mañana siguiente, las cámaras de Televisa captaron una caravana de tres coches blancos Century último modelo introduciéndose rauda y velozmente en la residencia presidencial de Los Pinos. La multitud que la esperaba en los alrededores apenas se dio cuenta. Los que estaban al borde de la carretera testificaron que todo lo que llegaron a ver fue una capa blanca ondeando al viento, como si hubiera pasado Supermán vestido con traje de novia.

Wojtyła se había levantado esa mañana a las siete y veinte, y había desayunado fruta, jugo, leche y huevos. Antes de salir de la nunciatura, sita en la calle Felipe Villanueva 118, se había reunido con un grupo de escolares que, una vez más, le cantaron *Las mañanitas* y *Cielito lindo*. Cuando ya se disponía a partir, una niña, incapaz de contener su emoción, le sujetó de la sotana, y le hizo tambalear. Casi lo descalabra. Juan Pablo II se dio la vuelta inmediatamente, y con un rostro que quiso ser severo, como si

echara de menos no haber tenido la férula papal cerca, pero que resultó dulce, como si de repente se hubiera acordado de aquello de «si no os hacéis como niños, no entraréis en el Reino de los Cielos», la reconvino y siguió su camino, dejando atrás las miradas reprobatorias de nuncio, cardenales y obispos, que cayeron sobre la niña y el aterrado director del coro como en otro tiempo cayera la leña sobre Giordano Bruno.

Una vez en Los Pinos, el papa fue recibido por el presidente Carlos Salinas de Gortari —traje negro, corbata roja, mostacho impecable— que le condujo al interior del edificio, algunos dicen que a la biblioteca, la misma en la que López Portillo confiriera con el canciller Castañeda qué hacer con el Tonalamatl y con Castañeda del Valle. Allí se llevó a cabo el previsto intercambio de regalos. Los fotógrafos y cámaras que se hacinaban en la sala captaron el momento en el que el papa le hizo entrega del *Libellus*.

Pegado al televisor, Castañeda del Valle no pudo evitar sentir algo de envidia. A él también le habría gustado ser recibido en Los Pinos por el presidente de la República cuando volvió de Francia con el Tonalamatl. Puede que las formas de conseguirlo no fueran las más elegantes, eso no tenía cómo negarlo, pero el código que él había recuperado para la nación era, si cabe, todavía más valioso que el *Libellus* que traía el papa.

—Es más —le dijo a Tláloc, que, habiendo dado buena cuenta de la bandeja de tamales, estaba sentado al lado suyo intentando beber una lata de cerveza—, si no fuera por lo que yo hice, a nadie se le habría ocurrido pedirle a su santidad que nos trajera un código.

Tláloc asintió, moviendo de arriba a abajo sus dos colmillos enormes.

—Tienes razón, José Luis. Fuiste tú quien les mostró el camino.

—Exacto. Yo fui el primero. Y mira ahora a estos huevones, tratando al papa como si fuera el gran héroe. ¿Y yo? Dos días en el bote y de vuelta a casa, como si nada.

—Así es el mundo, compadre. Si yo te contara...

Carlos Salinas de Gortari aceptó el regalo en nombre del pueblo mexicano y correspondió a la gentileza de Juan Pablo II entregándole otro libro titulado *México, territorio de solidaridad*, un manuscrito con textos de poetas aztecas y escritores contemporáneos como Octavio Paz. La oficina de la presidencia dejó que los periodistas fotografiaran y grabaran el bibliográfico intercambio todo lo que quisieran. Mientras esto ocurría en el interior de la residencia, un helicóptero Super Puma con capacidad para 18 pasajeros aterrizó en el jardín con la misión de trasladar al Vicario de Cristo a su siguiente cita en Chalco.

No habría pasado una hora cuando las cámaras enfocaron a Juan Pablo II y Carlos Salinas de Gortari. José Luis y el resto de dioses y señores del Tonalamatl los vieron paseando por los caminos adoquinados que rodeaban la residencia, una sonrisa aquí, una confidencia allá, acercándose lentamente a la aeronave que, cual hipopótamo con aspas, rumiaba tranquilamente el césped y los miraba acercarse sin darles mayor importancia.

Ya estaba el papa a punto de subir al helicóptero cuando otra jovencita, que con audacia y sigilo había logrado introducirse en la residencia presidencial, y a la que los medios de comunicación identificarían con posterioridad como cantante de un grupo popular, se abalanzó hacia el papa, el cual, al verla venir, volvió a lamentar no tener su férula cerca para defenderse, o cuando menos el libro

que el presidente le había regalado. La muchacha se arrojó a sus pies, lo abrazó y le besó la mano, como si su santidad fuera el mismísimo John Lennon.

Uno de los guardias de seguridad intentó separarla.

—¡Suélteme, desgraciado! —gritó ella—. ¡Vengo en nombre de las juventudes del mundo!

—Señorita, por favor, conténgase. Tiene que...

—¡Solo quiero tocarlo! ¡Es el papa!

Juan Pablo II levantó la mano con gesto cansado.

—Está bien, está bien. Dejad que los jóvenes se acerquen a mí, *urbi et orbi*, y esas cosas.

La muchacha le besó el anillo, llorando.

—Santo padre, lo amo. Todos lo amamos.

—Sí, hija, sí. Dios te lo pague. Ahora, por favor...

Tras librarse de esta nueva loca, Juan Pablo II bendijo a los presentes desde la escalerilla, y dio gracias a Dios de que solo fuera una muchacha y no alguien con peores intenciones. Subió a la nave, donde ya lo esperaba el cardenal Ernesto Corripio Ahumada, y el Super Puma se elevó a los cielos, y se marchó entre grandes ráfagas de viento, como otrora hiciera Quetzalcóatl.

El gesto de Juan Pablo II al devolver el *Libellus* a México abrió el camino para que, unos meses más tarde, Francia y el Gobierno mexicano aparcaran sus diferencias y llegaran a un acuerdo sobre el destino del Tonalamatl: México se comprometía a regañadientes y sin aspavientos a reconocer que el código pertenecía a Francia; a cambio, esta se lo prestaba por un periodo de tres años, renovable

por los siglos de los siglos, amén. Un *arrangement administratif* que permitía a ambos gobiernos salvar las apariencias y retomar sus relaciones culturales y diplomáticas en el punto en el que estaban el día anterior a que José Castañeda del Valle robara el manuscrito en París. Ni uno ni otro gobierno hizo mención del periodista y abogado, que apagó el televisor y se quedó completamente solo en el salón.

Lejos de rendirse, José Luis se sentó una vez más ante su vieja Olivetti y, con su falsa muela de gigante por toda compañía, se puso a escribir una carta más al entonces presidente Carlos Salinas de Gortari, en la que dejaba constancia de lo que había hecho y cómo sus acciones habían conducido a recuperar a la postre no uno, sino dos manuscritos para México. Y ya estaba José Luis contándole al presidente cómo se le ocurrió la idea de robar el Tonalamatl, y el susto que le pegó Florentino «el Tigre» Ventura al irrumpir en su apartamento en Cancún, cuando Xochipilli, príncipe de las flores, hizo que se durmiera; o quizás no fuera Xochipilli, sino el cigarrillo de marihuana que se había liado antes de empezar a escribir.

Fuera sueño o trance, sintió que su cuerpo caía y pasaba por Itzcuintlan, el primer nivel del inframundo, donde perros sin pelo ayudan a las almas a cruzar el río Apanoayan; por Iztepetl, donde los muertos quedan desgarrados al trepar un cerro cubierto de pedernales de obsidiana cortantes como navajas; por Paniecatacoyan, donde la gente vuela y se voltea como banderas, quedando a merced de los vientos; por Teocoyohuehualoyan, donde sus corazones son devorados por jaguares; y justo antes de llegar a Chicunamictlán, donde las almas encuentran finalmente el descanso eterno, vio a Nezahualcóyotl, rey de Texcoco, internarse en el *amoxcalli*, o casa de los libros, que había hecho construir en su

palacio, y donde se guardaba la historia de los doce reyes que mató por su mano, y de los cuarenta y cuatro reinos que había conquistado. Escuchó al propio Nezahualcóyotl decir aquello de que como una pintura nos iremos borrando, como una flor nos iremos secando. Vio a Alonso Hernández de Portocarrero y Francisco Montejo haciendo el inventario del tesoro que Hernán Cortés envió a Carlos V, y en el que además de diversas figuras hechas de oro y plata, piedras preciosas, collares, brazaletes, cetros, cueros, mantas y vestidos, incluyeron dos libros, de esos que acá tienen los indios; vio a un pintor alemán llamado Alberto Durero contemplando todos esos objetos en Bruselas y escribiendo en su diario que en todos los días de su vida nada había alegrado tanto su corazón como observar aquellas cosas extraordinarias, obra del sutil ingenio de hombres de tierras lejanas; vio a Diego de Landa, de quien se dice que había estudiado historia, filosofía, teología y derecho canónico en Toledo antes de llegar a Yucatán, dedicarse con ahínco a entender la lengua maya y descifrar sus textos, y el 12 de julio de 1562 prender fuego en la localidad de Maní a un gran número de libros de estas su letras, porque no tenían cosa en que no hubiese superstición y falsedades del demonio, lo cual sintieron a maravilla y les dio mucha pena; vio a los hijos de los antiguos tlacuilos destruir las creaciones de sus antepasados por miedo a seguir el destino de don Carlos Ometochtzin, a quien Juan de Zumárraga, primer obispo de México, introductor de la imprenta en el Nuevo Mundo, mandó prender y enviar a la hoguera por tener en su poder pinturas y cuentas de las fiestas con las que los de su estirpe habían adorado a los dioses y predicho el futuro; vio algunos de estos textos ser escondidos en lo alto de los cerros, y en lo profundo de las selvas, en lugares

recónditos donde no pudieran ser encontrados ni por los sacerdotes ni por ellos mismos; vio a Boturini buscarlos, a Aubin y Waldeck llevándoselos en secreto, a papas, reyes, emperadores, comerciantes, industriales, marchantes, maleantes, criminales y falsificadores intercambiándoselos, troceándolos, olvidándolos, recuperándolos, vendiéndolos, copiándolos e, incluso, arrojándolos a chimeneas, de tal forma que los dioses al abrasarse dieran a los hombres el calor que necesitan para vivir; se vio a sí mismo dentro de un taxi; se vio ya muerto y olvidado en su pequeño apartamento de Cancún. Y, antes de que la diosa Mayáhuel se lo llevara agarrado de la mano como a un hijo, vio irrumpir en la Biblioteca Nacional de Francia a cuatrocientos conejos, cuatrocientas liebres que, abalanzándose por los pasillos, invadieron la gran sala de lectura destrozándolo todo, royendo las estanterías para afilarse los dientes, saltando y gritando, gritando como hasta entonces nunca nadie había oído gritar a los conejos.



Glosario

Ahuehuate: especie arbórea nativa de México (*Taxodium mucronatum*). Su nombre procede del náhuatl *āhuēhuētl*, tradicionalmente interpretado como «viejo del agua», aunque su etimología ha sido objeto de debate.

Amate: nombre dado a diversas especies de árboles, principalmente del género *Ficus*, y al papel artesanal elaborado desde época prehispánica con las fibras de su corteza interior.

Axis mundi: en distintas tradiciones mitológicas, eje o centro simbólico del mundo que comunica el cielo, la tierra y el inframundo.

Aztlán: lugar de origen mítico de los mexicas. Según la tradición, desde allí emprendieron la migración que culminaría con la fundación de México-Tenochtitlan.

Bezote: ornamento labial utilizado en la Mesoamérica prehispánica, insertado en una perforación practicada debajo del labio inferior. Podía estar elaborado con materiales preciosos y servir como signo de rango o condición social.

Butronero: ladrón especializado en practicar butrones —aberturas en paredes, techos o suelos— para acceder a un lugar y robar.

Cacaxtla: importante yacimiento arqueológico del actual estado mexicano de Tlaxcala, célebre por sus murales. Alcanzó su apogeo aproximadamente entre los siglos VII y IX.

Cempasúchil: planta de flores amarillas o anaranjadas (*Tagetes erecta*), originaria de México y estrechamente asociada al Día de Muertos.

***Centzon Tōtōchtin*, «cuatrocientos conejos»:** conjunto de divinidades mexicas asociadas al pulque y a los distintos estados de la embriaguez. El número cuatrocientos expresaba simbólicamente una multitud innumerable.

Chalcatzingo: yacimiento arqueológico situado en el actual estado de Morelos, conocido por sus relieves monumentales de influencia olmeca.

***Chalchihuatl*, «líquido precioso»:** término náhuatl empleado metafóricamente para referirse a la sangre, especialmente a la ofrecida ritualmente a los dioses.

***Cihuatlamacazque*:** mujeres vinculadas al servicio religioso y a los templos, donde participaban en tareas rituales como el cuidado del fuego y la preparación de ofrendas.

Cogotero: delincuente que roba mediante un ataque rápido a la víctima, tradicionalmente por la espalda o sujetándola por el cuello.

Copal: resina aromática utilizada desde época prehispánica en Mesoamérica como ofrenda y elemento de purificación ceremonial.

Cuauhtémoc: último *tlatoani* de México-Tenochtitlan. Dirigió la resistencia mexica durante la fase final de la conquista española.

Cuatlanqui, «el que rompe cabezas»: una de las divinidades asociadas a los *Centzon Tōtōchtin* y, por tanto, al pulque y la embriaguez.

Descuidero: ladrón que sustrae objetos aprovechando la distracción de la víctima, normalmente sin recurrir a la violencia.

Epazote: planta aromática (*Dysphania ambrosioides*) originaria de América, utilizada tradicionalmente en México como condimento y con fines medicinales.

Guajolote / guajolota: nombre usado en México para el pavo doméstico (*Meleagris gallopavo*).

Guarura: en México, guardaespaldas o persona encargada de la protección y seguridad de otra.

Huipil: prenda tradicional mesoamericana, generalmente femenina, formada por una túnica holgada confeccionada con piezas rectangulares de tela, a menudo bordadas.

Jícaras de atole: recipientes tradicionales elaborados con el fruto endurecido del jícaro o morro (*Crescentia cujete*), utilizados, entre otros usos, para beber atole.

Kirpán: daga o espada ceremonial que los sijs iniciados llevan como uno de los cinco artículos de fe del sijismo.

Matlazáhuatl: nombre con el que se conoce una grave epidemia que afectó a Nueva España, especialmente entre 1736 y 1739. Su identificación exacta continúa siendo objeto de debate.

Mechero: en el argot delictivo, persona especializada en hurtar mercancías de establecimientos comerciales.

Metate: piedra rectangular, generalmente ligeramente cóncava, utilizada desde época prehispánica para moler maíz, cacao, chiles y otros alimentos con ayuda de una piedra alargada llamada *metlapil*.

Mexicas: pueblo mesoamericano de lengua náhuatl que fundó México-Tenochtitlan en el siglo xiv y encabezó, junto con Texcoco y Tlacopan, la Triple Alianza.

Mictlán: inframundo de la cosmovisión mexica, destino de quienes morían de determinadas formas, especialmente por causas consideradas naturales.

Nezahualcóyotl, «coyote que ayuna»: *tlatoani* de Texcoco (1402-1472), célebre como gobernante y figura intelectual. La tradición le atribuye numerosos poemas.

Notecohtzin: término reverencial náhuatl que puede traducirse como «mi señor». En contextos cristianos fue utilizado también para referirse a Dios o a Jesucristo.

Ometochtli, «Dos Conejo»: divinidad mexica asociada al pulque y la embriaguez y vinculada a los *Centzon Tōtōchtin*.

Painani, «el que corre rápidamente»: mensajero o corredor encargado de transmitir noticias y transportar objetos a grandes distancias en el mundo mexica.

Palencanos: habitantes u originarios de Palenque, en el actual estado mexicano de Chiapas. En un contexto histórico puede designar a los habitantes de la antigua ciudad maya.

Papaztac: una de las divinidades de los *Centzon Tōtōchtin*, asociadas al pulque y a la embriaguez.

Pochtecas: mercaderes profesionales de larga distancia del mundo mexica. Comerciabán con productos de lujo y podían desempeñar también funciones diplomáticas y de obtención de información.

Pulque: bebida alcohólica tradicional mexicana obtenida mediante la fermentación del aguamiel del maguey. De origen prehispánico, tuvo una importante dimensión ritual y estuvo vinculada a diversas divinidades mexicas, entre ellas los *Centzon Tōtōchtin* o «cuatrocientos conejos».

Tepoztécatl: divinidad mesoamericana asociada al pulque, vinculada especialmente a Tepoztlán y relacionada con los *Centzon Tōtōchtin*.

Tezcatlipoca, «espejo humeante»: una de las principales divinidades del panteón mexica, asociada a la noche, el destino, el poder, la guerra y la hechicería. Uno de sus atributos era el espejo de obsidiana.

Tezozómoc: gobernante de Azcapotzalco entre finales del siglo XIV y comienzos del XV. Bajo su mandato, los tepanecas alcanzaron una posición hegemónica en el valle de México.

Tlacuilo: escriba-pintor mesoamericano encargado de registrar mediante imágenes y signos información histórica, genealógica, tributaria, religiosa o calendárica.

Tlatelolco: ciudad vecina de México-Tenochtitlan, fundada en un islote del lago de Texcoco y célebre por su gran mercado.

Tlihua: divinidad vinculada a los *Centzon Tōtōchtin* y, por tanto, al pulque y a la embriaguez.

Tonalli: concepto de la cosmovisión nahua relacionado con el calor, el Sol, el destino y una de las fuerzas vitales que componían a la persona.

Tonalamatl, «papel de los días»: libro calendárico y adivinatorio mesoamericano basado en el ciclo ritual de 260 días, utilizado para interpretar destinos, presagios y momentos propicios.

Tonantzin, «nuestra venerable madre»: título reverencial náhuatl aplicado a figuras femeninas veneradas como madres y vinculadas a la maternidad, la fertilidad y la tierra; en las fuentes coloniales aparece asociado a determinadas divinidades indígenas y, posteriormente, a la Virgen de Guadalupe.

Tonalpouhqui: sacerdote, adivino o especialista ritual nahua encargado de interpretar el *tonalpohualli*, calendario adivinatorio de 260 días. Su plural es *tonalpouhque*.

Tonatiuh: divinidad solar de la religión mexica, considerada la personificación del Sol y vinculada al ciclo cósmico de la era presente.

Tzitzimime: seres o divinidades celestes de la mitología mexica, frecuentemente representados con rasgos esqueléticos y relacionados con las estrellas y con momentos de peligro cósmico.

Xochipilli, «príncipe de las flores»: divinidad mexica asociada a las flores, la música, la danza, el canto, el placer, el juego y otras manifestaciones festivas y artísticas.

***Yacametzli*, «nariz de luna»**: ornamento nasal en forma de media luna relacionado con determinadas divinidades mesoamericanas y con el simbolismo lunar.